

NÚRIA ESPONELLÀ

LA HIJA

DE LA

NIEVE



Lectulandia

Algunas situaciones de nuestras vidas escapan a nuestra comprensión, pero siempre tenemos la libertad de escoger la actitud con que las encaramos.

Marcel nos conduce, mediante las voces de sus abuelos, Enrique, un ingeniero, y Juana, una camarera, a los años veinte, durante la construcción del tren cremallera de acceso al valle de Nuria.

Enrique y Juana se conocen a casi 2000 metros de altura, cuando los «hombres del tren», de los Ferrocarriles de Montaña a Grandes Pendientes, acometen la obra de ingeniería construida a más metros de altitud de toda la península ibérica. Inician su vida en común con relativa placidez a pesar de la guerra hasta que, ya en los años cuarenta, Juana, de vuelta al valle, arriesgará su vida con consecuencias que la cambiarán para siempre.

Lectulandia

Núria Esponellà

La hija de la nieve

ePub r1.0

Titivillus 09.08.16

Título original: *La filla de la neu*
Núria Esponellà, 2016
Traducción: Josep Escarré

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Pere, mi compañero de viaje.
A Olga, Laia, Pere Jr. y Txell, por estar.
A Anna Pous, de Ventolà, maestra de los esquís y de los fogones.*

Inicio 01

NO ME MOLESTÉIS, ESTOY ESCRIBIENDO

Crac, crac.

Los dientes del tren encajan en la vía y nos sacuden con un movimiento de vaivén leve aunque suficiente como para que el suelo del vagón tiemble un poquito. Las muelas de acero se cierran y obligan a la cola de los vagones a avanzar sí o sí por la pendiente en un movimiento seguro. Poco a poco, el ruido se disipa bajo los pies de los que viajamos en el cremallera.

—Papá, papá, seré más alto que el palo...

Un niño rubio, despeinado, se compara con uno de los esquís que su padre sostiene de pie; engaña un poco, porque veo como se pone de puntillas. Qué manía con hacerse mayor; luego llega la decepción de la edad adulta. Un poco más allá se sienta una niña pequeña, abrigada con un jersey polar con el eslogan «Yo de mayor quiero ser pequeño».

Me entretengo observando los asientos acolchados con tela impermeable y las formas hexagonales, como nidos de abeja, que convierten la alfombra de plástico en una superficie rasposa para impedir que la gente resbale junto a la puerta. Miro la cola de vagones que se comunican entre sí a través de puentes y escalones bajos. Frente a mí, el espacio para el equipaje está repleto de mochilas y esquís.

Está anocheciendo, pero, aun así, me he sentado junto a la ventana; la luz del atardecer acentúa el sentimiento de expectación que experimento ahora mismo. Bordeamos el precipicio, está a mi lado, casi lo noto, es una sensación física palpable que retumba en mi estómago.

Nos encaramamos a un desfiladero; hemos entrado en un túnel largo, y eso consigue que los niños que se sientan delante de mí se callen por un instante. Aunque se hayan encendido las luces del vagón, me siento oprimido por la visión de las paredes oscuras; a veces tengo un poco de claustrofobia, supongo que es normal que desee abandonar este tramo que me recuerda a un agujero negro y llegar a la boca del túnel. Cuando salimos, mis pulmones se ensanchan; finalmente ascendemos a las regiones de los rebecos, los quebrantahuesos y las águilas.

Intento evadirme del ruido que me rodea; la *troupe* de padres y niños ruidosos que hace un rato ocupaban la estación, cargados con esquís y maletas, están aquí, juntos, igualmente caóticos y parlanchines. Son el recordatorio más fiable de que hoy es viernes, día de los urbanitas *escapistas*, de algunos solitarios como yo y de una mayoría de clientes que pertenecen a la categoría de «turismo familiar». Sea como fuere, los fines de semana, tanto unos como otros tomamos la montaña por asalto. La única diferencia es que ellos han venido a esquiar y lo que yo pretendo es escribir.

—Basta ya.

—¿Queréis sentaros bien?

Un hombre y una mujer de unos treinta años regañan a un muchacho y a una niña más pequeña que se parten de risa tumbados sobre los asientos de madera y con las botas de montaña al aire. «Las mías son más grandes. ¿Y qué?» Hasta ahora, sus padres habían fingido no verlos, porque es evidente que los críos no les hacen ningún caso. Siguen jugando, igual que el resto de los niños del vagón. Entre los pasajeros abundan los pequeños viajeros; seguramente mañana muchos de ellos esquiarán por primera vez o bajarán en trineo, solos o sobre el regazo de su padre o de su madre.

La ventaja de subir al santuario en el último tren que circula los viernes, de manera excepcional, es el viaje nocturno, que permite refugiarse en el hotel o tomar el funicular que funciona desde hace décadas para ir a dormir al albergue del pico del Águila.

—¡Mira, nieve!

Hemos ascendido bastantes metros. La luz tamizada del interior del coche-vagón permite ver el reflejo de la luna sobre la nieve que cubre el barranco y las gargantas del río. Estamos a principios de noviembre y hace un frío que pela. Dentro de más o menos veinte minutos, que es lo que tardaremos en completar el recorrido, veré el valle totalmente nevado.

Los niños que viajan en mi vagón se han calmado un poco; miran con curiosidad, con los ojos y las manos pegados a la ventana. Consulto en el móvil la página web de Vall de Núria: fotos de esquiadores, pestañas de promoción de *forfaits*, *packs* combinados con noches en el hotel, información sobre el estado de las pistas... En estos momentos, tres de ellas están cerradas, no sé por qué motivo, ya que en la información meteorológica no consta que sople el viento; el resto de las pistas están en verde, activas.

El tren silba al llegar a la estación final, y por la ventana se ve el santuario mayestático, aún silente, que no sabe lo que le espera cuando bajen todos estos niños intempestivos y el resto de alienígenas. Las luces de las barracas de juegos de esquís centellean bajo la montaña y se reflejan en la superficie blanca. Cuando enfilamos la última recta del trazado, los niños gritan excitados ante la visión de la nieve. Llegamos y bajamos. Todo es ruido de maletas, trineos, equipos de montaña, mochilas y de aquí estamos porque hemos llegado. Cuántos invasores de las hordas metropolitanas en el país de la soledad, me digo. Afortunadamente, me espera una habitación confortable y solitaria.

Desayuno en el hotel del valle, con el ordenador abierto sobre el mantel blanco de una mesa bien puesta. Ocupo una posición privilegiada en un ángulo del comedor desde donde se ve, a través de los ventanales que dan al norte, una pista con un buen grosor de nieve, un remolcador y el parque infantil, que aún no debe de estar abierto al público, por eso no hay nadie, salvo un par de trabajadores que circulan por el recinto. La naturaleza está en fase de hibernación. Duerme, como si se hubiese contagiado del letargo del animal que ha inspirado el nombre de la caseta de madera que hay al otro lado de la ventana. La Madriguera de la Marmota. La mañana es gris; a esta hora, el ambiente de la estación de montaña es tan tranquilo que el paisaje parece irreal, sobre todo porque la guirnalda de bombillas encendidas, en el bar del parque infantil, emite una luz amarillenta muy tenue. El conjunto acentúa la sensación de frío solitario, de esos que invitan a tomarse un café muy cargado antes de asomar la nariz a la calle, en especial si has cenado y bebido a gusto la noche anterior y te has levantado con resaca.

En el otro extremo del comedor, el panorama cambia: el lago se despierta al fondo del valle con ganas de empezar a congelarse, aunque sea con timidez, como los ríos que ya no escupen aguas espumosas. Hacia el norte, sitúo mentalmente la cima nevada del Puigmal y, más abajo, las rocas peladas de color rojizo que en primavera quedarán al descubierto a medida que se vaya fundiendo la nieve.

Me tomo el café a sorbitos mientras despacho los correos que han quedado pendientes estos días. Confirmando la fecha de un grupo de estudiantes que tiene previsto visitar el museo de historia a principios del próximo curso y archivo información sobre unas jornadas dedicadas al arte griego que me ha reenviado la dirección. A ver si hoy tengo tiempo de transcribir más notas y voy acabando el libro que tengo entre manos.

Cuando cierro el ordenador ya ha pasado una hora. Salgo a la calle, recorro el pasillo cubierto que comunica la oficina de información con el santuario y el hotel y que permite caminar protegido entre las dos alas del edificio. Camino a paso ligero hasta la capilla de San Gil, en la orilla oeste del lago.

Ya he llegado a mi destino; dentro de la pequeña iglesia hay una niña de unos ocho o nueve años y un niño más pequeño; están sentados en uno de los escalones del altar, con una hoja de papel y un bolígrafo en el regazo.

—Escribe un deseo.

—No sé...

—Algo que te gustaría que ocurriera.

—¿A mí?

—¿A quién si no?

—Vamos, toma, coge el papel... Mira, así es como se hace... Ahora, dóblalo... Los ponemos juntos, el tuyo y el mío... Los meteremos en esa casilla...

—¿Por qué?

—Si lo hacemos, se cumplirán nuestros deseos. ¿Acaso no ves que hay una imagen? Mamá ha dicho que es una virgen y que tiene poderes.

—¿Y este señor de color azul?

Señala con la manita el icono de san Gil que preside el altar.

—Es un santo que vive en el cielo.

—¿Como Superman?

—No es eso, tonto... ¿Qué has escrito, si se puede saber?

—Que papá y mamá vuelvan a vivir juntos.

Cuando los niños abandonan la capilla, me acerco a la reja que contiene la imagen mariana; ahora mismo está literalmente enterrada bajo una hojarasca de papelitos, dos palmos de peticiones que esperan en la bandeja de salida del servicio de mensajería celestial. Clinc, clinc. Deben de salir de uno en uno, gracias al ADSL atmosférico, en dirección a las galaxias siderales. Hacia las Pléyades, a Sirio o a Orión. Quién sabe si allí se aloja el Mesías que reza por todos los humanos del mundo mientras va despachando deseos que manda al Padre Superior —a quien la teoría del universo en expansión de Stephen W. Hawking no reconoce ni sabe dónde situar— a través de ángeles emisarios.

La gente dobla las peticiones de forma caprichosa y las lanza a través de los agujeros de la reja, de modo que se amontonan, unas encima de otras, dentro de una capillita que recuerda a una jaula. Me resisto un poco a hacer lo mismo con las fotografías antiguas que Juana guardaba en el piso del Ensanche. Me pidió exactamente esto; también dijo que me encargara de ello personalmente cuando fuera el momento adecuado. Han tenido que pasar quince años para encontrar la ocasión. Seguramente soy lento; pertenezco al club de los que no cambian de compañía de móvil por no tener que escuchar el rollo que te sueltan antes de aceptar el contrato. No hay que ser del jurásico para que te dé pereza todo lo que afecta a la paciencia y a los sentimientos en general... Finalmente, ha llegado la hora de cumplir con el encargo. Antes de hacerlo, miro de nuevo las dos fotos que he elegido: Juana y Enrique, muy jóvenes, cogidos del brazo, paseando por la Rambla de Barcelona; y luego ella otra vez, acompañada por dos mujeres extranjeras y una muchacha con trenzas, delante de la catedral. Llevan faldas por debajo de las rodillas, como si no tuvieran unas tijeras a mano. Tardarán una década en cortarlas, ras, ras, para convertirlas en minifaldas.

Ya no se oye a los niños, que han salido de la capilla, y de momento no ha entrado nadie más. Aprovecho la calma para volver a sentarme en el banco, arrimado a la pared, de cara al icono bizantino del santo de este espacio y la mesa del altar, de piedra gris. Dejo el móvil sobre el asiento de madera y empiezo a hojear una guía

turística del valle de Nuria que compré el año pasado en una librería de Ribes. Releo por encima que en este preciso lugar donde ahora me encuentro ocurrieron cosas extraordinarias. Los pastores encontraron los objetos de san Gil de Francia, de la época en que este personaje vivía en el valle, alrededor del siglo VII: una olla, una campana y la talla de madera de la Virgen que el propio Gil les talló y escondió en el lugar donde después levantarían una ermita. Entiendo que un hombre santo que es el patrón de los pastores, incluidos los trashumantes, acabara cansándose de vivir en la Provenza y fuera en busca de la soledad en un valle como este. Me imagino que san Gil sería el primer turista de la Galia.

La guía me entretiene poco tiempo, porque recuerdo el asunto pendiente de las fotografías. ¿Por qué me resisto tanto a desprenderme de estas imágenes? Me pesa no tenerlas. Hala, venga, tengo que dejarlas. Las vuelvo a examinar, pensando que acabo de capturarlas con el móvil y que antes he impreso copias en papel, para no perderlas del todo; las que voy a dejar aquí son las originales, como quería Juana... Ahora sí, lanzo las imágenes dentro del pequeño oratorio y caen una junto a la otra.

Slam, slam.

Cualquiera que se acerque podrá verlas. Y si no llegan a quemarse accidentalmente —ahora mismo hay una vela encendida detrás de la reja—, se quedarán aquí para siempre o hasta que un mosén o quienquiera que se encargue de este sitio decida hacer limpieza.

Ya he acabado el trabajo. Compruebo que en el interior de la capilla no tengo demasiada cobertura; la antena del móvil marca una línea, sola, unívoca, y eso me confirma la sospecha de que desde aquí no podré colgar las fotografías que he capturado en la red. Salgo del edificio para buscar lo que me interesa: camino unos pasos hacia uno y otro lado y acabo extendiendo el brazo como si fuera una prolongación de la antena, en dirección al camino que lleva al hotel. ¿Cuántos visitantes deben de hacer la misma serie de gestos exagerados para encontrar una buena cobertura?

Finalmente consigo colgar en Instagram las mismas imágenes que he abandonado en el oratorio, cumpliendo el deseo de Juana. Las he publicado acompañadas de etiquetas, así los usuarios afines a los temas fotografiados podrán identificarlas rápidamente: #barcelona #valledenuria #pirineos #alsacie #ancienphotos, unas cuantas almohadillas clarificadoras y, a continuación, un comentario añadido con el nombre completo de Juana.

¡Zuii!

El silbido metálico de recepción de mensajes del móvil me avisa. Apenas ha pasado un minuto y alguien se acaba de convertir en seguidor mío en Instagram. Le ha gustado la última foto que he publicado. Es una tal Arlette. Vamos a ver qué imágenes tiene colgadas.

Veo que Arlette es francesa. El *hashtag* de Alsacia con el que he clasificado la fotografía ha resultado ser muy efectivo. Curioseo entre sus *images*: *Papillote*

d'aubergine et tomate, salade de cerises, fondue avec sauce de menthe... O sea, que le gusta la comida vegetariana. A ver si va a ser vegana como Ilia, vaya rollo. ¿Y el paisaje de montaña? El meandro de un río entre rocas escarpadas, pueblecitos encastillados. ¿Y esto? Barras de gimnasia, zapatillas de seda, mujeres delgadas bailando... No hay ningún *selfie*. Por la moderada cantidad de fotos que tiene publicadas, deduzco que no hace mucho tiempo que forma parte del club de fotoadictos que ametralla el espacio cibernético cada dos por tres. O quizás Arlette pertenece a esa clase de personas a quienes no nos entusiasma compartir demasiada información y la utilizamos con cuentagotas. Queda claro, al menos, que no padece la diarrea exhibicionista de otros usuarios y no expone nada personal que pueda comprometerla.

Yo tengo poco más de doscientos seguidores, gente que clica *me gusta* en las fotografías que voy tomando. La mayoría de ellas están relacionadas con bares, museos y ánforas antiguas; raramente saco alguna de paisajes o de personas, como las que acabo de colgar hoy.

Like. Yo también *like* una foto tuya, Arlette. Clico la imagen de las zapatillas, está bien. Me faltaría saber cómo eres tú de cuerpo entero.

En lo que a mí respecta, tengo aspecto de soltero de cuarenta y cuatro años que busca hembra, un mal partido para cualquier mujer amante de los lujos y la opulencia. He tardado quince años en cumplir con un propósito que he ido postergando hasta ahora por diversas razones que, en cada momento, me han servido para justificarme por no haberlo hecho antes. Podría citar unos cuantos motivos: el trabajo en el museo, los viajes profesionales, la relación tensa que mantuve con mi padre, mi condición de *single* de piedra picada, que he readoptado después de separarme de la única mujer con la que me he liado para llevar una vida en común sin llegar a tener hijos, Ilia, que durante unos años ha sido mi pareja de hecho, por decirlo con un eufemismo idiota (con lo fácil que sería decir mi ex y punto o mi exmujer). Todo esto son excusas; seguramente la razón principal de no haber escrito antes esa historia ha sido la pereza, la puñetera pereza con la que he abordado este asunto hasta hace poco. Y también un sentimiento de prevención, probablemente por el temor de no saber resolverla lo bastante bien.

I
LOS DÍAS DEL CREMALLERA

La respuesta de la montaña

—Es como te he dicho. ¿Qué más quieres saber?

Enrique me había descrito la escena perfectamente.

Se detuvo de espaldas a la cascada, que rugía en caída libre sobre un barranco de roca. A un metro de sus pies, se abría el abismo. No retrocedió. Ya estaba acostumbrado a las dificultades del terreno; acababa de examinar el trayecto que habían allanado los ferroviarios con toda la tranquilidad del mundo, sin hacer caso del ruido trepidante de las máquinas perforadoras y los compresores, que retumbaban en la montaña durante todo el día.

Habría continuado el trabajo en aquel estado de ánimo sereno, pero, de repente, oyó los gritos de un obrero que subía por el camino viejo y se quedó helado. En aquel momento supo que se había cumplido una de las posibilidades que más temía. Ni el esfuerzo constante de los topógrafos y los ingenieros, que trabajaban encaramados a las rocas, en más de una ocasión atados con cuerdas sobre un precipicio o pisando un suelo resbaladizo, podía garantizar que no ocurriera algún imprevisto. En aquella empresa había que asumir muchos riesgos. Era el precio que pagaban por trabajar en un mundo de montañas imponentes que obligan a la ascensión continua y que durante todo el año están dominadas por factores imposibles de controlar: en otoño y en invierno, por las tormentas de nieve; en primavera, por el peligro de aludes, y en verano, por la fuerza de las aguas bravas.

—Cuando ocurrió el accidente, yo estaba con las brigadas en las partes altas del recorrido... Tenía que preocuparme por muchas cosas, y todas estaban relacionadas con mi trabajo como ingeniero auxiliar de la FMGP, la sociedad de Ferrocarriles de Montaña a Grandes Pendientes, así se llamaba la empresa... En realidad, yo era un cachorro; trabajaba allí desde el año 28, recién terminada la carrera de Ingeniería, pero los de la sociedad ferroviaria habían hecho las obras del cremallera de Montserrat y tenían mucha experiencia. Aun así, estaban demasiado presionados por los plazos, porque se habían comprometido a terminar la línea en tres años, a cambio de una concesión del gobierno aprobada por real decreto.

»Estábamos construyendo el tren cremallera más alto de la Península, y la empresa había hecho una gran inversión de capital. Puedes imaginarte que estábamos muy nerviosos, porque antes de que empezara a nevar había que acabar las obras principales del trazado.

Enrique hizo una pausa con un gesto contenido de la mano, la espalda contra el respaldo, como si midiera el peso de aquel instante lejano en que había asumido un

cargo de responsabilidad importante. Era de esa clase de personas que no se arredran ante ninguna dificultad. Antes de meterse en las trincheras del ferrocarril, ya había picado hierro en los pupitres de los jesuitas y resistido los jodidos exámenes de ingeniería; estaba más que entrenado.

A través de los cristales de la ventana nos llegaba el ruido de la ciudad de Gaudí, algo apagado y distante. Yo me estaba poniendo nervioso; primero me rasqué el brazo, como si persiguiera una maldita pulga que me estuviera masacrando y, poco después, se me disparó el dedo índice, que acabó golpeando la rodilla. Él no le prestó atención; seguía mirándome y, al cabo de un minuto, prosiguió:

—En aquel momento estábamos perforando uno de los túneles más difíciles, y la piedra era muy dura... Gastábamos veinte cajas de dinamita diarias para arrancar una media de dos mil cien metros cúbicos de roca... Recuerdo aquel día perfectamente. Lo dejé todo para seguir al obrero que había venido a avisarme y bajamos por aquel camino de mil demonios, esquivando a los animales que transportaban el material.

El anciano que tenía frente a mí se movió en la butaca, pensativo. Habían transcurrido setenta y cinco años desde aquel episodio, tres cuartos de siglo.

Se veía bajando por el sendero de greda de la excavación, veía la chimenea de humo saliendo de la boca del túnel y la escena que más temía: carreras; montones de rocalla desperdigados; una vagoneta volcada, lanzada a unos cuantos metros del lugar donde había explotado el barreno de pólvora; algunos hombres con quemaduras, y aquel trabajador chamuscado y ensangrentado, cargado como un saco de arena sobre el lomo de una mula. En aquel instante se había sentido un poco culpable por haberle dejado el control a Sixto Marfany.

El encargado se dirigió hacia él en seguida; jadeaba como si hubiera realizado un esprint.

—Ha muerto, no hemos podido hacer nada —le dijo.

Se enfrentó a él:

—¡Rediós, Sixto! ¿Cómo ha sido? ¿Cómo es posible?

—No lo entiendo —replicó el encargado—. La mecha no puede haber fallado; debe de haber cometido alguna imprudencia, ha tardado demasiado en apartarse.

Mientras estaban hablando, había aparecido el capataz, con la gorra calada hasta la frente y una cara rústica, de mejillas rojas. Parecía muy afectado, y seguramente debía de estarlo, porque conocía bien a los obreros y trataba diariamente con ellos de tú a tú. Se había acercado a Enrique y decía que no con el dedo, con firmeza:

—Eso no ha sido así, señor Solé, ya se lo digo yo. Ha sido culpa del barreno, que era demasiado fuerte; si no, no tendríamos tantos heridos ni un hombre muerto...

—¿Cómo reaccionaste?

—Escuché la versión del capataz, que se llamaba Pepito, para tener el máximo de información sobre lo que había ocurrido... El hombre me negó todo lo que acababa

de decirme el encargado... Como ya puedes imaginarte, se generó mucha tensión entre ambos... Yo no me puse de parte de nadie... Con Sixto discutíamos a menudo por culpa del trabajo; los dos teníamos una fuerte personalidad, pero yo no solía hacerle nunca ningún reproche. Era un hombre que lo supervisaba todo, por eso se había ganado mi confianza... Pero aquel día, la contradicción entre sus palabras y las del capataz no me tranquilizó en absoluto, como tampoco lo hizo la sensación de haber podido evitar aquella tragedia... Era un sentimiento de impotencia muy grande...

»Pensé que ambos intentaban exculparse de lo ocurrido; también era posible que el capataz hubiese sacado conclusiones falsas. Pero yo solo tenía una cosa en la cabeza, aparte de la obligación de indemnizar a la familia del obrero que había fallecido: me obsesionaba pensar cómo se lo contaría al ingeniero director. Sabía que el señor Fenech se llevaría un disgusto y me pediría explicaciones, me lo echaría en cara; por lo tanto, tenía que encontrar una explicación razonable y procurar que la empresa de ferrocarriles no se viera afectada más de la cuenta por aquel incidente tan grave.

»Le reproché a Sixto que no lo hubiera revisado todo personalmente hasta el último momento, y él se puso como una furia. Me juró y perjuró que había hecho todas las comprobaciones y que la única explicación que se le ocurría era que el ferroviario hubiera tenido una distracción fatal en el momento de prender la mecha.

»Yo ya sabía a qué me enfrentaba; estábamos expuestos a accidentes imprevisibles como aquel, aunque nunca habría sospechado lo peor de todo.

—¿Qué?

—Lo que descubrí más adelante.

De una mujer que se llamaba Juana

—¿Crees en el destino?

—Mira, yo debía de tener ocho o nueve años, y mi madre me llevó a ver a un hombre que le leía la vida a la gente... Recuerdo que me puso un puñado de barro en la mano y yo lo aplasté hasta que quedó alargado como un dedo... Aquel hombre miró el trozo de barro y dijo que yo conseguiría todo lo que quisiera en la vida, pero que debería superar una prueba muy difícil. Dijo que en mi figura se veía una presencia luminosa que ya reconocería cuando llegara el momento, fíjate... Mi madre guardó el secreto, porque mi padre no quería saber nada de esas cosas. Y no volví a pensar nunca más en ello, hasta después de la guerra... Pero ahora no me obligues a contártelo, ya llegará el momento.

Juana corrugó la frente marchita como si reviviera lo que estaba recordando. Sus ojos decían «cómo vuela el tiempo».

—¿A quién dirías que te pareces?

—Tengo el carácter de mi padre, que era pastor y hacía la travesía de la montaña. Era un hombre inteligente y práctico, y estaba acostumbrado a todo: cada invierno bajaba con el rebaño a los pastos del Ampurdán y no volvía hasta la primavera. Las había pasado canutas: los corderos se le morían por el camino, siempre paría alguna oveja, y, si llovía, estaban todo el día empapados...

Acababa de apoyar la cabeza en la mano y me fijé en la cantidad de arrugas que surcaban su cuello, como los anillos del tronco de un árbol viejo, de esos que la gente se entretiene contando cuando corta leña. Podía ser un roble o una encina centenaria. Empecé a recorrerlas mentalmente para comprobar si aquella ley natural era aplicable al caso, vista la similitud, pero no lo conseguí porque ella no paraba de moverse con el aire de quien piensa: «Ya te veo, ya sé por dónde vas, pero no te saldrás con la tuya, no te lo permito».

—¿Por qué fuiste a trabajar al santuario?

—Mis padres tenían una mentalidad abierta, querían lo mejor para mí y me mandaron a aprender con las monjas, al pueblo. Yo valía para estudiar, pero al final tuve que buscarme la vida... En mi época, si no pertenecías a una familia rica, tenías que trabajar... Habría podido entrar en Can Recolons, en las hilaturas de algodón, como muchas chicas de mi edad, o en el balneario Montagut, donde veraneaban los señores de Barcelona, gente de mucho dinero. Pero mi padre conocía al administrador del santuario de Nuria y a los diecinueve años se me abrió otra puerta.

—¿Te gustaba vivir allí arriba?

—Para mí no fue nada nuevo; ya estaba acostumbrada a pasar frío y a la lluvia.

—¿Cuál era tu trabajo?

—Era camarera en la hospedería. Servíamos a una treintena de directivos del tren que se quedaban a comer y a dormir, además de a los curas... No creas que había mucha calma en el valle. Estaban construyendo el edificio de San José, junto al santuario, y una estación provisional... Había bastante alboroto. Yo me levantaba a las seis y media de la mañana, porque a primera hora servíamos el desayuno a los directivos. Y al rato ya se oía estallar el ruido infernal de las máquinas que horadaban el túnel... Se te metía en la cabeza, pero acababas por acostumbrarte.

La explicación de Juana coincidía con la de Enrique cuando se refería al martilleo ensordecedor de las excavadoras, un ruido que debía sumarse al estallido de las detonaciones de dinamita que se producían en los túneles. El eco de toda esa metralla debía de resonar entre los precipicios, las gargantas del río Nuria y las montañas más altas, hasta la gran masa rocosa de Totlomón.

Pero este factor tan molesto no era nada comparado con lo duro que era vivir en un lugar tan frío y aislado. No todo el mundo podía resistir la presión de casi dos mil metros de altura durante muchos días seguidos, bajo el peso de la nieve y el aire gélido, salvo que fueras un sherpa, una virgen románica auténtica o una chica insultantemente joven, como lo era ella entonces.

—Debe de ser difícil vivir en un sitio así, entre tantos hombres y sin ninguna comodidad.

—No te creas. Al principio teníamos estufas de leña y vino caliente para reponernos... Los hombres no molestaban, y venían muchas mujeres a visitar el santuario... ¿Te estás riendo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

No quería quedar como un tonto, a pesar de mi escepticismo sobre la conveniencia de vivir juntos en las alturas. De hecho, hasta la adolescencia sobreviví en hoteles rústicos todos los veranos, sin libro de instrucciones. Al fin y al cabo, me dije para convencerme, la soledad de las montañas no debía de suponer ningún problema para ella, puesto que contaba con la compañía de una virgen que promete fecundidad a las mujeres que van a visitarla y consienten en meter la cabeza dentro de una olla santificada y hacer sonar una campana, como manda la tradición.

Cambié de tema. Quería centrarme en la cuestión más importante.

—¿Cuándo conociste a Enrique?

—El año 29. Venía a comer con los directivos... Eran hombres correctos y educados, gente preparada, con estudios: ingenieros, topógrafos, encargados y capataces que mandaban en el tren, y tenían a muchos obreros trabajando a sus órdenes. Nosotros los considerábamos buenos clientes porque nos dejaban propina... A mí, al principio, me trataban con cierta frialdad, pero poco a poco me fueron cogiendo confianza, y al final siempre querían que les sirviera yo. Me llamaban señorita Juana. A veces Juana a secas. Juana por aquí, Juana por allá... Yo me veía

obligada a correr, porque nunca eran puntuales, no había manera. Los de la hospedería dependíamos de mosén Antoni, el administrador, y yo trabajaba con otra camarera, Modesta, que era veterana en el oficio... Me parece estar viéndola, fea y hosca, colocándose bien la cofia torcida, con la mano grande en el bolsillo del delantal, descoyuntada... Me río con solo pensar en ella... Le daba rabia que los hombres del tren me dedicaran todas sus atenciones y no paraba de decirme: «Acabas de empezar; estás muy fresca, pero ya verás a partir de ahora, prepárate, ya verás...». Esas palabras se me quedaron grabadas.

Juana enmudeció por un instante y estiró el cuello. Había torcido ligeramente la boca, y al cabo de un momento se quedó estática, con la mano en el regazo. Volví a fijarme en aquellas profundas arrugas, aunque ya hubiera desistido de examinarlas, como hago cuando miro piezas de museo y observo las marcas de desgaste: roces, rayadas, grietas... En el caso de los humanos, los átomos no dejan de moverse desde el momento en que nacemos. Su piel debía de haber perdido hacía tiempo la capacidad de regenerarse; no obstante, a mí me parecía una mujer elegante, sobre todo por su porte juvenil, de una ligereza grácil que destacaba por encima de cualquier signo de vejez. La observaba con ojos de conservador de museo, de los que somos retorcidos por naturaleza y tenemos la manía de describirlo todo al detalle para poner las piezas en valor.

En aquel momento, su silencio me pareció muy expresivo. Supuse que estaba repasando algún detalle perdido en la memoria. Pero su abstracción duró poco; de repente me miró con esos ojos que te escudriñaban como si te estuvieran leyendo el pensamiento.

—Con los años, he comprendido que Modesta era de esa clase de personas que no saben envejecer y que, como no lo aceptan, se amargan y acaban sintiendo envidia de la juventud... De todas formas, yo no le hacía mucho caso, en seguida aprendí a ir a mi aire.

—¿Qué relación tenían los directivos entre ellos?

—Eso te lo explicará mejor Enrique. Lo que yo puedo decirte es que a veces hacían tertulias y también se peleaban por culpa del trabajo. Trabajaban en malas condiciones, porque allí arriba nevaba a menudo, y se acumulaban muchos nervios... Recuerdo que un día, no sé por qué motivo, Enrique se enfrentó a Sixto Marfany, uno de los encargados que estaba a sus órdenes. Discutieron acaloradamente, y al final, Enrique lo mandó callar... Le bastaba con decir cuatro palabras para terminar una pelea. En cambio, Sixto era diferente, se las sabía todas... ¿Cómo te lo diría yo? Era de esos que saben conquistar con palabras. Tengo un recuerdo muy vivo de eso. Veo a Enrique después de comer, examinándose el bolsillo del chaleco y sacudiéndose la pelusa... Sixto se encendía un puro, daba unas cuantas caladas y se guardaba el encendedor de piedra en el bolsillo de los pantalones... A veces, cuando me inclinaba para servirle el café, me miraba mucho... Era insistente, y alguna vez lo pillé espiándome por el espejo del comedor.

—¿Y Enrique?

—Al principio me pareció un hombre atractivo, educado y con personalidad; hablaba de forma reposada, pronunciando bien las palabras... Siempre iba impecable, con uno de esos portes que hacían que los obreros se quitaran la barretina... Tenía un trato discreto y muy correcto... Yo me fijaba en sus manos grandes y en cómo se le marcaba la nuez en el cuello.

—¿Apreciabas ese detalle de masculinidad?

—Sí, sobre todo en hombres de más edad.

Se echó a reír. Me pregunté por qué hay mujeres como Ilia, que se lían con chicos jóvenes o que se dejan seducir por especímenes que hacen ayuno semanal, como ha ocurrido con ella. Juana, en cambio, apreciaba la morfología de los hombres maduros, se sentía atraída por los machos acostumbrados a la experiencia de la vida.

—Más adelante ocurrió algo que me hizo cambiar de opinión —seguía hablando de Enrique—. La verdad es que me daba rabia por una razón que *para mí* estaba más que justificada...

Me planteé continuar con esa cuestión, que me interesaba, pero habíamos acordado que, si salía en la conversación algún tema que ella no quisiera tocar, me lo diría.

—Será mejor que lo dejemos para otro día, ahora quiero regar las plantas.

El incidente

Me estaba esperando en la entrada, con la puerta abierta de par en par, medio acicalado, con una camisa de franela y un pañuelo de seda en el cuello, tal y como acostumbraba a vestir hasta que llegara el verano, cuando el calor empezaba a ser intenso, por no decir insoportable. Estaba pálido, y el sol de mayo que penetraba por la vidriera de la galería hacía que su piel me pareciera incluso más blanca.

Se había acercado a mí y me había apretado el hombro con el brazo bueno efusivamente.

—Pasa, canalla.

Enrique me acababa de dar una palmadita en el hombro, como si quisiera dejar claro que seguía siendo el hombre despierto y bienhumorado de siempre. Y me hice a la idea de que no había cambiado nada, que era una manera comfortable de no pensar en cosas desagradables.

Lo seguí hasta el despacho, justo al lado de la sala donde Juana descansaba todos los mediodías. Una vez dentro, escogí una silla de asiento barnizado, junto a la mesa de roble macizo que le servía de escritorio. Él se había sentado en su butaca tapizada a juego con las dobles cortinas y las tapas de la carpeta archivadora que tenía encima de la mesa, forradas con un estampado idéntico. Lo miré. Tal y como se había sentado, quedaba enmarcado entre dos fotografías que aún conservo: una reproducción de *El hombre de Vitrubio*, de Leonardo da Vinci, y una imagen de los años treinta en la que se ve un vagón de carga delante de un túnel y unos cuantos hombres de pie con boina, todos ellos obreros vestidos con camisas y pantalones arrugados que debieron posar para la foto. Y sobre la plataforma del vagón aparece un hombre con sombrero y pantalones bombacho, de porte elegante, apoyado en una baranda: Enrique Solé.

En seguida me dijo:

—¿Qué quiere que le cuente, Sherlock Holmes?

Le seguí el juego.

—Preferiría ser Guido Brunetti o el sibarita de Pepe Carvalho. Seguro que un inspector veneciano o un detective barcelonés comen mejor que un lord británico, y de beber, ni te cuento.

—La inteligencia del estómago tiene su importancia; cuando trabajábamos en el cremallera, era lo que más nos distinguía de los obreros, aparte del sueldo y de los quebraderos de cabeza que comportaba la responsabilidad de tener un cargo directivo. Nosotros comíamos cordero y pollo con patatas o arroz, y los ferroviarios

tenían que conformarse con pan, arenques y ajos... Pero no nos desviemos del tema. ¿Quieres que continuemos con el accidente? Déjame que antes te hable un poquito de mis inicios en el ferrocarril, así entenderás bien la situación...

»Era un proyecto complicado; ahora puede parecer que no es nada, pero estamos hablando de construir una vía ferroviaria en la alta montaña, y eso significaba superar un quince por ciento de desnivel en algunos tramos. Tuvimos que solucionar muchos problemas técnicos, sobre todo en los sitios más inaccesibles... Tampoco disponíamos de buenos medios de auscultación para saber qué nos encontraríamos cuando horadásemos la montaña... Tuvimos muchas dificultades para abrir boquetes en la peña, porque era difícil ver el material que había debajo de la roca. Y solo podíamos trabajar bien durante los meses de verano: a partir de octubre solía nevar, y quedaba todo enterrado. Excavar en aquellas condiciones era una barbaridad; en la obra te jugabas la piel.

Una chispa de entusiasmo brilló en sus rojizos ojos. Hablaba animado, poniendo tanto énfasis en los detalles que los dibujaba claramente, como si estuviese esbozando un plano de situación.

—Estábamos bajo las órdenes del señor Fenech. Él dirigía el proyecto en sustitución del primer ingeniero técnico, Julián Fuchs, que había muerto antes de que empezaran las obras. Con él no tuve ningún problema grave, ni tampoco con los otros ingenieros auxiliares... Cada uno seguía su camino, aunque nos echábamos una mano cuando hacía falta a la hora de afrontar dificultades. De todas formas, el director confiaba mucho en mí y me dio la responsabilidad de controlar las obras en los túneles más difíciles.

—¿Te sentías compensado?

—Me gustaba mucho el trabajo... Y te aseguro que el sueldo que cobraba no era nada del otro mundo.

—¿Cuántos trabajadores teníais?

—Más de ochocientos, y en algún momento superamos los mil. Eran muchos obreros, y ya teníamos bastante controlado lo más importante: en la montaña, el agua es el enemigo número uno, el demonio de las construcciones... Debíamos luchar contra un terreno muy húmedo, demasiado, y la amenaza de la nieve. Y además, tantos quebraderos de cabeza no eran nada comparados con el peligro de los accidentes...

—¿Como el del túnel?

—Sí, fue uno de los momentos más difíciles, y es algo que nunca se borra... Puesto que yo era el principal responsable, no me conformé con las explicaciones de nadie. Lo puse todo en entredicho; por mi cabeza cruzaron toda clase de pensamientos, incluso que el accidente fuera el resultado de un cúmulo de desafortunadas circunstancias, y quién sabe si de algún error de cálculo en el momento de preparar la explosión. No se trataba de buscar culpables, sino de saber qué había pasado... De todas formas, estaba obligado a resolverlo y a encontrar una

explicación clara, y eso no me permitía estar muy tranquilo.

Enrique subrayó las últimas palabras con la mano entreabierta, ligeramente temblorosa. Un temblor que era fruto de la enfermedad que lo acompañaba desde hacía años y que, afortunadamente, no afectaba a su memoria.

—Todo aquello fue un calvario... En primer lugar tuve que convencer al capataz y a los trabajadores para que siguieran desescombrando. Había mucho desánimo, pero teníamos que seguir perforando el túnel... No puedes ni imaginarte cuánto me pesaba el cargo en aquellos momentos. Además, al cabo de poco tiempo murió otro de los obreros malheridos, y el día que nos lo confirmaron me peleé con Sixto, me acuerdo perfectamente.

»Aquella tarde se presenta en mi despacho con aire de preocupación, se deja caer en la silla, cruza la pierna sobre la rodilla y me dice: “¿Te has enterado de la noticia?”. Yo ya estaba al corriente y le respondo firme, mirándolo a los ojos: “Mira, le he estado dando muchas vueltas... He hecho mis cálculos, y con la cantidad de dinamita que habíamos previsto es imposible que la explosión fuese tan fuerte”.

—¿Lo admitió?

—Le cambió la cara y se puso a la defensiva, alegando que a última hora se habían encontrado con una piedra dura como el hierro... Según él, había seguido mis instrucciones, pero tenía que decidir y actuar con rapidez. Por eso aumentó la carga. Se justificó con un «lamento no habértelo dicho en seguida, pero tampoco habría servido de nada, yo solo cumplí con mi deber». Le reproché la omisión, por no decir la mentira, sobre todo que no me hubiese avisado en su momento, como era su obligación; y él dijo: «¿Qué querías? Delegaste ese trabajo en mí... Tú no estabas y habríamos perdido mucho tiempo».

»Se quejó de que yo estaba de parte del capataz y de que quería echarle la culpa a él. Pero Pepito nunca me había dado ningún motivo de queja; en cambio, él sí. Insistió de nuevo en el argumento de que el obrero había prendido la mecha sin tener en cuenta el tiempo reglamentario. Recuerdo sus palabras: “¿Qué quieres que diga el capataz? Siempre estará de parte de los ferroviarios porque es un trabajador a sueldo, como los demás. Ha sido una imprudencia. ¿No te das cuenta de que, de cara a la compañía, es la mejor explicación?”. Y aún añadió: “¿Qué te cuesta, Enrique?”. Con aquel razonamiento insidioso consiguió sacarme de mis casillas, te lo aseguro... Yo no habría dado por nada del mundo una explicación que estaba por demostrar con el único fin de exculparnos. Mejor dicho: para exculparlo a él. Por ahí no pasaba. Era indigno echar toda la culpa a un hombre muerto que no podía defenderse y sin tener ninguna prueba. Ni una. Y encima era yo quien tendría que dar la cara ante el director y los consejeros. Al final di un puñetazo sobre la mesa.

—¿Actuaste en su contra?

—Decidí marcar distancias. Al cabo de un tiempo se me pasó el enfado, pero lo tenía todo muy presente.

La cabeza senil de Enrique dijo que no, subrayando las palabras que acababa de

decir.

—Yo no me habría quedado tranquilo, a pesar de que todos esos argumentos que pretendía Sixto estuvieran de nuestra parte, porque si decíamos que el obrero de explosivos fallecido en primer lugar había tenido una conducta imprudente, la compañía de ferrocarriles quedaba libre de toda responsabilidad. Esta explicación nos habría eximido de los cargos... Pero no me parecía que fuera una solución. En aquel momento no pude aclarar toda la verdad; de hecho, ni siquiera la sospechaba.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabrás. Para mí era un asunto de control bastante importante. Me daba cuenta de que tenía un problema gordo que me obligaría a enfrentarme a los hombres que trabajaban para mí. Un problema que había empezado afectando a mi relación con Sixto... Supongo que él habría querido recuperar la confianza del principio, pero yo no. Manteníamos las conversaciones imprescindibles porque debíamos trabajar juntos para terminar la obra.

»Como no se pudo demostrar que hubiera habido alguna imprudencia por parte de los obreros, la compañía pagó una indemnización a las familias de las víctimas y también a los heridos, y todo el mundo se calló. Pero yo no me quedé nada convencido... A partir de entonces, iba todos los días a los túneles a las seis de la mañana y revisaba las medidas de seguridad. El señor Fenech no estaba para monsergas; aparecía cuando menos te lo esperabas con esa calva que se divisaba desde lejos y el aire de coronel militar... Ponía nervioso a todo el mundo... A veces discrepábamos, aunque siempre acabábamos por entendernos por el mero hecho de que él, al igual que yo, tenía un estricto sentido del deber. Era un hombre de palabra.

—¿La responsabilidad principal de las decisiones que tomabais no era suya?

—Sí, pero yo tenía que aguantar muchas presiones, más que cualquier otro ingeniero, y lo peor de todo es que tuve que afrontarlo solo... Me engañaron bien, ¿sabes lo que quiere decir eso?

Se le dibujó una mueca en los labios caídos.

Una discusión

Juana me invitó a sentarme.

—¿Por dónde íbamos? Sí, me enfadé con Enrique...

Solo esperé unos segundos.

—¿Puedo saber por qué razón?

—Claro, no es ningún secreto... Yo iba a mi casa de vez en cuando, y un día encontré a mi padre de mal humor porque se había derrumbado el muro de un pasto que teníamos en Rialp por culpa de las obras del tren, y los del cremallera no querían saber nada del asunto. Así pues, fui a ver a Enrique, que era quien mandaba en los túneles, y me enfrenté con él... Yo solo era una camarera, pero me daba igual ir a verle a él, al señor ingeniero director, o al papa de Roma... Los ribetanos somos gente de talante tranquilo siempre que no se metan con nosotros.

—¿Y qué ocurrió?

—Me encaré con él airada.

—¿Y cómo reaccionó?

—De entrada fingió que no sabía de qué le estaba hablando, y luego se defendió con excusas. Discutimos acaloradamente. Yo quería que se comprometiera a resolverlo y hasta cierto punto me enfrenté con él... También sabía lo que me estaba jugando, y como soy rabiosa y me conocía, procuré no decir ninguna barbaridad... Estaba obligada a guardar la distancia con los clientes, era una norma que teníamos todos los que trabajábamos en la hospedería.

Visualizo la escena. Juana saliendo del comedor, con la rebeca de lana abrochada, y, unos minutos más tarde, cruzando el puente de madera desde donde se veía una cuadrilla de obreros trabajando en mangas de camisa y chaleco, con unos pantalones sucios que no se cambiaban en toda la temporada. Había caminado un poco alejada de ellos para evitarlos, pero se cruzó con un peón que empujaba una carretilla y le dijo *guapa*, y ella aumentó el paso sin mirarlo, pensando en el hombre al que habría querido amar, tan distinto.

Respiró el aire helado que le pinchaba el rostro hasta llegar a las oficinas, y antes de entrar en el despacho de Enrique se ajustó el cuello de la blusa. Un oficinista acababa de avisar al ingeniero: «Hay una chica que quiere hablar con usted». En aquel momento, ella escuchó el *pase* y empujó la puerta con tanta decisión que la trenza negra y rígida, muy bien recogida, osciló sobre su cogote. En esta ocasión, la

presencia de Enrique la trastornó. El ingeniero estaba revolviendo papeles desde hacía más de una hora; había vuelto de supervisar las obras del túnel y se había encerrado en su despacho para ordenarlo. Iba impecablemente vestido, con una camisa de algodón del bueno, algo desabrochada, un chaleco hecho a medida, unos pantalones anchos que parecían bombachos y las botas altas hasta las rodillas que calzaban todos los mandamases del tren. Pero ella estaba tan enfadada que no fue capaz de reconocer en el hombre que tenía delante, y que al principio había visto con buenos ojos, ninguna clase de amabilidad ni de distinción natural que resultara admirable. Solo era un directivo que velaba por la empresa.

Enrique la había visto entrar como un vendaval que acababa de irrumpir en su despacho y se levantó de inmediato, con cara de *¿qué querrá?* Su joven cuerpo de veintiocho años se había movido con rapidez al tiempo que le extendía la mano con una afable sonrisa:

—Bienvenida, pase.

Ella lo miró con unos ojos tan brillantes que pinchaban; parecían los de una mujer de las Indias, y a duras penas lo saludó con un escueto *buenos días*. Cuando él la invitó a acomodarse en la silla, no se dio por enterada. Se había quedado de pie, con un aire tenso en la mirada que parecía un fino hilo a punto de romperse.

—¿No quiere sentarse?

—No estaré mucho tiempo. He venido para comentarle un tema importante.

—Dígame en qué puedo ayudarla.

—Es una cuestión de justicia.

Ella no pedía ningún trato de favor, nunca le habían gustado. Servía a todo el mundo por igual, ya fueran albañiles que trabajasen en las obras o señores directivos que cobraban un buen sueldo, como el ingeniero. Pensó que no le envidiaba nada, todo lo contrario: por más autoridad que tuviera en la compañía ferroviaria, no debía de vivir muy tranquilo, porque estaba lleno de responsabilidades. En cambio, ella solo tenía que poner y recoger mesas y atender bien a los clientes.

—¿De qué se trata?

Le resumió la situación en pocas palabras, recalcando todo lo que había ocurrido. Estaba segura de que el muro del pasto de su padre se había derrumbado por culpa de las obras del tren.

—Usted ya debe saberlo...

—Perdone, pero no sé de qué me habla.

El ingeniero había hecho un gesto de extrañeza que parecía sincero, pero ella no hizo ningún caso de aquella reacción y, tozuda, insistió:

—Pregunte... ¿Debo ser yo quien le diga que lo que ha ocurrido es culpa de las obras que están realizando en el túnel de abajo? Usted comprenderá que un muro no se cae solo, sin más...

Quería dejar claro que no le bastaba con unas palabras amables y siguió esgrimiendo sus argumentos con convicción.

—Para usted puede que no sea importante, pero para mi familia sí lo es, y mucho.

Hubo un silencio y un intercambio de miradas. Enrique la observaba con cara de no entender nada y con un interés especial que ella interpretó como un deseo involuntario de los que tienen la mayoría de los hombres cuando ven a una mujer guapa, y eso la irritó aún más. Sentía latir su corazón y se enfadó consigo misma, pensando que seguramente debía de haberse sonrojado como una muñeca de trapo.

—No voy a negárselo; solo estoy diciendo que en el derrumbe pueden haber intervenido muchos factores.

—Señor Solé, no me gusta que se rían de mí...

El ingeniero se quedó tieso, sin apartar los ojos de ella. Se alisó el pelo con la mano, intentando ganar tiempo para encontrar una explicación aceptable. El atrevimiento de Juana parecía divertirlo; la camarera de San Justino no estaba para hacer reverencias; quedaba claro que la muchacha tenía carácter.

No tardó más de unos segundos en responder:

—Usted ya debe saber que los derrumbes y los cantizales son un hecho natural, y cuando se realizan obras en la montaña, las lluvias, las aguas subterráneas y los arroyos son muy traicioneros... Las tierras siempre se mueven por efecto de las aguas.

—Por más explicaciones que me dé, sigo pensando lo mismo...

—Y puede haber otras razones de peso, además de la humedad; le aseguro que el paso del ganado por los caminos también influye, y cuando los muros son arenosos, se caen solos.

Aquel nuevo argumento que parecía querer desmentirla la irritó aún más y se tragó una bocanada de rabia.

—El pasto está junto a las vías; se ha derrumbado por culpa de las obras del tren... Todo esto no son más que excusas; me parece de mal gusto que insinúe que el rebaño tiene algo que ver, y lo del agua... ¡Tendría que haber diluviado! —Le entraron ganas de lanzar la carpeta que había encima de la mesa o estampar cualquier objeto que tuviera a su alcance contra la pared, pero se refrenó, taladrándolo con la mirada—. Lo que hacen ustedes no tiene perdón. ¡Horadan túneles que estropean la montaña y perjudican a la gente! Mi padre ha perdido un pasto con la explosión de una barrena, lo sabe usted muy bien. ¿Es que acaso creen que pueden *hacer* lo que les dé la gana?

Intentó controlarse, clavándose las uñas en la palma de la mano, como cuando era pequeña y se enfadaba porque le llevaban la contraria. Aquella era una forma de mitigar los arrebatos que la dominaban. Intentaría respirar haciendo llegar el aire al estómago; eso la tranquilizaba un poco.

Enrique ponía cara de no saber todavía de qué lo estaba acusando. Y ella continuó:

—Usted puede decir lo que quiera, pero esto es así, y cualquier persona con dos dedos de frente le dirá lo mismo.

En aquel momento, la cara del ingeniero se tensó; la nuez empujaba por debajo del cuello de la camisa.

—Todo tiene un límite, Juana, me está faltando al respeto... —Había apoyado la mano sobre la mesa—. ¿Por qué no se calma un poco? No saque conclusiones precipitadas.

Ella respiró profundamente, consciente de que debía frenar si no quería despeñarse por el precipicio.

—Dios me libre, señor Solé... —Consiguió reducir el ritmo de la respiración—. Usted me entenderá; solo le pido que le eche un vistazo y juzgue según su opinión.

Todo aquel zigzagueo verbal llegó a su último tramo. Ella había bajado el tono por prudencia.

—Iré a echar un vistazo para averiguar qué ha ocurrido —aceptó finalmente Enrique. Era una forma de admitir que las obras de la vía podían haber provocado algún movimiento de tierras—. Tanto si es como usted dice como si no, hay que analizarlo a fondo antes de sacar ninguna conclusión en firme... Lamento que su padre se haya disgustado.

A Juana le pareció que el tono impecable con el que había hablado Enrique rayaba la galantería. Respiró aliviada, pensando que había conseguido que el ingeniero reconociera el problema; al menos se había mostrado más receptivo. Era el momento de contraatacar y asegurarse el triunfo.

—Me alegro de que se preocupe por ello, pero no basta con disculparse. Le digo lo que hay: ustedes deberán hacerse cargo de los perjuicios.

—¿Te fuiste convencida?

—Al menos conseguí que me escuchara... Para nosotros estaba claro que debían pagarnos una indemnización que compensara a mis padres... Pensé que todo se resolvería pronto, pero no fue así... Pasaron los días, y la compañía del tren seguía sin reconocer los hechos. Al cabo de unas semanas aún seguíamos esperando, ya te puedes imaginar cómo me sentía yo... Estaba convencida de que Enrique no había dado ningún paso para solucionar el problema y le cogí un poco de tirria, la verdad; estaba resentida con él.

Juana se quedó con una mano seca y pecosa suspendida en el aire.

—¿La antipatía te hizo verlo de una forma distinta?

—En parte, sí... Aunque era correcto conmigo, me caía mal, porque pasaban los días y no se solucionaba nada. Empecé a encontrarle todos los defectos: me parecía demasiado serio y más bien viejo, aunque no tenía ni treinta años... Y eso a pesar de que los jóvenes de mi edad siempre me habían parecido unos críos y me gustaban los hombres maduros... No podía perdonarle que se desentendiera de algo que estaba clarísimo... En aquel momento lo odié... Reconozco que aquel sentimiento no era cristiano ni agradable, pero para mí estaba más que justificado.

—¿Te consideras rencorosa?

—Lo he sido, pero con el paso de los años he cambiado mucho; ahora pienso que no merece la pena malgastar fuerzas en lo que solo crea malestar.

Al hablar de nuevo de sí misma, se le dibujó una sonrisa.

—Fui un poco inflexible, porque consideraba que yo tenía razón, y nunca me ha gustado dejar las cosas a medias, sin solucionar... De niña, nunca daba nada por terminado si no me complacía. Y eso aún me ocurre. Siempre he querido justicia, pero la vida me ha enseñado a buscarla de un modo distinto.

—¿Qué te ha hecho cambiar?

—Seguramente las experiencias que he vivido; la verdad es que hay una historia personal que...

Dejó la frase inacabada y me miró con esas pupilas de acero que conseguían inquietar.

—Bueno, son cosas mías... Siempre he sido valiente y no le he tenido miedo a nada, pero en este momento solo me preocupa la salud de Enrique y lo que puede ocurrir de ahora en adelante.

Pedidos

—Tras una reunión con el señor Montserrat Fenech, empecé a enterarme de cosas que no me gustaron. Nos había convocado en pocas horas para despachar con urgencia, como siempre que nos afectaba un asunto grave.

—¿El director se llamaba Montserrat?

—Sí, también es un nombre masculino, ¿no lo sabías?

—Me parece extraño.

—Te aseguro que no es el único hombre al que han bautizado con ese nombre... Pero, bueno, volviendo a lo que te decía...

Enrique seguía obstinado en explicarse. A primera hora de la tarde, yo me había vuelto a presentar puntualmente en su despacho, tal y como habíamos acordado, con un bloc para tomar notas. Además de grabar la conversación, apuntaría los detalles que pudieran pasar por alto y que yo consideraba útiles para describirlo, como alguno de sus gestos más característicos, todos ellos condicionados por la leve parálisis que padecía desde hacía años.

—¿El accidente del túnel aún tuvo más consecuencias?

—Sí, pero, espera, déjame que te siga hablando de la construcción del cremallera, porque tiene relación con lo que ocurrió.

»Los de la sociedad del ferrocarril habían pensado en un tren con tracción de vapor, pero el ingeniero jefe decidió que era mejor electrificar la línea y combinar la adherencia en los tramos bajos y el cremallera en la parte alta, ya que era un sistema muy seguro, y este cambio de planes hizo que nos retrasáramos un poco.

»Aun así, teniendo en cuenta que trabajábamos a contrarreloj, en septiembre ya habíamos avanzado mucho con las obras principales... Habíamos terminado el túnel de Descasadors, en Fontalba, y estábamos perforando en la parte alta... Llevábamos un buen ritmo y abrimos un camino alternativo para solucionar el problema del transporte de materiales pesados... Piensa que tuvimos que afrontar un sinfín de limitaciones a la hora de trasladar las traviesas de la vía, porque la carga que transportaban los animales no podía superar los cuatro metros de longitud... Nos preparábamos para poder seguir con las obras cuando nevara sin parar. La contrapartida, como ya sabes, era que usábamos mucha dinamita y consumíamos una gran cantidad de gasolina.

»Nos reunimos para hablar de la cuestión... Recuerdo que, aquel día, el director tenía cara de póquer... Era un hombre con un carácter muy fuerte, pero no te creas, se preocupaba más por ser eficiente que por dominar a los demás. Su aspecto no se

ajustaba del todo a su carácter. De hecho, no tenía un talante autoritario, a pesar de su severa apariencia.

La entrada al despacho del señor Fenech estaba estrictamente reservada a los hombres del tren; nadie que no fuera al menos topógrafo tenía derecho a pisarlo. Aquel día, en la mesa de dirección, se sentaban el ingeniero director, un arquitecto y cuatro ingenieros auxiliares de mediana edad, el más joven de los cuales era Enrique. Al entrar, se habían quitado los abrigos de fieltro, dejando al descubierto los pantalones abombados y las botas hasta la rodilla que los protegían del clima extremo, en aquel momento aún soportable, y los habían colgado junto al sombrero borsalino del señor director.

—El capitán general de Cataluña me ha comunicado que tiene previsto visitarnos a principios del mes que viene. Para esas fechas, deberíamos haber terminado el puente de Tosa... ¿Entendido?

—Haremos todo lo posible...

El ingeniero encargado del viaducto se removió en su silla inquieto. Debía de pensar, horrorizado, que aún no habían completado ni la mitad de los doce arcos de hormigón y piedra natural, y apenas superaban los cincuenta metros de radio de la curva que tendría el viaducto.

—Nos lo hemos tomado muy en serio, señor Fenech, pero si hay que ir más deprisa, los gastos se dispararán.

—Lo sé —dijo el director—. La compañía no puede ampliar su capital social con otra emisión de obligaciones, y tenemos un problema muy gordo: seguimos con un consumo exorbitante de gasolina, sobre todo en los túneles... Esto no puede continuar así; habría que reducir el gasto un diez por ciento... El administrador de la sociedad me ha informado de que los accionistas se niegan a aumentar la inversión en el proyecto... No nos queda otra opción que ahorrar, estamos en un momento crucial; en caso contrario, será difícil encontrar la manera de afrontar los créditos y mejorar la financiación.

La contundencia del director, el hombre de calva integral que se conocía el proyecto como la palma de su mano, daba a entender que estaba realmente preocupado.

Enrique se dio por aludido en seguida; le supo mal que no se lo hubiera comentado personalmente antes de convocar la reunión.

—Estoy de acuerdo en que el dispendio de combustible es preocupante, pero no habíamos previsto que la piedra que había debajo fuese tan dura. Los compresores de aire que accionan los martillos perforadores de acero tienen que trabajar mucho y es inevitable que consuman la gasolina a gran velocidad... No podemos hacerlo de ninguna otra forma.

Era un argumento de peso que el director ya conocía, y Enrique no quería

enfrentarse con él, teniendo en cuenta que no podía negar la tenacidad de Fenech. Más de un día, al amanecer, con mal tiempo, se lo había encontrado al pie del trazado, con el abrigo de solapa rasa, el sombrero encasquetado y, en alguna ocasión, también saltando algún risco escabroso y lleno de peligros sin que lo acompañara ningún obrero práctico que conociera la montaña. Así pues, nadie podía reprocharle que se inhibiera, todo lo contrario: se dejaba ver a menudo entre los obreros y sabía el terreno que pisaban.

—También deberíamos desmontar los compresores y subirlos al santuario antes de que empiece a nevar, para iniciar la colocación del carril en los tramos altos. Si lo tenemos todo a punto, con un poco de suerte podremos trabajar durante el invierno...

El director echó un vistazo a los ingenieros auxiliares, como si quisiera aclarar que hablaba en general. Todo él parecía decir: esta empresa requiere sacrificio, y quien no esté dispuesto a hacerlo que renuncie.

—Necesitaremos más animales de carga; estamos en otoño, y los arrieros prefieren el trabajo agradable de las vendimias... Los encargados del transporte ya se han quejado de que han sufrido bajas.

El ingeniero cuya responsabilidad principal era el transporte había hablado en un tono de *por si alguien no se ha enterado*.

—Ahora no pueden fallarnos.

—Será difícil; exigen un aumento de sueldo.

El director resopló con aire cansado.

—Siempre acabamos topando con la economía... Mañana mismo mandaré llamar a los encargados y cerraremos el precio... Enrique...

—Dígame.

—En cuanto a los túneles, también tendremos que reducir el gasto un diez por ciento.

—Será más lento.

—Depende. Si conseguimos los materiales a tiempo, podemos cumplir con los plazos.

—Como usted sabe, tenemos un problema con la empresa constructora: no cumple, nos sirve cuando le apetece y mal.

—Entonces, hay que solucionarlo.

Enrique asintió en silencio mientras se pasaba la mano por el pelo encrespado, como si se estuviera peinando las ideas. No se trataba tan solo de opinar sobre cómo había que hacerlo; tenían la responsabilidad de llevar la obra a buen término y evitar pérdidas económicas, eso lo sabía muy bien.

Desde la distancia, aún recordaba aquel hecho con detalle.

—Luego, con el crac de la Bolsa de Nueva York, llegó una fuerte crisis económica que nos afectó de rebote... Medio mundo se resintió de ello y, por

descontado, las bolsas europeas.

—¿Qué hiciste en aquel momento? —proseguí con mi interrogatorio.

—Puesto que yo era el principal responsable de las perforaciones, el señor Fenech me pasó la patata caliente y tuve que hablar con el contratista de obras. No conseguí que rebajara los costos, pero sí que se comprometiera a servirnos los materiales a tiempo, y le advertí que, si no cumplían el trato, probablemente rescindiríamos el contrato.

»Además de todos estos problemas, Pepito, el capataz, se presenta un día en mi despacho y me cuenta un par de cosas: la primera, que seguro que los obreros se declararían en huelga si no les aumentamos el sueldo de inmediato, y la segunda, que ha encontrado una nueva carga de dinamita sobrepasada... Era sorprendente, porque quien realizaba habitualmente los pedidos era yo, y las cantidades de materiales obedecían a un cálculo bastante exacto. Le pregunté qué estaba insinuando y me mostró una hoja de pedido arrugada, me la puso en las manos y dijo: “Mírelo bien...”. Aquello me hizo abrir los ojos...

Lo interrumpió un acceso de tos y se pasó el dorso de la mano por debajo de la barbilla. Cuando se movía, se le notaba más la afección muscular.

—¿Quieres que lo dejemos?

—Estoy bien, solo me he quedado un poco ronco. Déjame terminar... Aquel pedido correspondía a la última partida de gasolina, después de que hubiéramos acordado ahorrar combustible con el señor Fenech. La hoja estaba firmada por el administrador y fechada por el contable de las oficinas, y en ella constaba la cantidad convenida. Dije que estaba bien. «Pero ¿es que no lo ve? —insistió él—. La he recogido de entre los papeles que había que quemar. Alguien la ha tirado... ¿Por qué no comprueba qué hoja de albarán han guardado en el archivo?»

»Yo consideraba al capataz un hombre honesto, nunca me había dado ningún motivo para desconfiar de él, todo lo contrario: como te he dicho, era un buen trabajador y siempre se había comportado con rectitud; la prueba de ello era que tanto el resto de los ingenieros como los obreros le apreciaban. Pepito siguió diciendo que aún sabía cosas más gordas, que sospechaba que había otras partidas de material hinchadas y que ya no quería hablar más, que comprobara yo mismo todo lo que me estaba diciendo.

»Me pareció un asunto grave, y aquella misma noche, cuando ya no quedaba nadie en las oficinas, fui a registrar los archivos, como un ladrón de guante blanco.

Cuaderno de notas

—Me gustaría saber cómo están...

—¿Tienes un teléfono de contacto?

—No, solo la dirección que consta en las cartas... Nos escribimos durante unos cuantos años, pero dejamos de hacerlo y ya no he sabido nada más.

Juana me había recibido a media mañana en la puerta: la vista levantada, enérgica, mirándome por encima del cuello, con la espalda recta que ganaba al aire envejecido de su cuerpo menudo. Iba enfundada en un vestido con un estampado de flores indefinidas, de abuela moderna.

Yo la había seguido sin decir nada mientras se abría paso delante de mí, con la cabeza aún erguida, a través del pasillo de la entrada. Caminábamos escoltados por paredes decoradas con reproducciones de marinas de Sorolla y acuarelas de paisajes desdibujados por el efecto del sol, que parecían a punto de borrarse y volar si alguien soplaba su superficie. Avanzamos sin perder nunca de vista la galería que da a la parte posterior del edificio ni la luz proveniente de una serie de ventanales en los que crecen, de manera desordenada, una veintena de plantas de interior colocadas en macetas: hojas de salón, ficus y una pequeña multitud de potos invasivos de esos que no requieren demasiadas atenciones y que, aún hoy, siguen arrastrándose larguiruchos sobre el mosaico, con las hojas de un verde brillante.

Juana iba a paso lento, y la oscilación de sus andares denotaba el peso de los años, en eso sí chocheaba un poco. En algún momento, mientras nos dirigíamos a la sala, sentí el impulso de adelantarla, pero me frené adrede. Al fin y al cabo, yo me había convertido en un intruso que quería saber cosas sobre su vida y ella tenía derecho a imponerme su ritmo. Me limité, pues, a seguirla ralentizado, tratando de reducir el paso, con la intención de no pisarla.

Poco después, en el salón, se agarró a los brazos del asiento con mano firme, y se dejó caer en la butaca que le servía de reino.

—Siéntate.

—Lamento haber llegado tarde —me disculpé a destiempo.

Estábamos frente a frente. No quería perderme ni un detalle de los gestos que hacía mi anfitriona desde su trono de reina madre, de esas que nunca llegan a jubilarse y siempre tienen un consejo para ti, aunque no se lo pidas.

—Tienes suerte de que hoy no tenga más visitas.

Me dedicó una sonrisa que podía interpretarse como una concesión graciosa. Me quedé callado; no quería interrumpir aquel gesto magistral que tanto me gustaba. Pero

ella no tardó mucho en cambiar su expresión; de repente me escrutó, un tanto desafiante, como si quisiera examinarme. Yo no decía nada; pensaba hasta qué punto estaba integrada en el salón, que era su hábitat natural. Y, sin querer, me la imaginé pintada en un cuadro clásico, en un escenario sobrio de techo estucado, con ventanales de los que aún conservan las cortinas de raso y los pasamanos de cobre.

—¿Quieres tomar algo?

Le dije que no enderezándome en la silla.

Juana se inclinó sobre la mesita de pie que tenía frente a ella para coger una copa de cristal en la que brillaban dos dedos de vino rosáceo, una raya adictiva que ella misma se había servido antes de que yo llegara.

—Sigo tomando mi aperitivo todos los mediodías; me sienta bien. No me mires así... ¿Sabes qué te digo? Sienta peor un gramo de rencor que una copita de vino.

Había achicado los ojos bajo la raya de las cejas, que eran dos líneas postizas, descaradamente oscuras. En ellas se veía el rastro del lápiz de carbón, no demasiado recto. Seguramente se debía de haber pasado un buen rato frente al espejo para repasar los pelos, con la mano algo temblorosa, hasta conseguir un trazo aceptable. El único defecto de aquellas cejas negras era que contrastaban con las patas de gallo y las arrugas marcadas de las mejillas. Aquel intento de enderezar las líneas caídas en su rostro de anciana se afirmaba con un moño pelirrojo de aire divertido que le caía sobre la frente, un poco inclinado, como una boina suelta.

—Tengo que ir a juego con estas paredes, ¿no te parece?

Se inclinó hacia atrás riéndose y enseñando los dientes postizos, demasiado nacarados, como suele ocurrir con las piezas artificiales que lleva la gente mayor y que transmiten sensación de rigidez. Aquel era un detalle que a cualquier otra persona le habría estropeado la sonrisa, pero a ella no. Su expresión desinhibida, en contraste con la frialdad de la dentadura, hacía que resultara aún más cómica.

—Soy igual de antigua...

Se estaba partiendo de risa y me contagié. Aquel contagio inofensivo era también una forma de darle la razón, porque toda ella hacía juego con los distintivos del salón: las cortinas de estampados florales y algunos objetos curiosos que colgaban de la pared del fondo, como si se tratase de trofeos de caza, entre ellos un par de esquís de los años treinta y una docena de *bredchdels*, unos panes alsacianos secos que siempre me habían llamado la atención. Volví a observarlos una vez más.

—Fueron un regalo de dos mujeres francesas con las que trabé amistad en Nuria. Me visitaron unas cuantas veces después de la guerra... Son recuerdos.

Asentí mientras pensaba: «Aunque sean un obsequio, me parecen igualmente ridículos».

—Ya sé que desentonan con los cuadros del pasillo; me da igual si quedan bien o no.

Aquellos *bredchdels* en forma de trenzas enlazadas me recordaban al Tirol y a *Sonrisas y lágrimas*, que en mi época adolescente, cuando me daba por cambiar el

nombre de las películas retro, retitulé *Sin prisas me lame*. Como objetos comestibles que eran, se habían momificado con el paso del tiempo, igual que los panes de tres puntas de Dalí; pero, a diferencia de los del pintor ampurdanés, a los *bredchdels* les habría hecho falta una capa de oro para brillar.

—Para mí tienen un valor sentimental, igual que las reproducciones de pinturas y las *matrioskas* que hay encima de la cómoda.

Se refería a una colección de muñecas rusas de vivos colores que destacaban sobre el mármol blanco, alineadas como soldados que parecían escoltar una figura central. Rodeaban una virgen románica de piel oscura, con el niño en el regazo. Aquella talla de madera colocada encima de un pedestal presidía todo ese matriarcado.

—Si cuando muera os molestan, podéis tirarlas todas, salvo la que está en medio.

La miré vacilante.

—Tengo una relación especial con ella... Pero ahora no me preguntes nada de eso, no es el momento...

Tras haber pronunciado en un tono imperativo aquellas enigmáticas palabras, me miró con el aire de benigna picardía de quien está de vuelta de todo. ¡Vaya mujer! ¿Cómo podría definirla? ¿Una Juana de Arco transpirenaica? ¿Una zarina jubilada? Mejor aún: una exsargento encantadora. Me habría gustado seguir pinchándola, pero, conociéndola como la conocía, pensé que no sacaría nada. Juana no hizo ningún otro comentario sobre el tema... Yo tampoco insistiría, por la sencilla razón de que habíamos pactado desde el principio que sería ella quien dirigiría la conversación y relataría los episodios de su vida a su manera. Era ella quien marcaba el ritmo de las respuestas y decidía lo que había que contar en cada momento, aunque la elección pudiera parecer algo caprichosa. No había ningún orden establecido; así lo habíamos convenido.

—¿Por dónde empezamos hoy?

—Espera.

Durante unos segundos parpadeó nerviosa, como si tuviera algo más que decir y que no podía esperar, y me señaló la cómoda. Seguí el movimiento de sus dedos, salpicados de manchas marrones.

—En el primer cajón hay algo que guardo desde hace mucho tiempo. Es un cuaderno con notas, de cuando trabajaba en la hospedería. Cógelo... Tiene las tapas verdes.

No tardé mucho en encontrarlo; flotaba sobre un pliegue de papeles, una agenda y aquella fotografía antigua. Estaba en una posición tan recta que parecía que lo hubiesen colocado así adrede.

—Ten cuidado. Está un poco roto, hay algunas páginas despegadas... ¿Has encontrado la foto? Es de las mujeres francesas de las que te he hablado... También guardo las cartas; están en el otro cajón, dentro de una caja, ya verás la dirección... Vivían en la Alsacia francesa.

Miré la imagen: Juana aparecía acompañada de dos mujeres jóvenes como ella y una chiquilla rubia con largas trenzas.

Fue en ese momento cuando dijo:

—Me gustaría saber cómo están, si aún siguen vivas...

Asentí. De hecho, el cuaderno me interesaba. Lo sopesé con un punto de curiosidad, la misma que siento cuando revuelvo en los archivos buscando el material que necesito para preparar alguna visita al museo. La mano se me fue hacia las tapas de cartón verde manzana, de un tacto rugoso y más irregular en la parte del lomo que, después de quince años, aún sigue desmontado y con restos de cola seca. En algún momento, Juana debió de intentar pegarlo, sin demasiado éxito. Las marcas de cola de carpintero delataban que no lo había conseguido.

—Esto promete.

—Solo son experiencias vividas hace muchos años... Me servían para desahogarme, porque no tenía a nadie a quien contarle mis cosas... También me ayudaban a ordenar las ideas, y a entender qué me estaba pasando... Al final me cansé de escribir; como verás, acaba a principios de los años cincuenta, y después hay alguna nota inacabada... Échale un vistazo y, si quieres, llévatelo y léelo tranquilamente; puede que responda a alguna de las preguntas que quieres hacerme.

—Seguro que me servirá.

De alguna forma tenía que agradecerle la confianza. Vi cómo doblaba las delgadas piernas de anciana, enfundadas en un calzado ortopédico —quizás debería decir *ergonómico*, para que no parezca que estoy hablando de unos zapatos horribles como los que solían llevarse cuando los cristales de las gafas parecían el culo de una botella—. Sea como fuere, aquellos zapatos tenían una pequeña abertura en ambos lados.

—Tampoco esperes nada del otro mundo. Cuento las cosas que me ocurrían. Yo era muy joven y escribía a mi manera, sin darle muchas vueltas... A lo largo de estos años me he acostumbrado a la forma de hablar de esta ciudad, y ya no uso según qué expresiones... ¿A qué esperas para abrirlo?

Había vuelto a moverse y, en el vaivén, los pendientes oscilaron en los lóbulos de las orejas, empujados por el peso de la gravedad.

Volví a mirar el cuaderno con un sentimiento de confusión, producto de los dos elementos que me lo habían provocado: por una parte, una curiosidad irresistible, y por otra, un intento de refrenar mi impaciencia.

Las tapas de cartón contenían un centenar de páginas de cuadrícula, todas numeradas y escritas con tinta negra y azul de manera alterna. La caligrafía era bastante impecable, sobre todo las mayúsculas, que terminaban en un punto de fuga en el trazo final. Esta primera impresión sigue siendo la misma siempre que vuelvo a coger el cuaderno. Es cierto que alguna letra se desparrama un poco y se nota que, en su momento, Juana debió de pasarle papel secante para absorber la tinta que sobraba. Pero eso es secundario: el detalle más importante es que la mayoría de las notas están

fechadas, y al principio del cuaderno figura el año de partida de los escritos: 1929. Esta es una información que nos sitúa en el tiempo.

Juana se había quedado callada y yo me dediqué a hojear las páginas y a leer algunas frases por encima, comprobando que las notas seguían un orden cronológico bastante exacto, aunque hubiera algún salto temporal. Y así es: la frecuencia de los escritos disminuye a medida que pasa el tiempo y avanza el cuaderno, cada vez más espaciadamente. Da la sensación de que, poco a poco, las ganas de escribir fueron perdiendo ímpetu. Sobre todo a partir de 1945, los comentarios son breves y escasos.

En aquel momento supuse que todo era producto del cansancio que ella reconocía haber sentido, ya que hacia el final todo se diluía en una nota inacabada y una decena de páginas en blanco.

—Vamos, pregunta.

—¿Cuándo cambió tu relación con Enrique?

—Si te digo la verdad, me fijé en otro.

—¿Ah, sí?

—Sixto Marfany era un hombre de palabra fácil, muy halagador, y también atractivo... En las primeras páginas del cuaderno lo cuento... Por aquel entonces, yo era muy joven, y me gustaba que me consideraran y me dedicaran atenciones.

15 de septiembre de 1929

Volver a casa me ha sentado bien. Necesitaba tener una semana de permiso antes de que empiece el mal tiempo... Llevaba cuatro meses sin ver a mis padres y sin bajar al pueblo y, por unos días, me ha parecido que estaba en el paraíso, durmiendo cuanto he querido, totalmente a mi aire. Con mi madre hemos hablado de todo y, antes de irme, me ha dado un fardo. Es para ti, desátalo. En su interior había dos vestidos de lana fina preciosos. «¿No quieres probártelos?» Puesto que ya sabe cuáles son mis medidas, me quedan como anillo al dedo... Es una mujer ahorradora, sabe hacer de todo, tiene pocas necesidades y se conforma con regalos tan sencillos como un ramo de flores silvestres. Estos días he visto menos a mi padre, el rebaño le tiene muy ocupado. Siempre quiere darme consejos: «Debes encontrar a un buen muchacho, Juana, que sea trabajador, como nosotros». No me hace falta, porque soy feliz y de momento no necesito ningún hombre.

Trabajar en la hospedería es lo mejor que me ha pasado hasta ahora. Me pagan bastante bien, no gasto nada, tengo un trabajo entretenido y trato con buenos clientes que son educados... Conozco a pocos peones y ferroviarios que no suelten un taco cada vez que hablan; además, apestan a ajo y a arenques. Son de la clase de hombres de los que huyo. En cambio, los directivos del tren tienen otro tipo de conversación... Yo nunca renegaré de mis orígenes, pero, salvando las distancias, me siento a gusto con ellos, sobre todo con uno de los encargados... De momento, no he conocido a ningún chico que me guste; si encontrara a uno que fuera diferente, entonces ya veríamos. No aspiro a ser rica, solo me gustaría viajar un poco para ver mundo y sentirme libre. Aunque, con todo el trabajo que me espera, no creo que tenga tiempo para nada...

—Sixto me taladraba con la mirada, esbozaba una sonrisa y siempre decía algo... Llegó a decir que le servía el café mejor que nadie, y yo disimulaba, porque no quería que pensara que me sentía halagada... Solía contestarle lo que se me ocurría y le dije que debía de ser mérito del café, porque yo lo preparaba como siempre.

Me imaginé al encargado escaneándola con una mirada de macho. El tal Sixto debía de ser un casanova.

28 de septiembre de 1929

Hace ya unos días que Sixto, ¿o debería decir el señor Marfany?, se comporta de una forma diferente conmigo. Mientras voy de una mesa a otra, lo he pillado mirándome de arriba abajo, y hoy se ha dado la vuelta para comentar no sé qué en voz baja con Enrique Solé, y eso sí que me indigna... Aún no me ha dicho nada de la indemnización... Las atenciones del encargado no me quitan el sueño, pero reconozco que me gustan. Me lo tomo como un juego y, cuando dice alguna palabra agradable, la siento pasando junto a mí, como si me lanzara un pañuelo de seda.

—Han pasado tantos años desde que escribí eso... He perdido la cuenta... Es cierto que, al principio, el encargado solo tenía ojos para mí. En la mesa solía llevar la voz cantante, era un experto en vinos y licores...

Mientras Juana dibujaba el vocabulario del recuerdo, me imaginé a Sixto Marfany hablando de las cualidades organolépticas del líquido predilecto del dios Baco, haciendo afirmaciones del estilo de «discrepo sobre la excelencia de este vino tinto, Enrique, mejoraría con un toque de garnacha». Debía de empezar así para enrollarse luego con un discurso de *sommelier* de los años veinte. Una comparativa de vinos selectos. Disertaría sobre las preferencias de los burgueses de la época, los vinos del Roine y de la Champaña francesa. De las semejanzas y diferencias entre variedades autóctonas o implantadas a lo largo de la historia, el vino tinto del Priorato, actualmente en la cima de la galaxia vinícola, superior a las ambrosías italianas. De los vinos rosados de la Conca de Barberà, de trepat negro brillante; el vino blanco con pedigrí de Alella, los vinos ampurdaneses de garnacha y cariñena alimentados sobre rocas pizarrosas, cerca del mar, en las Alberes y el cabo de Creus. Seguramente concluiría la disertación enumerando las analogías que se pueden establecer entre los efluvios de la sangre de las cepas y el olor que desprenden las mujeres. Perfumes de jazmín y de arrayán, aroma de tierra soleada, olores sensuales.

—¿Recuerdas alguna conversación entre los hombres del tren?

—Hablaban de los problemas que tenían en las obras, y también del tiempo y de dinero... Muchos de ellos eran aficionados a la caza y a los deportes, sobre todo a las carreras de bicicletas... Yo no podía escucharlos demasiado, pero sé que se preocupaban más por sus ganancias que los que éramos simples trabajadores y cobrábamos un sueldo tan humilde que no podíamos ahorrar ni un céntimo.

—He encontrado otra nota que habla de Sixto.

—No será la última.

30 de septiembre de 1929

Como todos los domingos, los directivos se han quedado charlando después de la comida. Hoy conversaban sobre comer bien, y Sixto llevaba la batuta; hablaba sobre vinos selectos muy confiado y seguro... Uno de los ingenieros le ha dicho: «Llevas muchas horas de vuelo, Marfany». Me ha parecido que se estaba burlando de él. No pude terminar de escuchar la respuesta, porque me doy prisa recogiendo y recupero lo que hablan mientras voy y vengo de la cocina; llevo la bandeja cargada y no puedo distraerme.

En el momento de servir las copas de anís y de coñac, Sixto se ha agachado para recoger una servilleta y me ha rozado una pierna. Me ha parecido que había sido sin querer. Pero a la hora de cerrar, salgo corriendo de la cocina con una torre de tazas limpias y me tropiezo con él. Si no llego a frenar las tazas con la mano, hubiera provocado un estropicio. Se ha quedado mirándome con ojos tiernos, de esos que se te comen: «Va demasiado cargada, Juana». Y yo, sosteniendo la bandeja, pensaba: «¿Qué pretende? Deje de mirarme así». Pero él ha continuado: «Una muchacha como usted se merecería disponer de más tiempo libre y que la

sirvieran...». Vaya forma de liarme... Al final, le digo: «No me gusta estar sin hacer nada, y el día que sea la encargada, ya hablaremos; de momento solo soy camarera...».

No se ha movido ni un paso, y cuando ha dicho «porque usted quiere», yo ya no sabía qué cara poner... Para no decir nada comprometedor ni quedarme parada allí en medio, le he hecho un gesto de déjeme pasar, que esto pesa. Pero él ha seguido insistiendo, muy cariñoso... Me ha costado quitármelo de encima.

Ahora tengo una duda. Los comentarios que me dedica podrían desconcertarme, por eso guardo las distancias. No quiero que me ignore. Pero tampoco sé si me gusta lo suficiente o solo me satisface que me halague y que esté un poco pendiente de mí.

—Llévate el cuaderno.

—¿Seguro?

—Sí, y trata de averiguar dónde están mis amigas.

Unos días después de aquella conversación, investigué sobre la foto de las mujeres francesas. Sin demasiada suerte, por cierto, ya que Correos me devolvió la carta que había mandado a Alsacia, con la anotación de «destinatario desconocido» estampada en bolígrafo sobre la dirección, con un garabato. Lo más probable, pensé, era que la mujer con la que Juana se había carteadado hubiera cambiado de domicilio. O tal vez había muerto. En ese caso, ningún otro familiar habría retomado la correspondencia. Y quién sabe dónde estaba ahora aquella muchachita con trenzas que ya debería de rondar los setenta años.

Una mano negra

—¿Dónde lo dejamos la última vez?

—Me dijiste que fuiste a los archivos.

Por la ventana del despacho entraba un sol potente y deslumbrador que acababa de traspasar las hojas palmadas de los plátanos, muy tiernas, casi translúcidas. Con el movimiento del aire que venía del mar, permitían ver los coches y los transeúntes circulando por la calle, justo a nuestros pies. La primavera era bastante cálida, como las que le gustaban a Ilia.

Enrique esperó unos segundos, reflexivo.

—Tenía que comprobar por mí mismo todo lo que me había dicho el capataz... Yo tenía muchas dudas, pero en todo momento tuve claro que había que averiguar si la versión de Pepito era cierta. Necesitaba ver esos albaranes con mis propios ojos... Las oficinas cerraban a las siete de la tarde. Durante el día se controlaban todas las visitas que se recibían en los despachos, pero a esa hora, los empleados ya se habían ido; además, no se había contratado a ningún vigilante, porque en la caja fuerte solo se guardaban documentos oficiales y poco dinero. Teníamos un sistema bastante seguro: todos los viernes, el contable de la sociedad bajaba a Ripoll escoltado; hacía un reintegro para afrontar el pago semanal de los obreros, que cobraban a pie de obra. Los materiales tampoco suponían ningún problema, ya que se liquidaban con talones bancarios...

»Recuerdo que el día era más corto y empezaba a anochecer. Yo no había dicho nada a nadie; había abandonado el salón con la excusa de echar un vistazo a las obras, como tenía por costumbre... Procuré que nadie me viera entrar en las oficinas para no tener que dar explicaciones y, una vez dentro, cogí la copia de la llave del despacho del contable que guardábamos en la caja del reloj de péndulo... De aquella copia solo teníamos constancia el secretario del señor Fenech y yo, por si se presentaba un caso de emergencia...

»Yo había visto los archivos en muchas ocasiones, pero quien los ordenaba era el contable, bajo la supervisión del administrador de la sociedad, el señor Talens, que venía una vez al mes. Me pasé un buen rato revolviendo documentos, buscando la información que necesitaba... Había muchísimas carpetas de archivos, eso era normal debido a la gran actividad que suponían las obras... Al final, ¿sabes lo que encontré?

Negué con un gesto, atento a lo que me iba a decir a continuación.

—En la carpeta donde se archivaban los pedidos de material había una hoja de pedido idéntica a la que el capataz había salvado del fuego. Las comparé para ver

cuál de ellas era la original, pero en ambas figuraba la misma fecha y el sello de la sociedad, y estaban firmadas por el administrador.

»Ya puedes imaginarte cuál fue mi sorpresa al comprobarlo... Me callé, para no hacer ninguna acusación en firme hasta que no tuviera una certeza absoluta sobre lo que estaba ocurriendo.

»Actué así por prudencia; teníamos que afrontar un momento difícil, y la decisión de cambiar de compañía constructora suponía un riesgo. Además, había empezado a nevar y aún no habíamos trasladado todos los compresores para poder avanzar trabajo durante el invierno... En realidad, nadie estaba seguro de que pudiéramos colocar las vías en la parte inferior del trazado antes de la primavera, y seguramente no podríamos volver a abrir boquetes en la peña por culpa del mal tiempo. Pero, volviendo a lo que te estaba contando, empecé a investigar a fondo el tema de los pedidos, ya lo creo...

»Por aquellas fechas, dos o tres días más tarde, yo estaba en la boca del túnel de Nuria para comprobar la buena marcha de las perforaciones; recuerdo que ya habíamos horadado unos treinta metros y trabajábamos como locos para terminar de vaciarlo antes de que nevara de verdad... Estábamos más animados, porque en el trayecto de la parte alta, hasta más arriba del puente de la Font Negra, el terreno ya estaba prácticamente allanado para instalar las vías.

»Como te decía, aquel día, cuando volvía al santuario, me salió al paso un obrero de una brigada especializada que reparaba desperfectos. Me dijo que se había producido un desprendimiento y que, si quería acompañarlo, me enseñaría algo.

»Lo seguí hasta llegar a pocos metros de la boca del túnel, en el sitio donde los de la brigada habían montado un andamio y también un gato metálico que permitía acceder a la pared rocosa. Había un obrero encaramado en el gato que apuntalaba una piedra que estaba a punto de ceder... Eran cosas que pasaban continuamente; aquella roca había quedado bastante socavada y el suelo del muro se iba desprendiendo hacia la explanada.

»El hombre que había venido a buscarme me dijo que eso había ocurrido porque la última barrena que habían hecho estallar debía de estar cargada en exceso. Puesto que aquella situación no era ninguna novedad, en seguida pensé en el ferroviario que era el responsable de aquella tarea, un tal López...

En aquel momento, el obrero se quedó mirándole con expresión grave.

—Tengo que enseñarle algo más —insistió.

Lo acompañó hasta un montón considerable de traviesas de vía, láminas del cremallera, carriles de rodamiento y algunas piezas auxiliares que habían transportado durante los últimos días para avanzar el trabajo. Junto a todo ese material se amontonaba también una gran cantidad de tablones que servían para escalonar los diferentes andamios que se veían obligados a levantar a cada momento.

—Mire, señor Enrique.

El obrero señalaba al suelo.

Entonces, con los dos ojos con los que lo había parido su madre, Enrique vio el cuerpo del delito junto a los tablones de madera.

—Primero pensé que era un trozo de mecha que debía de haber tirado algún obrero de explosivos, pero cuando me he movido para mirar detrás de la madera, he encontrado esto... Quería comentárselo al jefe de brigada, pero le encontré primero a usted...

Lo que aquel hombre había llamado *esto* era una carga de veinte kilos de dinamita que quedaba totalmente oculta a la vista y protegida bajo una lámina metálica para que no se humedeciera.

Aquel descubrimiento lo dejó sin palabras y ordenó al empleado que no hablara con nadie del asunto, que ya lo investigaría él por su cuenta.

—Yo ya estaba escarmentado y fui a hablar con el tal López, advirtiéndole que, si no me contaba la verdad, sería él quien cargaría con el muerto... Pero me juró y perjuró que él había actuado correctamente y que solo se explotaban las cantidades previstas...

El relato de Enrique me pareció apasionante y, mientras seguía escuchándolo, chasquéé los dedos, como acostumbro a hacer cuando estoy nervioso.

—De todas formas, me quedó claro que alguien debía de haber doblado el pedido a última hora y, si así era, tenía que haber más hojas falsificadas... Luego, la misma persona, sola o con la ayuda de algún cómplice, había escondido el material allí.

»Aquel hallazgo fue una prueba importante, pero seguíamos sin tener un culpable. Puesto que era un hecho que yo padecía en silencio, quise hablar con Pepito. El capataz me aseguró que no sabía nada de esa carga, e insistió en que había una mano negra... Es más, insinuó que quien lo había escondido en aquel lugar debía de haber pensado en hacer explotar la dinamita en algún momento para provocar un incendio... Yo no le encontraba ningún sentido a todo aquello; me parecía una barbaridad pretender que todo volara por los aires sin razón alguna.

»No dejaba de preguntarme qué motivo podía justificar un acto de aquel calibre y quién podía ser capaz de cometerlo de entre todos los hombres que tenían acceso a las oficinas. El contable de la sociedad cobraba un buen sueldo y era un hombre de confianza del señor Fenech. El secretario del director también tenía fama de dejarse cortar la mano antes de tocar ni una peseta. Y ninguno de mis compañeros me parecía capaz de tal vileza...

»La idea de un incendio provocado me parecía una acción absurda e inadmisibles, pero los tablones de madera costaban mucho dinero, y si se quemaban, habría que comprar otros. Al final tuve que admitir que era un motivo que no podíamos descartar; evidentemente, todo aquel material fungible tenía unos costos importantes

que repercutían en la sociedad del ferrocarril.

»El capataz también insinuó que, probablemente, el desaprensivo que había escondido el material no actuaba solo y, fuera quien fuera, debía de tener confianza para moverse libremente por las obras.

»Tuve en cuenta la opinión de Pepito: puede que el objetivo de ganar dinero lo hubiera justificado todo, aunque fuera a costa de poner en peligro la seguridad de los obreros. Como puedes imaginarte, me fui muy preocupado, porque, en vez de aclararme las cosas, aquella hipótesis de argumentación diabólica no consiguió sino abrirme más interrogantes.

—¿Se acabó solucionando el asunto de la empresa constructora?

—Siguió igual; nos servía tarde y mal, y, al cabo de poco tiempo, creo que no transcurriría más de un mes, teniendo en cuenta que se trataba de un tema urgente, conseguí apalabrar un trato con Pallás y Gamandé, una empresa más eficiente. Recuerdo que presentamos la propuesta a la junta de accionistas del tren para que la aprobara.

»Pero todo aquello tuvo consecuencias... Sixto se enfadó mucho, porque consideraba que debía haberle pedido su opinión a la hora de buscar otra constructora. Vino a verme, exaltado como un loco, preguntándome por qué queríamos cambiar de empresa a mitad de las obras, que nos retrasaríamos con los plazos y que los gastos eran los que eran. Lo puse en su lugar recordándole que no era él quien debía decidir esas cuestiones, y se fue dando un portazo.

»Siendo como era un hombre de reacciones viscerales, tenía estas salidas de tono, y yo no le daba demasiada importancia: no quería discutir por una cuestión que no podía resolverse de ninguna otra forma. Pero no te creas, el cambio de constructora tampoco fue un asunto fácil; estuve casi a punto de replantear la decisión ante la directiva y de volver a hablar de ello con el señor Fenech, para ver si podíamos llegar a un pacto con la primera constructora.

—¿Y lo hiciste?

—No, afortunadamente... A raíz del cambio, descubrí cosas más graves...

El encargado

Con Juana retomamos los ratos de charla con cierta regularidad. La carta que habían devuelto la había desanimado un poco, por lo que dejamos aparcado, para más adelante, el tema de la búsqueda de las mujeres francesas. Ella no quería renunciar a encontrarlas, y yo no confiaba en poder hacerlo. Me abstuve de darle mi opinión desfavorable, para que no pensara que aquel asunto me resultaba indiferente. Opté por dejarlo en manos del azar.

—En la vida todo se acaba resolviendo. Tarde o temprano tendremos noticias... Ya darán señales de vida —dijo.

Me había servido un café y lo saboreaba con la vista clavada en la panorámica que me ofrecía la ventana del piso: un *skyline* de pisos bien conservados bajo un pedazo de cielo gris. Ella no había querido nada; ni café ni una infusión de las que normalmente solía tomar a media tarde, a la hora del té de los ingleses. Dijo que hacía poco que acababa de comer, porque una amiga la había tenido una hora al teléfono contándole no sé qué historia. Inclineda sobre el brazo de la butaca, apartó un poco las cortinas para dejar que entrara más luz y las deslizó por la cuerda de la persiana, para que no molestaran, con un gesto decidido de mujer acostumbrada a mandar sobre los asuntos cotidianos y las cosas materiales.

Yo le había hecho una pregunta que tenía que ver con la gente que trabajaba en el valle durante la construcción del cremallera, y supuse que, en aquel momento, ella estaría haciendo un repaso mental y debían de desfilar muchos personajes por su cabeza; era probable que no se acordara de todos.

—Había una veintena de albañiles, además de los electricistas y los carpinteros, que eran nueve o diez, y también estaban a pensión completa en la hospedería. Recuerdo que a finales de verano ya habían terminado las obras de ampliación del ala de San Antoni, donde actualmente está el hotel. Y los ferroviarios eran multitud... Dormían en unos barracones, cerca de la vía, y solo subían al santuario algunos días festivos. Su jornada era larga y trabajaban con viento y nieve; te aseguro que no tenían muchas alegrías.

Había hablado con una sorprendente precisión, sin atascarse, y se quedó muda con la irrupción de algún otro recuento.

Durante aquel segmento de tiempo, que se estiró como un chicle, tuve la misma sensación de impaciencia que experimento cuando la pantalla del ordenador parpadea y se cargan todos los programas del PC. La verdad es que tarda un huevo, porque cuando esperas algo, se crea un efecto de enlentecimiento del tiempo.

—Al principio del cuaderno hablas mucho de Sixto Marfany.

—Ya lo sé.

27 de octubre de 1929

Estoy un poco harta de todo, necesito que alguien me haga caso... Como hoy me sentía mal, he salido a tomar el aire, y cuando estaba frente a la iglesia, Sixto me llamó. No sé qué estaba haciendo allí. Últimamente coincidimos, pero siempre intento encontrar alguna excusa para no mantener una conversación con él. Se ha acariciado la mata de pelo como suele hacerlo y se ha acercado a mí. Lo más prudente habría sido evitarle, pero algo en mi interior me ha llevado la contraria.

Vestía con mucha elegancia, con la raya de los pantalones muy marcada por la plancha y una chaqueta de lana con botones de nácar que deben de costar una fortuna. Llevaba el lazo de la camisa algo flojo, como si acabara de echarse la siesta, y esa sola idea me ha inquietado.

Se ha acercado a mí como si nada, y con su melosa y habitual cordialidad, me ha dicho: «Veo que por fin ha salido a respirar». Me ha invitado a tomar algo, pero yo no quería ir a la hospedería, ni pensarlo, y hemos entrado en la iglesia.

Normalmente, cuando entro en el santuario, me tranquilizo; debe de ser por el silencio que se respira en la nave, la luz que entra a través de los vitrales y la compañía de los cirios que la gente enciende para pedir favores a la Virgen. Pero hoy estaba nerviosa y sentía como si una rata se paseara por mi estómago. Sixto me ha mirado fijamente y me he preguntado por qué hace que me sienta insegura. La respuesta es que estoy dividida, eso es: en parte lo deseo, y en parte no, sí pero no.

Siento placer al escuchar sus palabras. No tiene nada de malo aceptarlas, pero tampoco puedo fiarme. ¿Quién me asegura que actúa con sinceridad? Seguro que tiene a todas las mujeres que quiere... Y aún existe otra razón que me obliga a ser prudente: me conviene que no se hable de mí.

Sixto ha desviado la mirada hacia la bóveda del altar; ha dicho que las iglesias son lugares demasiado fríos, en los que se oye el eco de letanías rancias y voces blancas de monaguillo, y, además, los confesionarios apestan a secretos pecaminosos. Yo nunca me confieso, pero me ha dolido que piense así, porque la hipocresía está por todas partes, eso es lo que yo creo. Entonces ha dicho: «¿Es una mujer de fe? ¿Aún no la ha decepcionado esta empresa?». Y yo: «¿Por qué habría de hacerlo?».

Creo que se ha dado cuenta de que no íbamos por buen camino y en seguida ha rectificado. Hemos discutido un rato todavía, aunque solo para poner los puntos sobre las íes. Poco a poco, la barrera que se levantaba entre nosotros ha caído y ha empezado a hablarme de un viaje que hizo a los Estados Unidos. Dice que el estilo de vida americano es muy distinto del nuestro, y que América del Norte es un país fantástico... Se ha quedado a gusto hablando de Nueva York y de los espectáculos de teatro y de vodevil que pueden verse en Broadway y que en Barcelona son impensables.

Ha dicho: «Ríase usted de los números de las vedetes que actúan aquí; no tienen ni punto de comparación con los de Mae West». Yo no puedo opinar sobre este tema.

Al final me ha soltado: «¿Estoy hablando más de la cuenta? Soy un poco moscardón. Eso me lo dijo un día un ferroviario que me faltó al respeto». Me ha hecho reír a gusto. Y entonces me sale con que el vestido que llevo es muy elegante y que cuando me río me salen hoyuelos en las mejillas. Ha dicho que son deliciosos. Así, tuteándome, y me ha propuesto que seamos amigos fuera de la hospedería. Me ha dirigido una mirada llena de deseo, y yo he pensado: «Dios mío, ¿qué hago? ¿Debería pararle los pies?».

Me considero una chica decidida, pero algunos comentarios me afectan, tengo muchas resistencias. No me ha gustado que diga que trabajo demasiado y que debería divertirme más; también estreno vestidos y tengo tiempo libre.

Después, con una de esas sonrisas que desconciertan, me ha soltado: «¿Y qué hace una mujer como tú cuando termina de trabajar?». Se me ha ocurrido responderle que mi vida no es demasiado emocionante. Ay, de inmediato me he arrepentido por haberlo hecho, no quiero que piense que no sé pasarlo bien.

Al final me ha invitado a ir a Barcelona, a ver teatro de variedades: «Podrás admirar las mejores cosas de la vida; el baile, los escenarios luminosos, el glamur, la picardía...». Lo ha dicho así, como si nada: «Me gustaría ir con una chica como tú».

Aún no he visto un espectáculo como Dios manda; solo he ido al cine a ver películas de Charlie Chaplin, Buster Keaton y Julianne Johnston, y poco más... Me estaba ofreciendo un viaje y una entrada, y me ha parecido que si rechazaba una propuesta como esa acabaría lamentándolo.

—Mordí el anzuelo... No es que me dejara deslumbrar, pero él tuvo el acierto de

adivinar mi deseo... Imagínate la ilusión que me hacía en aquel momento asistir a un espectáculo y pasar un día entero en la capital, bien acicalada, con un vestido recién estrenado y con unos zapatos de tacón que nunca podía ponerme porque siempre tenía que trabajar...

»Acepté la invitación, aunque sabía que, si escarbaba un poco en mi interior, aparecerían las dudas. Y no te creas, una de mis preocupaciones era cómo debía defenderme para evitar que se arrimara a mí si yo no quería... Tenía miedo de que me metiera en una jaula, y no acabé de confiar del todo en él. Me halagaba, y al mismo tiempo sentía que estaba en peligro. Su forma de tratarme me hacía sentir importante, pero presentía que podía hacerme daño. No era el hombre adecuado para mí, aunque me sintiera atraída por él. Es un sentimiento difícil de explicar.

30 de octubre de 1929

Modesta me ha desbaratado los planes. El sábado por la noche dijo que no se encontraba demasiado bien y al día siguiente estaba enferma. ¡Qué oportuna! Precisamente el día que teníamos que ir al teatro con Sixto... El domingo por la mañana no tuve más remedio que excusarme, con toda la pena de mi corazón. Me supo mal no acompañarlo porque tenía que trabajar.

Esta noche, cuando ya no quedaba nadie en la cocina, ha aparecido en la puerta, muy elegante, con una corbata negra, la chaqueta cruzada sobre el pecho y el ancho de los pantalones de corte inglés. Como no lo esperaba, me he quedado quieta como una estatua. Desde el domingo no habíamos encontrado ni un momento para hablar; reconozco que lo evito, pero también me da rabia pensar que hemos perdido una buena ocasión para ir al teatro.

Se me ha acercado preguntándome si estaba huyendo de él. Rozándome, como una garrapata: «¿No dices nada? Quiero que pruebes el mejor champán francés; tengo una botella en mi despacho».

Y yo muda, pensando: «No entraré en tu despacho ni borracha». Él ha insistido: «Ahora lo traigo, y no me digas que los clientes no pueden invitar a las camareras; supongo que las normas de la casa solo afectan al horario de trabajo».

Después ha entrado de nuevo en la cocina con una botella de Cremant bajo el brazo y dos copas en la mano. Ha apoyado la botella en un ángulo de la mesa, me ha servido una copa diciendo que un gran reserva nunca se sube a la cabeza y se ha quedado mirándome con unos ojos que me engullían, el rostro inclinado sobre mí. Me ha acariciado la mejilla, y yo sin decir nada, dejándole. Ha dicho: «¿Sales con alguien que yo no sepa? No compliquemos las cosas, Juana; nada me pondría más contento que descubrir a qué sabes, del mismo modo que pruebo el vino...».

Lo ha murmurado buscando mis labios y me ha dado un beso. Yo me sentía bien, pero he pensado que debía frenarle. Tenía al corazón desbocado y un poco de miedo a estrellarme... Si hubiésemos llegado más lejos, habría sido difícil dar marcha atrás. Después ha seguido, como si nada. Yo le he apartado la mano del pecho haciendo un esfuerzo, porque me quemaba por dentro. Él no se lo ha tomado nada bien, se ha ofendido: «¿Se puede saber qué te pasa?». Y yo: «Es que no quiero arrepentirme de nada». Así, arisca.

Juana apretó los labios. Había apartado los ojos de las manos que le rozaban las rodillas y me dedicó una mirada inquisitiva.

—Él quería sexo, me lo pidió claramente... Y yo era muy tozuda. En mi casa me habían educado según unos principios muy estrictos. En aquella época sobraba hipocresía, pero también había un poquito más de rigor. No considero que yo fuera una chica reprimida, de ningún modo; era más bien una cuestión de valores personales. Estaba entre la espada y la pared: por un lado quería, y por el otro no... Pensaba que el hombre que me amara tenía que respetarme, no podía renunciar a mis convicciones, aunque en aquel momento me sintiera atraída por alguien, porque tengo

sangre y sentimientos... Me pareció que Sixto solo quería acostarse conmigo, y yo no podía complacerlo... Necesitaba a alguien que cumpliera todas las condiciones para que mis padres lo consideraran un buen chico, y Marfany no era para mí...

—¿Te gustaba más Enrique?

—Sí, pero por entonces era mi enemigo, y no lo habría querido reconocer ni muerta. Con Sixto nos vimos más veces; en ocasiones coincidíamos a solas, hablábamos, nos dábamos algún beso furtivo y volvíamos a alejarnos... Era un continuo tira y afloja. Un día me cansé de seguirle el juego y le dije a la cara que ya no me bastaba con palabras bonitas y que quería un compromiso en firme: o me presentaba como su prometida o nada de nada... En aquel momento me habría gustado escupirle a la cara a Modesta que el señor Marfany y yo estábamos comprometidos de verdad... Como puedes imaginarte, él no lo hizo, insistió en la misma historia de siempre: que estaba loco por mí, como si con eso bastara. Ese fue el motivo de que tuviéramos una acalorada discusión y traté de alejarme de él.

—En el cuaderno hay una nota en la que dices: «Algo me corroe por dentro y estoy enfadada conmigo misma, porque no puedo quitármelo de la cabeza».

Juana asintió.

—Luego pasaron cosas que acabaron desengañándome del todo, como aquella cacería...

Siempre hay alguna mujer de por medio

Aquel fin de semana había discutido con Ilia. Aún no vivíamos juntos, pero ya nos peleábamos. Yo acababa de ocupar una vacante como conservador de un museo de historia, trabajaba sin parar para ordenar un almacén bastante caótico y me pasaba muchas horas colocando cajas y piezas del fondo. Para compensar mi dedicación al museo, accedí a tomarme una semana de vacaciones, un viaje a Grecia, de Atenas al Peloponeso. En principio todo había ido bien, salvo por un taxista que nos había dejado en la estacada a medianoche, de camino al hotel. Sin embargo, hacía tan solo un par de días que paseábamos por la ciudad del Partenón, antes de emprender la ruta hacia Mistras, y ya discutimos por una estupidez. Ella acabó esgrimiendo el monotema de siempre: se quejaba de mi fijación por visitar monumentos y de que no estuviera más pendiente de ella. Me mordí la lengua, pensando «qué obsesión con que cambie, joder, soy como soy». Pero no quise insistir para no liarla parda otra vez.

No lo resolvimos y, de regreso a Barcelona, estuvo de morros durante días.

—¿No ha ido bien el viaje? ¿Estás cabreado?

Enrique lo había leído en mi rostro en cuanto me vio. Se me debía de notar tanto que incluso un viejo con cataratas era capaz de darse cuenta.

—Nada, son cosas mías, no tiene importancia.

—¿Hay una mujer de por medio que te reclama dinero o atenciones? ¿Es esa chica con la que...?

—Sí.

—Siempre hay alguna con quien enfadarse... Yo puedo decir que con Juana he tenido suerte.

—¿Cómo la recuerdas?

—Era muy guapa, te lo aseguro; me fijé en ella desde el principio. Servía las mesas con una gracia especial; me parece estar viéndola con el delantal blanco, delgada, esbelta, con el rostro muy fino, el pelo recogido en una larga trenza y aquellos ojos negros y brillantes como la obsidiana... Estaba muy atareada y siempre tenía a punto una respuesta para llevarte la contraria. En eso no ha cambiado en absoluto: cuando se enfada, le sale la vena irascible. Es su carácter, aunque ella diga que con el paso de los años se ha suavizado. ¿Sabes por qué nos llevamos bien? Porque cuando ella grita, yo me callo.

Esbozó una sonrisa inofensiva, llena de ironía. Conversar era bueno para su salud. Me había dicho: «Soy un hombre hablador» y, seguramente, aquella forma de ser le sentaba bien. Evocar el pasado era el mejor deporte que podía practicar, porque en

vez de cansarlo, toda aquella actividad memorística le volvía a conectar las neuronas y lo activaba químicamente. Ni el café más cargado le habría proporcionado tanta sustancia energética como el esfuerzo de recordar.

—El cálculo de probabilidades de que Juana se convirtiera en mi mujer era muy bajo... En mi familia, la línea entre clases sociales estaba muy bien delimitada. Mi madre era muy señora, sabía marcarla perfectamente, y como muchos hombres de mi edad ya se habían casado, tenía la misma obsesión conmigo. Había intentado presentarme a chicas de familias ricas que tenían un buen patrimonio... Debo decirte que sin demasiado éxito, porque, después de terminar la carrera de Ingeniería, me encapriché de la hija de un maestro de Gracia... De todas formas, la fiebre se me pasó en seguida.

»Tenía un trabajo demasiado absorbente; me pasaba semanas, meses enteros sin bajar a Barcelona. Todos los hombres del tren padecíamos de lo mismo... Algunos llevaban peor que otros la abstinencia sexual y se buscaban alguna amante en el pueblo o en Ripoll, para no tener que ir de putas. En mi caso, esa clase de consuelo me repugnaba.

Por un instante se quedó inclinado sobre el asiento, con la boca ligeramente entreabierta; se le notaba una mayor flacidez en el labio inferior, un poco ladeado, y uneso acentuaba la expresión de atonía muscular de su rostro.

—Y te fijaste en ella...

—Ya te habrá contado que no empezamos demasiado bien. A mí me parecía atractiva y avispada, pero estaba concentrado en las obras del tren y de entrada no me planteé nada. Teníamos pocas ocasiones para hablar, más allá de saludarnos. Yo me debía a mi trabajo y ella al suyo. Tampoco estaba bien visto que un directivo saliera con una camarera, aunque ella no era la típica sirvienta que dice amén a todo... Tenía picardía y sabía estar en su lugar; te trataba con corrección y al mismo tiempo evitaba los saludos serviles... En seguida capté su talante, aquella firmeza, aunque no empecé a fijarme en ella de otro modo hasta más adelante. Ella te lo contará mejor que yo...

Enrique levantó las cejas moteadas de blanco, en forma de media luna, sobre las bolsas hinchadas de los ojos. Deduje que el hecho de verse con frecuencia, sumado a la atracción que él sentía por Juana, debió de inclinar el cálculo de probabilidades inicial.

—Juana es mucha Juana, ya lo sabes... Es excepcional, actúa de manera excepcional, y siempre está lista cuando la necesitas. —La entonación de la voz había descendido hacia un rotundo tono afirmativo—. No es casualidad que la gente la quiera... Es la mejor mujer que he conocido.

La convicción con la que acababa de manifestar su fascinación por ella solo podía ser el resultado de una confianza absoluta. Y escuchar a un hombre octogenario elogiando de aquel modo a la mujer con la que ha compartido toda una vida me pareció algo admirable que, con el paso de los años, valoro más aún, teniendo en

cuenta que, finalmente, Ilia y yo no duramos ni trece inviernos conviviendo bajo el mismo techo como pareja de hecho. Y lo último que me dijo fue: «No te soporto».

El rebeco abatido

—Hace unos días me hablaste de una cacería...

—Todos los meses de septiembre subía un grupo de hombres a cazar rebecos. Recorrían las montañas escarpadas, entre pinos y robles, y se quedaban un par de días a pensión completa. En la mesa, cuando bebían, solían levantar la voz más de la cuenta, por eso intentábamos que comieran aparte, antes que los directivos del tren. Esperaban todos en la casa de San Justino hasta que regresaba uno de ellos, el que había ido a las montañas para divisar animales. Luego se iban juntos, con la escopeta al hombro y la cartuchera cargada... En aquella ocasión, Sixto se sumó a ellos. No sé muy bien cómo fue, pero salieron todos al amanecer...

»Recuerdo que volvieron cargados. Habían cazado muchos rebecos, puede que una veintena, y llegaron contentos, con la cara radiante de satisfacción... Sixto también estaba con ellos, sosteniendo la escopeta... Vi cómo descargaban los animales muertos de las carretas: todos esos rebecos abatidos, tan bonitos, sin vida... Me daban un poco de pena, la verdad. Había uno muy pequeño, una cría de pelo amarillento que aún debía de mamar, porque a duras penas se le veían los cuernos. Estaba vivo; tenía un hilillo de sangre junto a la pata, y Sixto lo remató con unos cuantos disparos en el cuello, no tuvo piedad... Fue tan rápido que no me dio tiempo de gritarle que no lo matara.

Por un momento, la voz de Juana se quebró, pero al instante retomó el hilo.

—Por eso me decepcionó bastante... No sé si aquella cría malherida habría sobrevivido si hubiéramos cuidado de ella, pero matarla me pareció una crueldad innecesaria. Me puse furiosa y me enfrenté a él. Creo que estuve unos cuantos días sin hablarle, aunque él seguía persiguiéndome, mariposeando, y como tenía una forma de hablar que te sorbía el seso y sabía cómo conquistarte, a veces aún le escuchaba... Entre nosotros no había nada importante, pero no abrí totalmente los ojos hasta más adelante... Un día escuché una conversación entre los hombres del tren que me dejó helada... Tiene que estar en el cuaderno...

—¿Puedo hacerme una composición de lugar? Seguramente te ahorras detalles que a mí me interesan.

—Tú mismo, imagínatelo. De todos modos, harás lo que quieras...

A principios de noviembre, el encargado había ido a Barcelona, no se sabía por qué motivo. Un mediodía, ella estaba sirviendo copas en el salón, y el contable de las

oficinas, los ingenieros Jeremías, Luna y Enrique, que aquel día llevaba una americana azul marino muy elegante y un fajín morado, estaban sentados en un sofá, junto a los ventanales. La animada conversación de los tres hombres, que, curiosamente, no parecían tener prisa, además del detalle de la ropa de Enrique, daba a entender que aquella tarde tenían alguna visita protocolaria en las obras del tren.

—¿Y tú cuándo te casarás, Rafael?

El ingeniero Luna, un hombre delgado de pelo ondulado, estaba apelando al contable con aire de complacencia.

—Yo nunca.

—¿Ni con una rubia guapa?

—Si fuese millonaria, puede; tendría que asegurarme una buena dote.

Enrique los escuchaba distendido, con una sonrisa en los labios.

—¿Opinas como Sixto Marfany que casarse es un error? —intervino.

—Más o menos. Los hombres se casan cuando ya están hartos de ver mundo y las mujeres porque quieren tener hijos; eso les hace ilusión... Pero todos salen perdiendo; no hay nada más estúpido que comprometerse. En las relaciones manda la gastronomía. Hay que conocer a qué sabe una mujer, y si no deja que la prueben, hay que ir a por otra. ¿No piensas lo mismo?

—Te creía un hombre más dúctil, Rafael. Reducirlo a una simplificación como esa me parece un razonamiento primario, impropio de alguien que tiene cultura.

—No me vengas con filosofadas, Enrique. Tener demasiados escrúpulos no te lleva a ninguna parte, y en cuestión de mujeres, hay que hacer catas y no dar nada por hecho sin haber comprobado cuál es su calado.

—Ya veo que opinas lo mismo que Marfany —dijo el ingeniero Jeremías mirando fijamente al contable.

—Una opinión que no es falsa ni verdadera; tanto él como yo estamos casados con la libertad.

—Las mujeres también quieren esa libertad —dijo Enrique.

—Habló el abogado del diablo.

—Por cierto —dijo el señor Luna sonriendo—, esa teoría sobre la sagrada libertad no se la cree ni Marfany... ¿Sabíais que se ha prometido con la hija de un joyero de Canaletas? Debe de ser un buen partido...

—No me lo puedo creer —dijo el contable—. ¿Sixto ha renunciado a vivir al límite?

—¿Qué significa «vivir al límite»? —preguntó Enrique—. ¿Y por qué se supone que es mejor?

Juana no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Los comentarios porfiados que se atribuían a Sixto y la confirmación de que se había prometido con una muchacha rica la sulfuraron. Se dio la vuelta de repente y salió corriendo del salón para que no la vieran palidecer del disgusto. Como no podía dejar el trabajo y no quería que Modesta la pillara en aquel estado de derrota emocional, se encerró en la despensa.

Arrimada a la pared, se sumergió en una oleada de vergüenza ajena que la inundó, abandonándose por completo.

Se quedó un buen rato agachada en el suelo hasta que se calmó. Y cuando el impacto de la rabieta resultó más tolerable, se levantó para enfrentarse a sus sentimientos. Se sentía un poco culpable por haberse permitido fantasear con un tarambana como Sixto y se dijo que habría cometido un gran error si le hubiese dejado conseguir lo que él quería. La constatación de esa certeza la tranquilizó un poco, pero también le dejó un peso amargo.

Durante varios días estuvo furiosa con el mundo y con aquel sinvergüenza, sobre todo porque se sentía engañada. El encargado nunca había tenido la intención de salir con ella en serio. En el fondo ya lo sabía, pero había sido un poco ingenua. Así pues, no era necesario hacerse mala sangre. Se hizo todos esos razonamientos que habrían podido bastar para olvidarse de todo.

—Los sentimientos no se pueden cambiar tan fácilmente, y las situaciones que no aceptas no te las puedes quitar de la cabeza sin más...

2 de noviembre de 1929

El deslenguado ya ha vuelto de la ciudad... Cuando lo he visto me han entrado ganas de arañarlo, pero me he refrenado. Hemos coincidido fuera del salón, y, en voz baja, le he escupido a la cara: «¡Embustero tramposo!». Él ha fingido que no sabía por qué se lo decía. Y cuando le pregunto: «¿Cómo está tu prometida?», me responde: «¿Pensabas que un hombre como yo iría tras de ti toda la vida? No puedo creer que una camarera como tú sea virgen...». Así, descaradamente. Mi mano ha salido disparada para abofetearle, pero la ha cazado al vuelo. «Eres un gusano asqueroso —me he defendido—. Soy virgen, pero no santa ni tonta...»

La cosa no ha terminado aquí; me ha dado tanta rabia que hablara de esa manera que esta noche, en la mesa, delante de todos, le he dado una propina: «Tenga, es para usted». Él ha fingido que lo cogía por sorpresa, y yo, abalanzándome: «Si piensa que porque soy una camarera puede humillarme, se equivoca. Por más rico que sea, siempre será un cretino».

No me ha dado la gana de callarme y he sido muy brusca, se lo merece. Me da igual que mosén Antoni llegue a saberlo. ¿Qué podría decirme? Si me llama la atención por haberme enfrentado a un cliente, me da igual, soy incapaz de disimular. Al menos se ha roto este juego de mentiras. Quiero alejarme de él para siempre y no puedo aceptar que una parte de mí que no he sabido controlar me haya llevado a fijarme en un hombre como él... Se ha comportado como un crápula, eso es lo que es; solo quería pasar un buen rato conmigo y, después, si te he visto no me acuerdo.

—Era de esa clase de hombres que saben engatusar. Había jugado a seducirme, estaba acostumbrado a conseguirlo todo y esperaba que yo cayera en su trampa... Cuando me di cuenta, me dolió bastante. Lo pasé mal, pero supongo que debía de volverme a concentrar en mí misma, como siempre que he tenido que seguir adelante...

Mientras Juana hablaba de una experiencia enterrada en una época lejana, me expliqué aquel simulacro de noviazgo como un despliegue de maniobras discretas, aproximaciones, besos furtivos, algún abrazo de pie y, en el último momento, la imposición de la distancia implacable que los había separado cuando ella escarmentó.

En principio, había puesto como excusa un compromiso ineludible exigido por su parte por el hecho de haber recibido una educación estricta en materia sexual, como otras generaciones de mujeres en el pasado. Pero la cuestión era otra.

—Y con Enrique, ¿seguíais manteniendo una relación tensa?

Torció el cuello hacia atrás, con una media sonrisa apagada, recuperando su expresión habitual.

—Aún estaba resentida con él, y por nada del mundo habría querido reconocer que era muy distinto de Sixto... Yo era consciente de ello, pero tampoco quería ceder en nada, me negaba a admitirlo... Creo que una de las razones que me hicieron cambiar de opinión fue su comportamiento... Me fue demostrando que era un hombre franco, de los que dicen las cosas como son. Enrique arrastraba más con los gestos que con las palabras... Ya me gustaba, como te he dicho, lo que ocurre es que no quería demostrárselo.

—Lo mantuviste a raya.

—No me crees mala fama, solo le tenía ojeriza por todo lo que había ocurrido... Pero en aquella época me dio una sorpresa.

—¿Tiene relación con el litigio entre tus padres y la compañía ferroviaria?

—Te acercas mucho. Mi padre no tenía dinero para pagar a un abogado, y en vez de solucionar el problema, se encontró con que los de la sociedad le fueron dando largas. Yo ya no confiaba en que el asunto se arreglara, pero un día me llamaron a los despachos de la directiva.

10 de noviembre de 1929

Aún no me lo creo. He estado esperando tantos días a que me dieran una respuesta... A media tarde ha venido a buscarme un vigilante de la estación provisional, un hombre grande y musculado que lleva gorra de plato, como el guardabarrera del tren. Me ha dicho que en dirección querían hablar conmigo. Y yo: «¿Quién quiere verme?». No me lo ha querido decir y se ha encogido de hombros. Me ha dejado con tantas ganas de saberlo que apenas me he pasado el peine por el flequillo. Yo sí que me pongo las botas a toda prisa, porque ayer estuvo nevando mucho, y me dirijo a las oficinas mientras pienso en qué será lo que me quieren decir... Cuando llego, llamo a la puerta del primer despacho y me abre Enrique Solé... Me he quedado un poco sorprendida, no esperaba encontrármelo. Me ha saludado con calma. Parecía más tranquilo que de costumbre y me ha dicho: «Siéntese, por favor», pero yo nada.

En seguida ha empezado a hablar del grave accidente que sufrimos en primavera: «Esto me ha creado muchos quebraderos de cabeza, como comprenderá...». Creo que ha querido disculparse por no haberme dicho nada hasta ahora y me ha dado a entender que ya se han recuperado un poco de esa desgracia. Luego me pregunta: «¿Sabe si su familia ha recibido una carta de la sociedad de ferrocarriles?». Y yo le respondo que no. Él ha sonreído. «Es que tengo que darle una buena noticia: los socios han aceptado pagar todos los daños.» Y, en un tono complacido, ha añadido: «Como ve, soy un hombre de palabra, Juana». Yo he saltado como una leona: «Eso está por ver». Me ha salido así. Creo que no se esperaba mi respuesta, porque de repente se ha levantado de la silla molesto: «¿No cree que está siendo muy dura conmigo?». No sé si soy dura, solo estoy resentida y tardará un poco en pasármelo, me he dicho a mí misma. Al final nos hemos estrechado la mano y me ha acompañado hasta la puerta: «¿Me creerá si le digo que me ocuparé personalmente de todo y que dentro de unas pocas semanas su padre recibirá la compensación?».

Debo reconocer que el ingeniero es una buena persona, pero nos ha hecho esperar demasiado tiempo.

—Al cabo de unas semanas, mis padres ya habían cobrado la indemnización, y los del ferrocarril levantaron un talud para sostener el muro despeñado. En aquel

momento pensé que tal vez le debía una disculpa a Enrique Solé, pero no le dije nada. Me parecía que no tenía nada que agradecerle, ya que, en mi opinión, la compañía era culpable y solo se había hecho justicia...

»Después de eso, nuestra relación cambió bastante. Dejé de esquivar su mirada. Me fijaba más en su forma de ser, en cómo afrontaba las situaciones y en que sabía estar en su sitio... Pero no te creas, aún tuvimos algún encontronazo.

II

UN DESCENDIENTE DIRECTO

Tirando del hilo del recuerdo

En poco más de tres días he escrito unos cuantos capítulos; no estoy nada descontento. A primera hora de la tarde he tomado el cremallera para bajar a Ribes. Hacia abajo, por la pendiente continua, un poco cansado pero más tranquilo.

Me he sentado en un bar, el de la plaza Mayor, al lado de un viejo conocido de la adolescencia. Quería tomarme un café y me lo he encontrado aquí, como siempre que vengo con un poco de tiempo para dar una vuelta y recordar la época de la infancia.

—¿Qué haces por aquí, tío?

Pepe, un viejo conocido, habla sonriendo y me agarra del brazo con una manaza musculosa.

—De visita.

Respondo sin darle más detalles; prefiero no decirle que estoy escribiendo una historia sobre mis abuelos. Él es un tipo singular; le gusta mucho hablar y dentro de media hora se habría enterado la mitad del pueblo. Me mira de nuevo con cara de sorpresa mientras se sube los vaqueros, que le cuelgan de cualquier manera. No lleva anorak, *chupa*, lo llama él. Ha engordado y tiene barriga; seguro que, visto desde atrás, se le deben de ver los calzoncillos. En cuanto al peinado, tiene una buena mata, nada de rastas, porque él es natural como el sudor; los pelos se anudan solos sobre las puntas y se los recoge en una cola. Siempre ha sido un pasota resistente. De niño llevaba habitualmente pantalones cortos, en verano y en invierno, «esto te hace fuerte», decía, y yo pensaba en la sensación del viento gélido golpeándole los muslos, debía de ser brutal. Al fin y al cabo, yo era un chico de ciudad, un alfeñique en comparación con los muchachos de montaña como él, que estaban acostumbrados a bañarse en un barreño, *una tina*, como decimos los que hablamos en lenguaje estándar. Pepe era capaz de bañarse en el río cuando hacía un frío mortal e ir a pelo, si hubiera hecho falta, por las calles del pueblo llenas de escarcha.

—¡Una birra! —Levanta la mano; el camarero ya lo ha visto—. ¿Aún sigues en el museo?

—Claro.

—Los funcionarios vivís demasiado bien.

Se ríe. No le cuento que hasta ahora he tenido el sueldo congelado y no puedo coleccionar ánforas, como me gustaría, porque a fin de mes los tiburones bancarios cargan las facturas de la Visa puntualmente, sin piedad. Y lo de tener algún descubierto ya me había costado más de una bronca con Ilia.

—¿Y tú?

—Sigo en las aguas, cargando camiones.

Le pregunto por varios conocidos a los que he perdido la pista. Cuando llegábamos los de fuera, los chicos del pueblo se ponían malos y hacían más piña para excluirnos; en realidad, a los de Barcelona nos odiaban, porque decían que les robábamos las chicas. «Joder, tíos, sois unos maricones.» Este era el insulto más ligero que recibíamos los forasteros. Aun así, tengo muy buenos recuerdos de aquellos veranos. Con mis padres nos alojábamos en el hotel San Antoni o en el hotel Prats, y a veces íbamos a cenar a Cal Fanet o tomábamos el tren para comer en el hotel de Nuria.

—¿Te acuerdas de las peleas que teníamos por culpa de las chicas? ¿Y de cuando íbamos a *reguadañar*?

Te echabas sobre algún muro de montaña si había suerte y encontrabas alguna chica que se dejaba meter mano. Siempre que conseguíamos que alguna *titi* quisiera salir, nos escapábamos a los prados para tumbarnos en la hierba.

—Tú ligabas mucho, cabrón... Y yo tocaba lo que podía, si me dejaban. Como ahora, pero cada día me cuesta más...

Se echa la cola de caballo hacia atrás. De joven iba muy pelado. Nos bañábamos en la Mateva, en las gargantas del río Freser, o íbamos a merendar a Rialb, porque los del Opus nos dejaban jugar al frontón. Y si hacía mal tiempo, todos al cine, a ver alguna peli del oeste, acompañados de indios y *cowboys*. Diligencias, bandoleros que asaltaban ferrocarriles y el Séptimo de Caballería incluido. Básicamente, siempre veíamos lo mismo, algún wéstern para pasar el rato. Era la única opción que teníamos, porque en mi infancia ya habían cerrado el otro cine que había convivido con el Catalunya y que tenía fama de proyectar películas aburridas, para los mayores.

—¿Y tu ex?

—Nos llamamos de vez en cuando.

—¿Quieres decir que aún...?

Pepe hace un gesto lascivo con la mano y yo lo desmiento con un movimiento de cabeza.

—Nada de nada. Terminamos civilizadamente y ya está. Ella tiene un tío, un terapeuta. Supongo que está servida.

Seguramente es más feliz que yo. Retomo la frase:

—¿Y a ti qué tal te va?

—Igual, y con los viejos cada día más jodidos...

Sus padres trabajaban en la colonia textil de Can Recolons en la época en que el pueblo vivía su apogeo industrial. En alguna ocasión le había acompañado hasta el portal de piedra; recuerdo que me sentía pequeño ante las torres de la fábrica y aquellos muros de obra vista, que aún se conservan impecablemente bien.

—¿Y tus padres? ¿No se separaron?

—Mi madre se ha jubilado y ahora vive en Málaga, con mi tía... Y mi padre... Murió hace dos meses.

—Hostia, perdona, Marcel. No lo sabía.

—No hay nada que perdonar, no podías saberlo.

—Joder, cuánto lo siento.

Se le paró el corazón mientras estaba en la cama de madrugada. Dormía solo, sin ningún desfibrilador en la mesilla, quién iba a imaginárselo. Nadie sospechaba el diagnóstico final que el médico describió directamente, sin tapujos. Se trataba de una valvulopatía seguramente favorecida por una cardiopatía oculta y también por la edad. Tenía ya setenta años y las válvulas del corazón, que se abren y se cierran unas sesenta veces por minuto, se le habían abierto más de dos millones de veces y estaban bastante calcificadas. Probablemente por eso se cansaba más de la cuenta cuando subía escaleras, pero nunca nos lo había dicho, porque era un aprensivo enfermizo y evitaba las revisiones médicas del mismo modo que un gato esquiva el agua. Se negaba a pasar la ITV. «Siempre te encuentran algo», decía.

—He heredado el piso del Ensanche.

—Muy bien, tío.

—Seguramente lo alquilaré...

Ahora mismo no deseo cambiar de domicilio. Ya hice una mudanza cuando me separé de Ilia. Vivo en un ático que está muy cerca del museo donde trabajo como conservador. Necesitaba un cambio de aires, salir de una zona de la ciudad demasiado trillada, ver a gente nueva.

—Estoy bien en casa, y los fines de semana voy al Ampurdán.

Allí tengo un apartamento y otro paisaje más sereno, aunque sople la tramontana y no esté acostumbrado a ella.

—¿Quieres una clara?

Niego con la cabeza. Tengo frío y no me apetece.

—Tomaré otro café.

Pepe se toca la barriga distendido. Siempre tan oportuno él. En todos estos años no ha cambiado en absoluto.

Un día de vacaciones, en Semana Santa, fuimos a mangar una caja de madera vacía en casa del pescadero. Era lo que hacían los muchachos del pueblo en aquella época. Y luego subimos a la Margarideta por el camino que lleva a las fuentes, un tramo helado como una pista de esquí, y nos lanzamos por la curva que desciende con la madera, aquel trineo improvisado que los chicos de Ribes llamaban *lluja*. Aquel día bajé deprisa, ya lo creo, tanto que acabé empotrándome contra un aliso y casi me mato.

He dejado a Pepe en la plaza y vuelvo al hotel. Llevábamos más de un año sin vernos, y en poco tiempo han pasado muchas cosas. Cuando ya tenía más que asumida la separación, he perdido a mi padre. Durante semanas me he refugiado en mi trabajo como conservador; eso me ayuda a tomar un poco de distancia. Últimamente he pasado horas y horas fijando el fondo del museo, metiendo fichas de piezas ya catalogadas en el fondo informático y buscando información cuando ha

hecho falta. Me he dedicado a ello de lleno. Es una tarea entretenida, que exige una observación minuciosa de cada pieza para poder realizar un estudio en profundidad. También ejerzo de guía para grupos de estudiantes universitarios, y de vez en cuando comisario alguna exposición temporal, complemento las colecciones que ya tenemos y contacto con otros museos para pedir piezas catalogadas. Estas son las fijaciones que me mantienen sereno.

Abro la puerta de la habitación, me tumbo en la cama.

¡Zuii!

Otra vez la francesa. Es la tercera vez que clica *like* en alguna de las fotografías que he colgado estos días. Le ha gustado la vista del valle nevado y del lago, que empieza a congelarse mansamente.

Arlette

Ya es mañana. He ordenado que me traigan el desayuno a la habitación, quiero escribir hasta el mediodía. Espero transcribir más notas y terminar el libro de una vez. Cuando me haya cansado, saldré a dar un paseo. El día es soleado, no ha vuelto a nevar y aún se puede andar sin problemas por los alrededores del hotel.

El silbido electrónico de la tableta me avisa de un nuevo mensaje. En esta ocasión es de Facebook. El aviso sigue centelleando en la pantalla, que ordena mis correos electrónicos automáticamente y lo ha mandado a la carpeta «sociales». Me ha estado guiñando el ojo hasta que lo he clicado.

Es una solicitud de amistad. *Friend requests*. Qué sorpresa más grata, otra vez la francesa Arlette Belfort, así consta su nombre en la pestaña de confirmación. Ya sé cuál es su apellido. Al parecer, no tenemos ninguna amistad en común. Aun así, acepto la petición; ahora mismo siento mucha curiosidad por saber cosas sobre esta nueva admiradora inesperada... ¿Cómo será? Eso no supone ningún impedimento para agregarla, igual que otros «amigos» a los que tampoco conozco de nada y que figuran en mi página; muchos aparecen como conocidos de conocidos míos que, en realidad, no sé quiénes son.

Antes de admitir a un nuevo usuario siempre inspecciono su página, y si no veo nada que me parezca extraño, una bandera de la Falange, el símbolo de la esvástica o cualquier detalle que me haga pensar en un yihadista, por ejemplo, no cierro el paso a nadie. Probablemente, el porcentaje de personas pacíficas supera al de las violentas, lo que ocurre es que los que crean malestar arman mucho ruido y siempre son noticia. No soy demasiado escrupuloso a la hora de compartir información en las redes sociales; nunca me he sentido amenazado por ninguno de los perfiles que figuran en mi carpeta de amistades, y si así fuera, lo excluiría del círculo. Por el momento no me molesta nadie y sigo colgando solo las fotos y las notas personales que me apetecen; considero que, en general, no tiene mucha importancia.

«Allô!»

Arlette me saluda. Respondo de inmediato:

«Hola, Arlette.»

«C'est à vous la vieille photo de votre Instagram?»

«Por supuesto que es mía. ¿Por qué?»

«La femme qui est à côté de Madame Jeanne Cabanas est ma grande-mère, elle est morte depuis 1998...»

Vaya sorpresa. No esperaba este comentario, pero las casualidades existen, y a

veces son laberínticas. Resulta que cuelgo una foto de los años cincuenta en la que aparece la abuela Juana con las dos mujeres alsacianas que hasta ahora no habían dado señales de vida y, de repente, la nieta de una de ellas me escribe diciéndome que ha reconocido a su abuela. El texto que me acaba de mandar Arlette es bastante largo, lo cual me obliga a releerlo unas cuantas veces. Al final lo consigo; lo he entendido sin necesidad de recurrir al diccionario. Domino mejor el inglés, pero puedo leer en lengua de *oil*, todo sea dicho; mi nivel de conocimiento del idioma francés no es malo del todo.

Lo que Arlette me cuenta es sorprendente: «Disculpa el atrevimiento, pero el otro día vi la foto que colgaste en Instagram. Supongo que me ha llegado porque tengo activados los *hashtags* #valldenuria y #alsacie. Mi sorpresa ha sido mayúscula, ya que mi abuela Elke tenía una amiga catalana que se llamaba Juana Cabanas. Se conocieron en ese lugar de los Pirineos orientales durante la Segunda Guerra Mundial. Por lo que sé, trabaron una gran amistad, y mi madre recuerda haber ido a visitar a esa señora a Barcelona... Nosotros somos de Lingolsheim, una ciudad de Alsacia; toda mi familia proviene de aquí, pero hemos vivido una diáspora y tengo primos en Italia y en la Baja Provenza, es una historia muy larga. En fin, no sé si lo que te cuento te suena de algo, no me gustaría ser pesada; tal vez me equivoque, pero he pensado que era mucha coincidencia y te agradecería que me lo aclarases».

He contestado en seguida. Efectivamente, le confirmo que es una fotografía de mi abuela que se tomó en los años cincuenta, y que las dos mujeres que aparecen en la imagen eran alsacianas y la iban a visitar todos los años. Todo concuerda perfectamente con lo que me comenta mi seguidora francesa. Por mi parte, le hago saber que la abuela Juana murió a los noventa y ocho años y que conservaba toda su cordura y su carácter.

Hemos acordado que estaremos en contacto y seguiremos hablando. Resulta bastante irónico que esto ocurra ahora, cuando estoy escribiendo un relato sobre la historia de mis abuelos. Se cumple lo que parecía imposible y que la abuela ya había pronosticado, aunque ella lo calificaría de hecho providencial, mientras que Ilia lo atribuiría a no sé qué ley de atracción del universo. Yo lo llamo *azar*, porque ignoro de dónde proviene o si obedece a alguna teoría de física cuántica que desconozco o que aún está por descubrir. En cualquier caso, el azar trabaja, aunque sea con retraso.

Hace cuatro meses que empecé a transcribir las entrevistas que tenía archivadas desde hacía años. Aunque de momento no pienso contarle nada más a Arlette, ni quién soy ni por qué he colgado esas imágenes.

«À toute à l'heure.»

«Hasta luego.»

Me gustaría saber más cosas sobre ella. Vamos a ver qué expone en Facebook. Curioso en la página personal de la alsaciana con la misma expectación con la que he leído la nota anterior. Sigo tan intrigado como al principio: su fecha de nacimiento no figura por ninguna parte y en la foto del perfil aparecen dos pies cruzados en el

alféizar de una ventana. Unas extremidades tan finas me hacen pensar en un cuerpo hermoso y un rostro agradable, o sea que, si Arlette ronda mi edad, tiene cuarenta y pocos años.

Me termino el café con leche y la tostada con jamón; nunca pido mantequilla ni mermelada: el desayuno internacional me asquea.

Puede que investigue un poco más, aún me queda tiempo. Como no puedo fiarme de unos pies, porque siempre envejecen más tarde que las manos o el contorno de los ojos, tengo que saber si mis pronósticos son acertados. Me lanzo a la caza y captura de información, por puro cotilleo. Lo intento con el gran *chivato* de Google, que en seguida detecta unas cuantas entradas, entre las cuales una web de danza.

Compruebo que el archivo del gran buscador virtual funciona de maravilla. Se abre una página *on-line* de ballet clásico. Clico en la pestaña de quiénes somos y confirmo los datos personales: o sea que Arlette es profesora de danza en Lingsheim. De hecho, lo suponía por algunas de las fotos que cuelga en Instagram. En la web hay una colección de imágenes en movimiento que puede ver todo el mundo. Las examino atentamente, de un tirón: en algunas aparece una mujer sola bailando; seguro que debe de ser ella. Reaparece también en otras fotos en las que ensaya coreografías, en compañía de chicas más jóvenes, casi adolescentes, probablemente alumnas de su escuela. Son imágenes instructivas, me refiero a que ahora sé bien cómo es Arlette. Rectifico mi primera impresión acerca de la edad que aparenta tener: le echaría unos cuarenta años como mucho. Compruebo hasta qué punto tiene un cuerpo flexible cuando coloca el pie sobre la barra, arquea los brazos largos y delgados o voltea las caderas bajo los volantes del tutú. Es guapa, tiene unos rasgos germánicos, el rostro anguloso y unos ojos oscuros pequeños y brillantes. ¡Qué piernas más tiesas! Seguro que debe de tener un buen culo. Lo siento, no puedo evitar este pensamiento asquerosamente testosterónico: en un hombre común como yo es un mal incurable.

¿Y si le mandara una nota? No, es mejor que espere.

—¿Quiere algo más?

—No, gracias.

Un camarero con cara soñolienta que ha llamado tres veces a la puerta antes de entrar en mi habitación me rescata de mi autismo. Yo no me aparto del ordenador mientras él retira el plato vacío, recoge las migas de la mesita y se despide. ¿Qué estará pensando? Quizás está acostumbrado a los clientes pijos, una etiqueta que no va conmigo, no me identifico con ella en absoluto. Ni hablar de suéteres Lacoste ni de camisas Polo. Soy de los que llevan chirucas para andar por la montaña.

Estos días quiero ir a mi ritmo. Me he pasado unas cuantas semanas trasladando paquetes al piso familiar, guardando la ropa de mi padre en un armario de la habitación de invitados, vaciando cajones. Ha sido una manera de afrontar la situación, lo que los psicólogos llaman *procesar el duelo*. Una forma de despedirme de él, en definitiva.

En cuanto a la escritura, creo que hay otra razón personal que justificaría el hecho de haberla postergado hasta ahora. Trece años de vida en común con una mujer, compartiendo mesa y cama y riñendo a ratos, es un período bastante largo. Hubo un momento en que me di cuenta de que vivía para ella; habría dicho que éramos felices, aunque discutiéramos a menudo. Pero ella no opinaba lo mismo, así me lo hizo saber cuando ya habíamos decidido formalizar oficialmente nuestra relación y celebrar una boda civil.

Al principio nos llevábamos bien a todos los niveles; sexualmente, ella era una bomba. Nunca olvidaré el día que fuimos a tapear y bebió más de la cuenta; no dejaba de hacerme preguntas sobre mi trabajo, le interesaba saberlo todo y quería que le contara más cosas.

—O sea, que has fingido ser un intermediario ruso...

—He descubierto una tienda de antigüedades y me ha parecido la mejor manera de enterarme de todos los precios. Le he dicho al propietario que mi cliente tenía ganas de comprar piezas de arte auténticas.

—¿Y lo eran?

—Había mucha falsificación, pero me ha mostrado un par de ánforas inconfundibles... Eran itálicas, de las que servían para transportar vino de la zona vesubiana; siempre están protegidas por una capa exterior de arcilla para evitar la porosidad del ánfora.

—¿Lo has comprobado?

—No se trata de analizar un componente, como cuando examinas el material de una pintura. Eso se ve a simple vista; las distingo.

—Pero hay que saberlo...

—Lo sé del mismo modo que sé que me gustas mucho.

—Me estás galanteando porque has bebido demasiado... Seguro que te has liado con alguna mujer; mejor dicho, vives con ella desde hace tiempo: empezasteis como Mickey Rourke y Kim Basinger en *Nueve semanas y media* y ella acabó haciéndote un *striptease* mientras sonaba la canción de Joe Cocker «You can leave your hat on»... Al principio todo iba bien, pero ahora te falta calor, porque habéis ido muy deprisa y...

—Eres fascinante.

La había observado bien: los ojos ardientes, el culo respingón y aquella oscilación anfórica de las caderas en la que ya me había fijado a simple vista el primer día.

—No te escaquees: ¿tienes o no otra mujer? —insistió—. ¿Sabes que duele mucho cuando te engañan?

Resoplé. ¿Por qué seguía cuestionándome? Se me estaba bajando el suflé.

—Me lo monto solo; lo creas o no, cuando engaño se me nota demasiado, no respondo a ese perfil de hombre, te lo aseguro... Ahora mismo esa otra mujer de la que hablas no existe... Y tú y yo compartimos muchas cosas.

—¿Como por ejemplo...?

—Todo lo que hemos hablado antes y las otras veces que nos hemos visto: nuestro trabajo, los intereses comunes que tenemos, sobre todo la afición al arte antiguo... Además, tú quieres un hombre que te sepa comprender y yo busco urgentemente una mujer con la que...

—Vivir una aventura.

Me miró con cara de «vamos, si eres de los que no se corta, se ve perfectamente».

—¿Por qué lo dudas? —Aunque no le hubiese dicho la verdad al cien por cien, se acercaba bastante. Ella me interesaba; por lo tanto, seguiría defendiéndome—. ¿Preferirías que fuera un hombre promiscuo?

—¿Qué dices? Qué pregunta tan evasiva y absurda... Mira, me revientan los hombres que mienten. Acabemos de una vez, Marcel, me debes una respuesta: ¿estás libre de verdad?

—Que sí. No tengo a nadie esperándome en casa... Eres muy estricta conmigo, Ilia. No seas tan dura, me apetece mucho conocerte a fondo.

Me miró a través de la copa, los ojos por encima de una raya de vino tinto muy densa.

—¿Estás un poco entonado?

—Te lo estoy diciendo muy sereno.

—Yo he bebido demasiado... —dijo hipando suavemente—. Me ha parecido bonito lo que me acabas de decir, sobre todo cómo lo has dicho...

—¿Te lo repito?

Acabamos la noche en mi casa. Ella ardía de deseo; se tumbó en la cama, con los pies colgando, el pelo revuelto sobre la almohada arrancada de su sitio. Estaba a punto de acariciarla, pero en seguida me dijo: «Hazme tuya». Los pantalones llevaban rato apretándome y no me hice de rogar. Tenerla así, primero debajo de mí, luego a mi lado, toda para mí, entregada a mis embestidas, me hacía sentir potente y feliz. Ella respiraba pesadamente, me miraba, me sonreía a medias, y después retomó su jadeo acelerado, que había ido aumentando en intensidad, hasta que se convirtió en una serie de gemidos y gritos. Entonces le tapé la boca.

—Nos oirán los vecinos.

—¿Y qué?

Seguimos, y me perdí en su cuerpo durante un largo rato.

¿Se puede saber por qué pienso en ella ahora? No se trata tan solo de una cuestión de necesidad fisiológica: he intentado salir con otras mujeres después de ella, pero no me han gustado del todo. Y a veces me siento solo.

Luego vinieron nuevos encuentros con Ilia, y muchas conversaciones que nos llevaron del deseo al amor. Un año más tarde ya estábamos viviendo juntos en mi ático. Aunque compartiéramos la experiencia de ser una pareja, discrepábamos en los gustos, ya que teníamos un concepto diferente sobre la estética. Además, a ambos nos gustaba ir a nuestro aire. No sé exactamente cuándo comenzamos a tener problemas; ella había empezado a mostrarse muy reservada conmigo y celosa de sus cosas,

aunque yo lo respetaba.

Con el paso de los años, nuestro tiempo compartido fue menguando, básicamente porque a cada rato debía ocuparme del montaje de alguna nueva exposición temporal de las que el museo programa a lo largo de cada temporada. Es un trabajo que me gusta, pero que puede secuestrarme periódicamente, porque para crear un catálogo y completar la exposición hay que realizar muchas gestiones. Como comisario, debo contactar con otros museos para solicitar las piezas que me interesan, asegurarme de que llegan bien y emplearme a fondo. Y, finalmente, procurar que se inaugure con éxito.

Sea como fuere, ella cambió. Su carácter se agrió, siempre estaba de mal humor. Se quejaba de mi dedicación profesional, de mis fijaciones, aunque no podía reprocharme nada, teniendo en cuenta que ella tiene un horario frenético como restauradora autónoma que es, ya que trabaja para distintos marchantes de arte.

Un día tuvimos una discusión sonada.

—Mira, ya no puedo más, Marcel, no quiero que nos engañemos...

—¿Qué quieres decir?

—No puedo vivir así... Lo siento...

—¿Me estás diciendo que...?

La agarré por el brazo.

—Me apetece vivir mi vida, si no, caeré enferma.

—¿Te lo ha dicho el médico o tu terapeuta? Él debe saberlo; supongo que debe de hacértelo mucho mejor que yo...

—No quiero hablar de eso, por favor; solo es un amigo.

—Pero te quieres ir.

—Sí...

—¿Acaso no estamos bien juntos?

—Es que ya no te quiero...

—Creo que tengo derecho a saber si te vas con él.

—No me lo preguntes más; me voy sola.

—¿A dónde?

—A Nueva York, a probar suerte con la restauración de marcos antiguos. Me han dicho que hay trabajo.

—¿Y tienes que irte tan lejos?

—Sí, tú no lo entiendes... Siempre serás igual, piensas lo mismo que cuando nos conocimos.

—Creía que te gustaba mi seguridad, el hecho de que no cambie fácilmente de opinión. Siempre me has dicho que no soportas a los hombres indecisos.

—Tener personalidad no significa que debas ser inamovible durante el resto de tu vida.

—Me parece que soy flexible, si no, no aguantaría tus cambios de humor... Últimamente disparas el kaláshnikov por nada, me has mandado a la mierda en más

de una ocasión y luego le echas la culpa al desvarío hormonal cuando reconoces que te has pasado tres pueblos.

—¡Basta! ¿No sabes hablar sin hacer un chiste? —En un arrebato, arrojó el bolso sobre la mesa—. ¡Esta vez es distinto!

—¿Por qué te lo tomas así? Solo intento calmar los ánimos.

—Yo he madurado, he evolucionado y tú estás igual que el día que te conocí.

—¿Ah, es eso? ¿Te crees más evolucionada simplemente por haberte inscrito en un montón de cursillos? Que si talleres de fitoterapia y flores de Bach, que si reiki y pollas en vinagre, y esas clases de *patchwork*, que ya me dirás para qué te van a servir... Al menos podrías haber hecho un máster de pintura renacentista... ¿Crees que eres superior al resto de la gente porque tienes una licenciatura en Pseudociencias?

—¡Tú y tu mente cartesiana! Puedes burlarte todo lo que quieras, pero te sentaría bien hacer uno de esos talleres que según tú son tan ridículos...

—¿Por ejemplo?

—Constelaciones familiares; quizás entenderías más cosas, y la relación con tu padre no chirriaría tanto.

Solo me faltaba eso. Pero no iba a caer en la provocación. Me callé para no ponerla más furiosa. Tenía que controlar mi instinto primario; como mucho, me concedo ser un mono inteligente que no pasa de saber resolver una tabla algorítmica.

—Tú no me entiendes, no crees en nada que no se pueda tocar y palpar —insistió—. Yo necesito vibrar, sentir que estoy viviendo de otra manera. Todo eso me ayuda, me hace más feliz...

—Pues si es cierto que no hay otro hombre, podrías dejar que te acompañara en tu felicidad.

Estuve a punto de decirle: ¿no será que eres un poco egoísta?

—No me entiendes —repitió—. El problema es que tú y yo no nos movemos al mismo ritmo.

Finalmente lo había soltado; era eso, solo una cuestión de ritmos. El efecto siniestro de la desaceleración de las partículas, las células femeninas disparadas en el espacio en dirección a la quinta o vete a saber si la octava dimensión, experimentando realidades paralelas, contra los genes masculinos fosilizados en tres dimensiones, en el ahora y aquí, sometidos al cerebro primario de los testículos.

—Ah, y léete la segunda teoría que Einstein dejó metida en el cajón.

—¿La qué?

—La científica Barbara Ann Brennan habla de ella.

Se fue dando un portazo. Pum. Cuánta adrenalina acumulada en pocos minutos. Me quedé como muerto, pensando que ella necesitaba cambiar constantemente y que mi forma de ser relativamente estable la inquietaba. *Inquietud*, esa es la palabra que la definiría, y un tipo como yo es demasiado tranquilo para contentar a una mujer tan inquieta.

Unos meses más tarde supe que había acabado haciendo sudokus con el terapeuta. Eso es lo que más me dolió, y he tardado mucho tiempo en asumirlo, no podía forzarme a mí mismo.

Seguramente ahora es el momento apropiado para reconocer que, en poco tiempo, me han ocurrido cosas que yo no habría deseado; tengo la sensación de que se me han ido de las manos y no he podido hacer demasiado al respecto.

He leído que esto es algo que ocurre cíclicamente, ya que la vida nunca es lineal, tiene espacio y tiempo, y los humanos estamos sometidos a su fuerza gravitatoria, a movimientos centrífugos y centrípetos. Tornados y tsunamis que nos vapulean mientras estamos vivos. Quizás sean fenómenos inevitables, similares a los que suceden en el universo: en un momento dado, una situación estalla en mil pedazos. ¡Bang, plaf, chof! Y si tengo que creer al científico actual más reconocido, Stephen Hawking, al gran Bing Bang lo precedió un gran estallido.

Reconozco que no controlo demasiado bien la dirección que sigue mi vida. Ahora mismo me siento algo arrastrado por las circunstancias. Me siento así en relación con muchas cosas que he vivido, como la muerte de mi padre. Probablemente, esta historia que cuento debe de tener algo que ver con esta dinámica que se me escapa.

De momento no espero tener ninguna relación estable, aprovecho las ocasiones que surgen y no me planteo nada más. Seguramente llevo una vida bastante desordenada, pero ¿será el amor el que nos ordena, como decía la abuela Juana? Aún no lo descarto en mi vida.

Desde el comedor oigo el silbido del cremallera de las once. Dentro de un rato, este valle será invadido por gente que quiere pasar el día entre montañas escarpadas.

Pienso de nuevo en cómo debo insertar las entrevistas que grabé en la historia que estoy escribiendo. Me queda mucho trabajo por hacer y al paso que voy no acabaré el libro ni dentro de ocho meses. De ahora en adelante me propongo sacar tiempo de donde sea.

¿Por qué he esperado años para rescatar este material? No puedo decir que haya tenido ningún impedimento grave, exceptuando la actitud poco receptiva que este trabajo despertaba en mi padre. No es eso lo que me ha condicionado durante todos estos años, aunque mi progenitor siempre se mostró reticente a *remover el pasado*, como solía decir. Yo no soy como él, y si afronto nuestra historia familiar es por una razón que de momento no voy a revelar.

La abuela Juana murió después del abuelo Enrique, a punto de cumplir cien años. Ambos se complementaban bien, a pesar de que no habían tenido una vida nada fácil, porque, en plena madurez, se vieron atrapados entre dos conflictos muy cruentos, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial.

Me resulta extraño pensar en ello. Me parece tan cercano como desconcertante. Probablemente porque sospecho que esta historia que estoy reconstruyendo me enfrenta conmigo mismo.

III

EL VUELO DE JUANA

Una tregua

Un día, Juana me recibió en la puerta, con un vestido estampado de pinceladas marrones que hacían juego con el tono de su pelo teñido. Iba bien peinada, con el moño más erguido que de costumbre. Le dije que tenía muy buen aspecto y le pregunté si había ido a la peluquería. Me sonrió agradecida, entornando los ojos, con aire socarrón.

—Gracias. Las abuelas sabemos perfectamente cuándo nos están dando jabón, pero también nos gusta.

Poco después nos sentamos en el sitio acostumbrado, yo en una silla y ella en la vieja butaca de piel, amplia y protegida en la parte del reposacabezas por una tupida punta de ganchillo. Saqué la grabadora; todo estaba a punto.

—¿Por dónde empezamos hoy?

—Hay algo que se me olvidó contarte... En aquella época, incluso antes, corrían rumores de que querían construir una carretera que llegara hasta el santuario. Al parecer, había empresas interesadas en la obra... Decían que eso llevaría a muchos más visitantes, pero a la gente de los pueblos no le parecía bien. Lo veían como una amenaza, pensaban que perjudicaría el paisaje y supondría la muerte del cremallera, que es un transporte limpio.

—¿Y tú qué opinabas?

—Tampoco estaba de acuerdo; un camino asfaltado habría roto la calma del valle... En aquel momento lo tenía tan claro como ahora. Entonces aún no se había decidido nada; nadie pensaba que el proyecto llegara a cuajar, pero la cuestión ya estaba en boca de todos... Y una tarde oí a Enrique hablando del tema con el administrador y un señor de Barcelona que defendía el proyecto de la carretera.

»La opinión en contra de Enrique me sorprendió, y después fui a verle... Por primera vez sacudió mis argumentos, y eso me removiό bastante, hasta el punto de hacerme replantear mi actitud... Acabé llorando, pero no me hagas contarte los detalles... Después de eso, él me pidió una amnistía...

Para su sorpresa, mientras escuchaba la conversación, se enteró de que Enrique se oponía radicalmente a la construcción de la carretera con el argumento de que perjudicaría la calidad de vida del valle. Aquella inesperada reacción no encajaba con la idea que ella se había hecho sobre la forma de pensar del ingeniero. Tenía otra imagen de él; creía que era un hombre más interesado en ganar dinero que en

conservar cualquier ideal de vida. Eso la inquietó, y en aquel momento se preguntó si la negativa de Enrique no sería tan solo una manera de defender el negocio del ferrocarril. El hecho de que él estuviera en contra tendría que haberle parecido digno de alabanza. Era un punto a favor del ingeniero, pero le planteaba un dilema. Si la actitud de Enrique era sincera, estaba obligada a cambiar de opinión. ¿Y quién podía asegurarle que así era? Necesitaba pruebas contundentes que demostraran que no actuaba por interés. Ella no se dejaría persuadir tan fácilmente. No le gustaba perder pulso, aunque las circunstancias le llevaran la contraria.

Esperó un rato, y más tarde, aprovechando un descanso en el trabajo, fue a su encuentro en el pasillo.

—Veo que se ha puesto de mi parte, señor Solé. ¿Ya no le gusta que trituren los pastos?

—Se equivoca. Siempre he pensado lo mismo; no me juzgue mal.

—Yo solo digo lo que viene a cuento.

Enrique se quedó mirándola fijamente con unos ojos afilados en los que brillaba un destello de sol.

—¿Le han dicho alguna vez que pincha usted, Juana? ¿Nunca se cansa de atacar? ¿Hace lo mismo con la gente que la quiere?

Ella se alteró de inmediato, flechada por aquel comentario. Acababa de sufrir una sacudida en el corazón, le hervía la sangre; intentó disimular, un poco avergonzada. Tenía que reconocer que el ingeniero había dado en el clavo: tocada y hundida en algún rincón escondido. Estaba acostumbrada a reaccionar con dureza cuando se sentía herida, pero esta vez no tenía ningún motivo para atacar a un hombre que no se lo merecía.

Enrique prosiguió:

—Puede seguir disparando desde la trinchera, si le apetece, y ganar la guerra, pero tarde o temprano tendrá que salir y hacer las paces con el adversario. Si no limpia el camino, solo le crecerán espinas y nadie vendrá a preguntarle cómo está, usted ya me entiende...

Pues claro que le entendía. Estuvo a punto de volverse hacia la puerta porque sintió un escozor en los ojos.

El ingeniero no había movido ni una pestaña, inmóvil en su sitio, tranquilo, y poco después, con una mirada que inspiraba confianza, le tendió la mano. Era un gesto que podía interpretarse como un signo de concordia.

—Le pido disculpas si le he dicho algo que haya podido molestarla.

—No estoy enfadada —admitió ella.

En aquel momento se sintió perdida y se fue a toda prisa, casi sin despedirse. Había pasado las últimas horas de la tarde angustiada, y por la noche, encerrada en su habitación, lloró desconsoladamente, con la cabeza bajo la almohada, pensando en todas las ganas de amar que había derrochado hasta ese momento y en lo despreciada que se había sentido. Había guardado sus sentimientos con tanto celo... Y se

podrían como el agua estancada si seguía ahogándolos.

Desde el momento en que se quebró la presa de contención de su corazón, las aguas que guardaba en ella empezaron a desbordarse, primero con furia y luego de forma más tranquila, y tuvo que admitir que el ingeniero tenía una naturaleza noble. Durante unos cuantos días se concentró en una serie de emociones contrarias que eran las armas de una batalla que libraba consigo misma.

Un mediodía, Enrique, en un tono directo que nunca había empleado hasta entonces, le dijo:

—¿Podemos hacer las paces, Juana?

—¿Aceptaste la tregua?

—Sí, y probablemente también influyó mosén Bonaventura, el cura custodio, que me dijo que sabía de buena fuente que Enrique era la persona que más pasos había dado para que la compañía ferroviaria reconociera la indemnización que solicitaba mi padre. Al final comprendí que él había actuado bien, no como el otro traidor, y empecé a considerarlo de verdad y a mirarlo con buenos ojos.

16 de noviembre de 1929

Desde la ventana de mi habitación oigo cómo sopla el viento, que sacude los copos de nieve sobre los tejados del santuario. Hoy ha sido un día complicado. Nieva desde hace horas y tengo ganas de que llegue el buen tiempo, aunque falta mucho... Echo de menos pasear por los prados libremente, bajo el sol, y ponerme vestidos ligeros que no haya que abrochar, sin tantos corchetes y botones... Este fin de año me resultará muy largo; solo me han dado cuatro días de permiso para ir a casa por Navidad y siento que mi corazón está más frío que la nieve que está cayendo fuera.

A la hora de comer se ha producido una pequeña pelea entre los directivos. Estaban comiendo; mientras les servía el vino, veo que el ingeniero director pega un puñetazo sobre la mesa y se levanta con la intención de irse. Enrique lo ha agarrado por la manga y ha dicho: «Señor Fenech, confíe en nosotros; hasta ahora hemos solucionado todos los errores de cálculo de desnivel... El ingeniero Luna reconoce que se ha equivocado y le pide disculpas, ¿no es así?».

No sé qué habrá ocurrido, pero él ha impuesto la cordura. Miraba con confianza al ingeniero director y ha calmado con un gesto al otro ingeniero. Ha dicho: «Todos tenemos el mismo interés en terminar el proyecto; no podemos perder tiempo ni resolver este problema sin usted... Siéntese, por favor».

El señor Fenech se ha pasado el dorso de la mano por la nariz, ha apartado la silla de la mesa y al cabo de un momento ha vuelto a sentarse con cara de rabia. Pero se ha sentado.

Me ha admirado la forma de hablar de Enrique y cómo ha convencido al director, algo que no debe de ser fácil de conseguir.

Al final ha sido el último en levantarse de la mesa y me ha pedido que le sirviera un poco más de café. Ha sido muy cortés conmigo. Luego dice: «¿Le puedo pedir que se lo tome conmigo?», de una forma tan delicada que habría ablandado un corazón de piedra. Y yo, intentando disimular la complacencia, contesto: «Estoy trabajando, señor Solé».

Su intención me ha gustado; en el fondo lo esperaba, no voy a negarlo, pero creo que es un atrevimiento por su parte, y no pienso darle más vueltas.

—Aún me resistía, ya lo ves, un poco por tozudez.

20 de noviembre de 1929

¡En una semana han pasado tantas cosas! Anteayer habría dicho que era la mujer más feliz del mundo.

Hoy, Modesta tenía el día libre y yo el doble de trabajo, así que después de la cena estaba tan cansada de batir huevos, servir tortillas y quitar mesas que solo pensaba en la cama, y me he ido directamente a mi habitación. Y en el pasillo veo a Sixto, acicalado y peinado como un perdonavidas. Al pasar junto a mí me ha agarrado del brazo y ha dicho: «¿Ahora le haces caso a Enrique? Te está rondando, ¿verdad? ¿No me lo piensas contar?». Le he espetado: «¿Y eso a qué viene? No tiene ningún derecho a meterse en mi vida». Quería deshacerme de él, y cuando ha insistido, yo, con la frente bien alta, pensaba: «Si supieras que no hay nada de nada...». Le he mandado a freír espárragos, que se vaya con la prometida que tiene en Barcelona. Me ha mirado con ojos pegajosos y ha intentado abrazarme, el muy canalla, empujándome hacia la puerta de la habitación. Yo lo he apartado.

Cuando se ha ido, me ha entrado mucha rabia, porque en un momento he deseado que fuera Enrique quien me abrazara. Luego he llorado con la cara pegada a la almohada. Siento impotencia, no pienso consentir que vuelva a molestarme, me defenderé de él como una guerrera.

Ahora me siento ligera, como si hubiese bebido; es como si me hubieran sacudido de arriba abajo y hubiese caído rodando por una pendiente. No comprendo qué son las pasiones, cómo vienen ni cómo se van, y eso hace que me sienta mal. Me he propuesto arrancarme esta angustia enfermiza como sea; quiero un hombre que me ame de verdad. Confío en ello y pienso que pronto sabré si es Enrique. ¿Por qué no doy el paso? Quiero curarme esta vieja herida, así podré sentir por él una pasión distinta de la que me ha lastimado.

29 de noviembre de 1929

Cuando pienso en todo lo que he llegado a decirle a Enrique, me da un poco de vergüenza, porque no se lo merece. Mis sentimientos hacia él han cambiado mucho. Se ha convertido en alguien que me hace sentir bien; me trata con delicadeza, es firme y tiene aplomo, que es lo que yo considero más importante en el carácter de una persona. Cada día que pasa me resulta más agradable y cercano. Siento que este sentimiento gana espacio dentro de mí y se está convirtiendo en otra cosa... Me encantaría decirles a mis padres que me gusta un hombre que es infinitamente más templado y razonable que muchos de los hombres que conozco, el problema es que no ha ocurrido nada que me haga pensar que él se ha fijado en mí de una forma especial... Sigue siendo exigente con el servicio, aunque siempre me trate bien... Sí me he dado cuenta de que me mira bastante y me dedica cumplidos que ya no rechazo.

—¿Todo eso marcó un punto de inflexión en tu vida sentimental?

—Yo era mucho más receptiva que él... Si tardé un poco en admitir que estaba enamorada de Enrique fue porque consideraba que debía ser él quien diera el paso... A las mujeres de mi generación nos educaron así... Jamás debías pasar por delante de un hombre si no querías ser tratada como una... Tú ya me entiendes... Actualmente, las cosas son muy distintas.

En mi caso, analizándolo desde la distancia, el cambio de mentalidad ha sido un estrepitoso fracaso. Mi problema no es consecuencia de que la mujer con la que me enrollé fuera tras de mí, sino que después ha hecho lo mismo con el siguiente macho que le ha tirado los tejos.

Juana prosiguió:

—Al final, si eres lo bastante inteligente como para saber elegir, acabas buscando un hombre que sea capaz de amarte. A mí me costó un poco entenderlo, pero la experiencia me llevó hasta ello.

Mientras reescribo la transcripción de aquellas palabras que me parecen tan acertadas, no puedo evitar pensar qué pudo haber visto Ilia en el imbécil con el que está ahora.

Nieve polvo

—Si cierro los ojos aún puedo sentir el viento frío contra la cara y el reflejo de la nieve ardiente. Me veo esquiando por una pista helada que resbala como un cristal. Allí arriba siempre era así; la nieve polvo no sabíamos lo que era.

»Me hizo mucha ilusión ponerme los esquís por primera vez. Aquello era completamente nuevo para mí. Había visto nieve toda mi vida, estaba acostumbrada a ella, pero la miraba desde la distancia... Esquiar me parecía un sueño reservado a los ricos. Era un deporte minoritario. Además, la mayoría de los esquiadores eran hombres; había muy pocas mujeres que se atrevieran a esquiar, y todas eran de buena familia... No podía ni imaginarme que un día me enseñarían a ponerme los esquís sin tener que pagar ni un céntimo...

»Me gustaba mucho la sensación de bajar y ver el paisaje a mis pies: los tejados del santuario cubiertos de nieve y los obreros trabajando en la estación del cremallera.

—¿Sufriste muchas caídas al principio?

—Llevaba falda y unos pantalones que eran como unos bombachos, y a veces me hacía un lío con la ropa o se me desabrochaba la hebilla del esquí y me torcía el pie, pero nunca me rompí ningún hueso... Como era muy joven, tenía el cuerpo de goma.

Sonrió con franqueza.

—Cuando llegaba al pie de la pista, junto al santuario, me apresuraba a desabrocharme las correas, cargaba los esquís al hombro y volvía a subir la montaña andando, porque no había remolcador. ¡Vaya caminatas, y con todo ese peso encima! Tenía tantas ganas de aprender que el deleite se imponía al cansancio... Solo quería superarme, llegar al punto de partida, en lo más alto, y vuelta a empezar.

»Me sentía libre. Supongo que lo veía todo con buenos ojos y no era muy consciente de que mi vida estaba dando un giro de ciento ochenta grados.

—¿Quién te enseñó a esquiar?

—Julián Grau, el enfermero de la hospedería. Empezó a trabajar en Nuria en otoño de 1930. Me prestaba los esquís, porque yo no podía permitírmelos... Trabé mucha amistad con él.

—¿Puedo saber más detalles de esa relación?

—Éramos amigos, eso es todo... Mira que eres metomentodo... —Me clavó unos ojos de lince—. La rebeldía te viene de familia...

Puede que sí pertenezca a la misma saga animal. *Humana*, habría dicho ella.

El nuevo inquilino llegó en otoño.

—¿Cómo dice?

—Julián, Julián Grau.

—Ah, muy bien. ¿Y a qué ha dicho que ha venido?

—Soy el nuevo enfermero.

—¡Juana, por el amor de Dios! Sírvale un café al señor Grau.

Ella contempló el gesto imperativo de Modesta. Le pareció que el tono sabiondo de la cocinera era una forma de compensar la falta de estatura de un cuerpo bajito y rechoncho, y quién sabe si el resentimiento de saberse más bien fea, que la obligaba a hacerse notar a base de gritos y gestos exagerados. Modesta había dicho aquellas palabras cerrando un poco los ojos y arrugando la nariz, y ella pensó: «Y por qué no dice: ¿te importaría servir un café, Juana?».

—Se lo agradezco, pero no es necesario —dijo el enfermero—. Y tutéeme.

—¿Le traigo una silla?

—En mi cueva ya tengo sillas; estoy acostumbrado a hacer el oso, siempre estoy de pie... De verdad, no necesito tantas atenciones.

La broma del enfermero rompió la rigidez protocolaria y provocó una sonrisa en Juana. Modesta no parecía dispuesta a seguir con el juego y se dirigió a los fogones, moviéndose con pequeños impulsos, como si la empujaran hacia su reino natural.

—Encantado de saludarte, Juana.

A través del ventanal de la cocina se veía un mundo completamente blanco. La nieve cubría las imponentes montañas, que casi había que escalar con la vista. Aquel era el espacio preferido del quebrantahuesos, de las águilas y también de los esquiadores intrépidos y compulsivos.

Ella había asomado la nariz de buena mañana para constatar que la pureza del aire era tan fría que agarrotaba. La nieve y el viento helado eran dos compañeros de viaje inseparables que traían a los primeros grupos de esquiadores de la temporada. A primera hora los había visto ascendiendo el camino en dirección a Noucreus. A pesar del penoso ascenso, había envidiado la ruta que hacían hasta ganar la suficiente altura para lanzarse con los esquís por la pendiente... Habría dado cualquier cosa por poder hacer lo mismo.

De alguna manera, se sentía identificada con el esfuerzo tenaz que llevaba a todos esos esquiadores a descargar adrenalina sobre una pista intratable que había que afrontar sin remolcador, ascendiendo en continuo zigzag entre escarpados riscos.

En aquel momento, de una forma intensa, se imaginó la sensación de deslizarse que solo había experimentado cuando era niña, patinando sobre un tablón de madera. Volvió a mirar a Julián.

—¿Ha hecho el camino esta noche, a oscuras?

—Iba en buena compañía, y con la luz de la luna casi no nos han hecho falta las linternas.

El enfermero había subido al santuario con el grupo de esquiadores, cargados con

mochilas, esquís y palos, a pie, por el camino de herradura lleno de curvas, con puntos que prácticamente había que escalar y salvando algún tramo peligroso al borde del abismo donde se amontonaban traviesas y materiales del tren. Le dijo que había escalado unas cuantas cimas en los Pirineos y que estaba acostumbrado a dormir al raso y a soportar temperaturas de quince grados bajo cero.

—Lo de esquiar me parece admirable...

Juana se había acercado al ventanal del comedor, desde donde se veía una ladera de bosque nevado; la recorrió con una mirada rápida, limitada por la altura del lomo de la montaña que le impedía la visión de los picos más altos.

—No es muy difícil.

—¿Ah, no? Me gustaría aprender.

El enfermero le tomó la palabra y dos días después le dio un par de esquís y palos.

—¿Tardaste mucho en aprender?

Negó con la cabeza.

—Mis comienzos fueron rápidos... Julián era buen profesor. Me enseñó a ponerme el equipo y a atarme bien las correas al tobillo... No te creas, antes costaba un poco, como te he dicho... A veces se soltaba el esquí y era fácil lastimarte, porque el pie quedaba atrapado en la correa... Pero en seguida me apañé. Al cabo de pocos días ya daba vueltas y subía a pie, con escaleta, de lado, colocando los esquís en paralelo... Esos fueron mis inicios... Aprendí a hacer la cuña, con los esquís abiertos por detrás y cerrados por delante, y también en diagonal. Bajábamos por un lado de la montaña, detrás del santuario, y luego tomábamos una diagonal hasta el final, donde está el torrente, y allí dábamos la vuelta... Luego, Julián me enseñó a hacer el medio ángulo cristianía: abrir los esquís, cargar y dar la vuelta... Tenías que aprenderlo bien, porque eso te puede salvar de una situación complicada cuando te encuentras con grandes placas de hielo que no se pueden hacer del tirón...

»Dábamos la vuelta maría poniendo los esquís perpendiculares a la pendiente, levantando uno de ellos, volviéndolo a colocar en perpendicular y girando el otro... Así íbamos por la montaña... Yo estaba muy delgada y hacía los giros en cuña como si nada; me concentraba en los movimientos y me ponía de cara a la pendiente. En pocas semanas ya sabía esquiar bastante bien... Recuerdo que, un día, la hija de Modesta me vio y se quedó boquiabierta... Le faltó tiempo para contárselo a su madre.

»Imagínate la situación: yo descendiendo como una flecha por la pendiente de la montaña, lanzándome hacia abajo sin ningún miedo... No me extraña que ellas me criticaran. Me llegaron a decir que parecía un fogonero del ferrocarril, ya ves tú qué comparación.

—Eras una mujer diferente.

—No lo sé; yo no le daba importancia, iba a mi aire, y sí, puede que atizara el fuego.

10 de diciembre de 1929

Que alguien me enseñe a esquiar gratis es lo mejor que podría haberme ocurrido. ¡Es una suerte que Julián se quede todo el invierno en la enfermería! Será mejor, porque no tenemos ningún médico, y cuando nieva es difícil que los enfermos puedan bajar al valle. Eso me hace feliz. El trabajo de la hospedería me parece más ligero, y en mis horas libres pienso en ir a la montaña. ¡Disfruto tanto esquiando!

Últimamente, Enrique está muy pendiente de mí. Hoy estaba muy atareada. Casi se me cae la bandeja, y él la ha sostenido. Me ha sonreído tranquilamente: «¿No le han dicho que esquí usted muy bien?». Y yo: «Debe de haberme confundido con otra». Por suerte, soy rápida respondiendo; si no, me habría quedado con la palabra en la boca. Y él, otra vez: «¿Tiene una hermana gemela?». El juego me divertía: «Que yo sepa, no». Aún ha insistido: «Por lo tanto, era usted; déjeme adivinarlo: ¿es por eso que la veo tan radiante? Tiene cara de felicidad».

Eso quiere decir que me ha estado observando desde algún lugar que ignoro. La verdad es que me han entrado ganas de abrazarle. Quieta, me digo, debe ser él quien dé el paso. Pero no lo da, y mientras tanto me siento extraña. ¿Por qué pienso tanto en él?

12 de diciembre de 1929

¡Todo iba bien hasta ahora! Me cuesta aceptar que las cosas hayan cambiado de repente... Ayer, sábado, a la hora de comer, pusimos dos cubiertos más en la mesa de los directivos por indicación del señor Fenech. Al cabo de un rato llegaron los ingenieros y dos chicas finas y elegantes. Una de ellas iba cogida del brazo de Enrique. En cuanto los vi, me dio un vuelco el corazón. No puedo decir que me haya dado ningún motivo para enfadarme; soy yo quien lo ha evitado hasta ahora. ¿Por qué me duele tanto al verlo con una mujer? Está claro que no es más joven ni guapa que yo... ¿Tiene un trato más educado? Aún no sé si lamento no haber sido capaz de ser más amable con él desde el principio o si siento despecho. ¿Por qué tengo este sentimiento tan agrio? Estoy de mal humor, justo ahora que se acerca la Navidad y debería estar contenta.

14 de diciembre de 1929

Esta tarde he ido al camarín de la Virgen; tenía ganas de llorar. Al salir, Enrique estaba en la puerta del santuario; iba solo y se ha acercado a mí: «Ayer quería invitarla a tomar un café, pero se fue a toda prisa...». No sé qué cara he puesto, porque no me esperaba el comentario. Solo he sido capaz de decir: «Como estaba usted tan bien acompañado...». En seguida me he arrepentido de habérselo dicho. Y él se ha echado a reír. ¡Qué divertido es que te metan el dedo en la llaga! En un impulso, le he dicho: «No podía entretenerme; me estaba esperando una persona». No se me ha ocurrido ninguna frase más maliciosa para replicarle.

Él ha insistido: «¿Puedo invitarla ahora? ¿Tiene un ratito? Yo estoy libre; mi prima Elvira y la prometida del ingeniero Luna ya se han ido».

¡Su prima Elvira! O sea, que me he alterado por nada. Me habría tirado del pelo. Creo que se me ha notado que me he metido en camisa de once varas. ¡Me he sentido ridícula por todos los pensamientos que tengo desde ayer! No me explico por qué me ha quitado el sueño, por qué estoy así, tan enfadada.

Al final he aceptado la invitación para no tener que arrepentirme. Hemos tomado un chocolate en el salón y él ha sido muy amable.

Debería respirar aliviada, pero no es así. No puedo quitármelo de la cabeza. Le veo sonreír con esos ojos tan limpios y me quemo al pensar en él. ¿Por qué me trastorna tanto? Estoy rara, como si me hubieran cosido el dobladillo del corazón con una máquina de coser: *tracatrac, tracatrac*. Siento que en mi interior se está cociendo algo que no sé explicar y que nada volverá a ser igual.

—Después de Navidad sucedió otra cosa que hizo que finalmente me decidiera.

—Creo que esta nota habla de ello.

—Déjame ver...

10 de enero de 1930

Hace cuatro días que nieva sin parar. Primero tuvimos unos terribles vendavales. La ventisca levantaba remolinos violentos; parecía que iba a derribarlo todo. Y luego empezó a nevar en serio. Estamos acabando las existencias y tenemos que cocinar con lo que queda en la despensa; aún hay patatas, tocino, carne de cerdo confitada y coles de invierno. Modesta está más malhumorada que nunca y ha dicho: «Este frío nos ha jodido bien. Ya no queda carne ni arroz; tendremos que cocinar *canamillana*... Nos pasaremos todo el día triturando col y patata». Tiene razón, pero la *canamillana*, que es como nosotros llamamos al trinchado de col, está muy rica y no cuesta mucho más que preparar un arroz.

A pesar de la situación en la que nos encontramos, me siento segura; además, tengo a mi lado a Enrique. Me han dicho que el sinvergüenza de Sixto ha reñido con su novia. Supongo que lo ataba demasiado corto, y ahora parece un pájaro enloquecido que ha huido de su jaula. Este mediodía, como ha llegado tarde, ha tenido que comer solo y ha intentado morderme: «¿Te las has apañado muy bien con todo, verdad?». Lo ha dicho alargando el *todo* mucho más de la cuenta. Yo le he servido el postre sin mirarlo. A Enrique no puedo contarle nada de todo esto, y si algún día da el paso para acercarse a mí, tampoco se lo diré, porque sería la guerra.

12 de enero de 1930

Hoy nos hemos despertado totalmente aislados: la nieve lo cubre todo, no se ve nada, da la sensación de que estamos perdidos en la cima más alta de los Pirineos.

Por la mañana, los hombres del tren estaban muy nerviosos. Con este tiempo no se puede trabajar y han tenido que suspender las obras. Los albañiles y los trabajadores del santuario quitaban la nieve con palas para abrir paso a las puertas principales; el grosor es considerable y a duras penas se ve el camino. Tampoco pueden subir la exploradora, la máquina quitanieves que tienen en Queralbs, hasta que esté terminado el último tramo de vía.

A la hora del desayuno, Enrique no ha venido. El ingeniero García ha dicho que acababa de salir hacia el túnel para guardar los compresores y las cargas de dinamita. Seguía nevando a lo bestia y he pensado: «Díos mío, ¿con este tiempo?».

Por desgracia, no me he equivocado y ya no ha regresado a la hora prevista. Poco después ha aparecido Julián diciendo que se había producido un desprendimiento en el último tramo. Me he asustado: «¿Te refieres al túnel de Nuria?». Me lo ha confirmado. Parece ser que dos jóvenes mineros han quedado atrapados bajo la nieve y habrá que rescatarlos. Al pensar en Enrique, el corazón se me ha desbocado.

Julián no sabía nada de él y ha dicho que se iba al túnel para ver qué había ocurrido. Yo quería ir tras él, pero me ha detenido sujetándome el brazo.

Aislados

—¿Qué pasó ese mes de enero que nevó tanto?

—Quise ir al túnel, porque mi obligación era dejar los compresores en un lugar seguro. Sabía por el capataz que dos de ellos se habían quedado a la intemperie y seguramente ya estarían enterrados bajo la nieve. En aquel momento teníamos a dos obreros limpiando el lugar... Todos los demás se habían refugiado en los barracones, porque pintaban bastos. La nieve cubría la explanada de las vías y había mucho peligro de sufrir accidentes. Moverse por la montaña era una temeridad, pero pensé que no podíamos arriesgarnos a perder los compresores. Aunque sabía que yendo hasta allí cometía una imprudencia, lo hice, ya que si sufrían daños tendríamos muchos problemas y más gastos...

Intuyó que sería un día diferente. El cielo estaba gris y nublado; volvería a nevar. Se sentía extraño; todo lo que no había podido resolver le provocaba una sensación nebulosa. Recorrió penosamente un camino desdibujado en dirección al túnel, bordeando el pie del valle del Clot. La enorme cantidad de nieve le impedía avanzar bien. No obstante, siguió adelante, abstraído en una única idea casi obsesiva. El valle se había convertido en un enorme glaciar, y si no se fijaba en los tejados cubiertos de nieve de los edificios, podía parecer que la historia había retrocedido millones de años, hasta la época de las glaciaciones. El anfiteatro habitualmente plácido que rodeaba el santuario era en aquel momento un escenario amenazador; no se veía ni un palmo de tierra por ninguna parte, todo eran heleros de nieve encuadrados por unas montañas inmensas.

Siguió avanzando, con la pala al hombro. De vez en cuando se hundía hasta la rodilla; así, tardó más de una hora en llegar hasta la boca del túnel. En seguida supo cuál era el estado de los compresores y la dinamita. No se veía absolutamente nada con tanta nieve, pero fue capaz de recorrer de memoria las paredes talladas a pico donde, al principio, él y el topógrafo se habían colgado con cuerdas para estudiar a fondo la roca. Calculó dónde debía de encontrarse el tesoro que estaba buscando y empezó a sacar paladas de nieve. Al poco rato oyó que el capataz lo estaba llamando. Pepito había acudido a ayudarlo, y poco después llegó uno de los ferroviarios que se habían quedado para salvar lo que se podía echar a perder.

Mientras descalzaba la nieve notó las manos heladas bajo los guantes de lana; tenía las botas empapadas y la humedad se filtraba a través de la chaqueta. Él y el

resto de los hombres respiraban fatigosamente, como si fuesen caballos, desprendiendo en el aliento de cada exhalación, en contraste con el aire helado, unas bocanadas de espeso humo. Siguieron trabajando, persistentes, hasta que apareció la cabeza de un compresor. El capataz resopló y él inspiró, más tranquilo.

Al cabo de un rato habían conseguido llevar los compresores hasta un agujero excavado en la pared de la roca que el ferroviario acababa de limpiar. El capataz, que se había apoyado en el mango de una pala, dijo: «Hemos hecho un buen trabajo», y se frotó la gélida mejilla con la mano que tenía libre. La mirada de Pepito tenía un aire fiero, bastante más intenso que el que acostumbraba a mostrar a diario. Enrique se dio cuenta, al mismo tiempo que agradecía la buena disposición del capataz y del resto de los trabajadores que les habían echado una mano.

Por un momento temió que pudieran quedar atrapados allí; no dejaba de nevar, y el imponente panorama blanco daba un poco de miedo. Nadie habría dicho que bajo los heleros estaba el paisaje que él conocía, las paredes de piedra roja y el río que discurría silencioso, aplacado por el peso de la nieve, buscando resquicios entre los acantilados y las masas de granito y perdiéndose entre las grietas de los saltos de agua.

Tenía la intención de rehacer el camino por donde habían venido todos, y miró a su alrededor, pensando que a duras penas podrían volver. Estaba en ese punto de cálculo mental cuando oyó unos gritos de socorro. Al menos eran dos voces, aunque el eco llevaba a confundirlas, y provenían del otro lado del túnel.

Él y los demás hombres se movieron en aquella dirección, que marcaba el camino de regreso, hasta llegar a la altura de la entrada septentrional, que estaba totalmente obstruida por la nieve. En la boca norte del túnel oyeron de nuevo los gritos que llegaban a través de la blanca espesura y que los alertaron de la situación: quien pedía ayuda se había quedado atrapado en el interior.

Aún no habían empezado a remover la nieve cuando oyeron más voces, y en pocos minutos se hicieron perceptibles dos operarios que conocían bien los caminos y Julián, el enfermero. Los tres hombres habían ido a rescatar a dos jóvenes mineros; eso fue lo que les contaron.

—Pudimos sacarlos del túnel al cabo de una hora... Estábamos cansados de quitar nieve, y luego tuvimos problemas para volver, porque uno de aquellos chicos sufría congelación en los dedos de los pies y tuvimos que cargarlo entre todos, por turnos, para poder llegar a la enfermería... Nunca lo olvidaré, te lo aseguro... ¿Y sabes una cosa? Aquel día, Juana me sorprendió.

Había estado pendiente del regreso de los hombres y los estaba esperando en el puente de madera. Impaciente, nerviosa. Los ojos le brillaban por la inquietud, y

cuando los vio llegar, suspiró aliviada. En aquel momento había comparado el peligro superior que suponen los ventisqueros de nieve con el de los desprendimientos de tierra y las piedras que hunden los caminos y los hacen imposibles de transitar.

Se habían apresurado a llevar los chicos a la enfermería y Julián atendió al minero que sufría congelación aplicándole emplastos calientes en los pies para intentar que se recuperara. Seguramente perdería algunos dedos, parecía algo inevitable.

Enrique quería hablar con el señor Fenech, pero decidió que lo haría más tarde. Antes fue a su habitación para cambiarse. Se quitó la chaqueta, que estaba empapada de agua, y la dejó en una silla para que se secase. Al rato se sirvió una copa de aguardiente para entrar en calor. Se la iba tomando a pequeños sorbos, sintiendo cómo le ardía la tráquea, con la intranquilidad instalada en el pensamiento. Pensaba si no se habría estropeado algún tramo de vía, y si así era, ya lo verían cuando acabara aquel mal tiempo.

Unas horas más tarde mantuvo una reunión urgente con el director y otros ingenieros. Todos eran plenamente conscientes de que tenían mucho que perder en aquella situación si no afrontaban a tiempo los problemas que irían surgiendo. Repasaron el recorrido de la vía, los tramos que ya se habían visto afectados y la forma de hacer frente a los aludes de nieve. Al final, todo el mundo se calmó un poco.

Por la noche estaba muy cansado y recorrió el pasillo hacia su habitación. Y entonces la vio, apoyada en la pared, acicalada, con la trenza tan bien hecha que parecía perfecta.

Sin decir nada, Juana se inclinó sobre él y le dio un beso que abrió la puerta a un intenso abrazo. Se miraron con deseo; tenían la fuerza de quienes se reencuentran después del combate y saborean la intensidad de la *prima volta*.

Se quedaron de pie, amándose como dos fugitivos. Ella no quería pensar; solo le apetecía estar donde estaba, con él, y nada más. Ya no sentía ninguna clase de arrepentimiento, estaba segura y confiada. Se había decidido a dar el paso, no le negaría nada y lo dejaría hacer, dócil como nunca, ella que acostumbraba a ser tan arisca.

Le pidió a Enrique que no encendiera la luz de la habitación. Bastaba con abrir los postigos para que entrara el tenue reflejo de la luna que reverberaba en la nieve. Se lo había dicho tambaleándose entre las sombras, mientras se desabrochaba el cuello de la blusa, porque la educación recibida le inspiraba cierto pudor.

Él le pidió permiso para continuar, con voz queda. Se sabía legitimado por un gesto de ella, que había cerrado los ojos, y la abrazó con firmeza. Pasado un rato, siguiendo el ritmo calmado de las caricias, le había medido los pechos y luego había bajado hasta los pies, para ascender a continuación por aquellas piernas finas y sedosas como una pista de nieve. Poco después había llegado al bosque de altura, a la corona de la cima, y se había quedado allí.

Juana se fue relajando mientras se dejaba explorar lentamente, abandonándose a

todas las sensaciones que se despertaban en su cuerpo de niña mayor. Quizás era una carta marcada desde el principio y debían acabar así, uno encima del otro.

—Los dos vivimos una semana muy intensa, y te aseguro que fui muy cuidadoso para que no tuviéramos nada de lo que arrepentirnos.

Él se rio. Yo podía haber insistido en aquel episodio, pero ya no era capaz de ir más allá; imaginarme a mis abuelos en posiciones de kamasutra me provocaba cierta incomodidad. Así pues, cambié de tema.

—¿Hasta cuándo duró el cerco de la nieve?

—Unos diez días, más o menos. Como no había luz, tuvimos las obras paralizadas hasta que se solucionó el problema... Aún sufrimos unas cuantas avalanchas. Piensa que en algunas partes, los heleros de nieve alcanzaron seis y siete metros; era imposible trabajar en los tramos altos. No te cuento los quebraderos de cabeza que eso provocó... Tuvimos que concentrarnos en las obras de los puentes y en colocar vías en la parte baja, porque el tiempo se nos echaba encima. El señor Fenech nos había dado instrucciones muy detalladas y todos los ingenieros auxiliares las seguimos... Lo primero que hicimos fue reclutar brigadas de trabajadores para quitar la nieve a paladas de la vía provisional... El tramo más alto se nos resistió mucho; teníamos problemas para avanzar, porque seguía nevando, y, a pesar de eso, no desistimos.

—¿Y las máquinas quitanieves?

—Solo teníamos una, que funcionaba con un mecanismo para hacer girar la tobera lanzanieves y unas palas junto a la vía; la utilizamos para limpiar los tramos más fáciles y las explanadas.

Enrique hablaba en voz baja, como si estuviera perdiendo gas. Estuve a punto de interrumpir aquel interrogatorio, pero levantó un brazo, haciendo un gesto animoso que daba a entender que quería continuar.

—¿Llegaste a saber quién había escondido la dinamita?

—Antes que nada volví a comprobar los albaranes, porque solo había mirado las hojas de pedido más recientes y no había visto las anteriores.

—¿Y hubo suerte?

—Al mirar hojas más antiguas, encontré otro pedido que yo no había hecho. Todo coincidía: era una carga de veinte kilos de dinamita de las que solíamos comprar, y además había una partida de madera destinada al transporte de mercancías... Todo aquel material nos lo había servido la primera constructora. Aquello podía ser una confirmación de lo que yo sospechaba: que la empresa a la que habíamos rescindido el contrato tuviera algún cómplice entre los hombres del tren, uno o más de un corrupto que se hubiese dejado sobornar a cambio de falsificar pedidos...

»Todo aquello me preocupaba mucho y decidí hablar con el señor Talens, el administrador de la sociedad, que había venido de Barcelona... Me presento en su

despacho el primer día que aparece en las oficinas para revisar las cuentas y le enseñó el albarán original que Pepito había encontrado en la basura y la lista de material que yo había redactado correspondiente a los días que se habían hecho aquellos pedidos falsificados.

—¿Y qué dijo?

—Se quedó muy sorprendido y me dijo que él solo firmaba los albaranes comprobados que le presentaba el contable, por lo que se suponía que yo debía estar al corriente de ello. Parecía que me estuviera acusando de negligencia... Me sentó un poco mal el comentario que me hizo, pero es cierto que yo era en buena parte el responsable... Después dijo que su trabajo era dar el visto bueno a los pedidos que ya habían pasado por el control de la oficina... A mí me parecía imposible que Rafael, el contable, los manipulara; no le veía capaz de una traición como esa, sobre todo porque era hijo de un secretario jubilado que había servido toda su vida al señor Fenech... Al final decidimos extremar el control, porque desde que yo revisaba los albaranes no se había producido ningún otro incidente. De todas formas, seguía dándole vueltas al asunto: cualquiera que tuviese acceso a los despachos podía haber abierto los archivadores.

—¿Y el encargado?

—Cuando le pregunté a Marfany si sabía algo sobre aquel asunto, me lo negó rotundamente; dijo que no se lo explicaba. Como no había forma de aclararlo, dejé el tema en reposo, sin renunciar a descubrir la verdad. Solo podríamos pillar al culpable si volvía a actuar e intentaba algún otro tejemaneje, quién sabe si con la nueva constructora.

—¿Hablaste de ello con el director?

—Se lo comenté a su secretario, con el compromiso, por su parte, de no contarle nada al señor Fenech hasta que tuviéramos alguna evidencia.

De bajada

Si tuviera a Juana frente a mí, le preguntaría si aquella nevada fue decisiva en su vida. Según cuenta en el cuaderno, a partir de aquel cerco blanco se intensificaron los encuentros discretos entre ambos. Se habían visto con frecuencia; en algún momento habla de verse «en un santiamén, a horas pequeñas», porque Enrique tenía poco tiempo libre y siempre debía estar disponible por si había alguna contrariedad en las obras.

Durante los meses de febrero y marzo de 1930 escasean las notas; comenta que él está demasiado atareado, está enfrascado en el trabajo por culpa de los problemas que las avalanchas de nieve creaban en la vía.

En abril, con la llegada de la primavera, todo parece arreglarse, y retoma el cuaderno con un estado de ánimo recuperado.

29 de abril de 1930

Por fin empieza a llegar el buen tiempo. Estoy harta de seguir encerrada aquí; por suerte, durante el invierno he podido esquiar un poco y dar algún paseo por los alrededores del santuario en compañía de Julián. Luce el sol, la nieve de las cimas se está fundiendo y las aguas del deshielo llenan los torrentes. El valle está embarrado, pero ya empieza a verdear... Me gusta este momento, porque la montaña se despierta y yo me siento animada, más alegre; necesito salir y tomar el aire.

Enrique está mucho más tranquilo desde que las obras han recuperado su buen ritmo. El domingo quiere que lo acompañe al pueblo; bajaremos juntos por el camino. Me muero de ganas; quiero estar con él y pienso aprovecharlo.

Después de esta declaración de intenciones primaveral, la nota que viene a continuación no tiene fecha y está inacabada. Juana solo escribe: «No sé por dónde empezar; hoy he sentido tantas cosas que no me veo capaz de explicarlas. Enrique me ha preguntado si quiero vivir una larga aventura con él, con todas las de la ley y papeles de por medio... Dice que soy la rareza que más ama».

Desde la distancia temporal, me he permitido reconstruir la escena. Puesto que ella no me la puede contar de viva voz para corregirme, tampoco la replicaré.

La cita se materializó aquella tarde de domingo. En las rocas más altas aún había nieve, pero el trayecto por el camino era bastante limpio. Bajaron a primera hora; Juana iba delante, siguiendo la pendiente empedrada que conocía perfectamente desde que era pequeña y recorría con su padre esos mundos de Dios. De vez en cuando se apartaban para dejar paso a los hombres y a las bestias de carga que, obedeciendo al grito de *oixque, oixque*, transportaban traviesas sobre una base

elevada en dirección a los tramos donde trabajaban los ferroviarios, incluso los días festivos. Tenían el día libre, pero les iba a parecer muy corto; eso los impulsaba a caminar deprisa, dejándose llevar por la agradable sensación del descenso en compañía. Se detuvieron en algún punto donde el río salta con aguas espumosas, magnificente como una cola de caballo; allí mismo, ella se dio la vuelta sonriendo para mirarlo, sin decir nada, y se puso de nuevo en marcha hasta llegar a Salt de Sastre. En aquel lugar se abre un riscal y el camino desciende en zigzag, dando rodeos, para salvar el desnivel. Enrique pensó en las veces que tanto él como el resto de los ingenieros, los topógrafos y los propios obreros habían arriesgado la vida trabajando colgados con cuerdas sobre el abismo, allí donde la escabrosidad del terreno pone los pelos de punta. Justo debajo de ellos se abría una vía provisional para transportar vigas de tren que comunicaba con el otro lado del barranco a través de un puente de madera. Unos cuantos obreros trabajaban junto a la masa rocosa descargando hierros de las vagonetas. Los reconoció; estaban al mando de Sixto. Lo saludaron desde lejos y él les correspondió con un gesto, pensando: «Me han reconocido. Ahora hablarán entre ellos y me criticarán...».

Continuaron el descenso, y cuando llegaron a una cota más baja, a orillas del río, Juana se encaramó a una roca, ligera como una cabra salvaje. Se inclinó para coger un poco de agua y, dándose la vuelta, salpicó a Enrique riéndose. Él, a su vez, también la salpicó, y a partir de aquel momento la broma se convirtió en un juego recíproco, un simulacro de guerra hidráulica, hasta que ella gritó:

—¡Para! ¡Nos vamos a emparar!

Le chorreaban los brazos. Se sentó al sol.

—¿Qué estás pensando, chica rebelde?

Él se había deslizado a su lado.

—Cuando era pequeña me bañaba en estas gargantas... Y tú, ¿qué río recuerdas, si puede saberse?

—Mi familia veraneaba en Caldes d'Estrac. Íbamos a tomar baños termales.

—Había olvidado que eres un chico de buena familia.

—No seas bruja... —La miró—. Siempre tienes el veneno a punto...

—Me gusta llevarte la contraria, ingeniero.

—Lo sé... —Sonrió poniéndole la mano en la rodilla—. ¿Estás cansada del trabajo? Me refiero a si te gustaría llevar otra clase de vida, cambiar y vivir con alguien...

—¿Con quién, por ejemplo?

¿Era una proposición indecente? ¿Una declaración velada? ¿Una forma de decir que quería dar el paso? ¿Hablaban de un proyecto en común? Con estar enamorado no bastaba. Para ella, amar significaba no querer cambiar al otro. ¿Enrique la quería sin limitaciones o solo casi la amaba? Eso él nunca se lo había dicho.

—Un hombre que te permita llevar un tren de vida agradable —continuó él—, que se haga el nudo de la corbata con una mano y sepa lo que significa ayunar porque

ya ha pasado cuarenta días en el desierto.

—¿Qué clase de ayuno?

—Imagínatelo.

Ella pensó: «Aún no me lo dirá...».

—¿Nos vamos?

Se levantó de forma impulsiva, haciendo una mueca de payaso.

Enrique era la clase de persona que se aturullaba cuando tenía que expresar sentimientos. En su familia, todo lo referente a los asuntos del corazón se decía en silencio. Aquella forma de ser era una costumbre impartida por su madre, siempre tan distante. La salida más fácil para él habría sido hablarlo abiertamente, pero existía algún mecanismo interno que lo refrenaba, vete tú a saber si tenía activada la marcha atrás o bien obturado el cigüeñal de la máquina del corazón. Estoy refiriéndome a un estado que yo conozco, por eso puedo hablar de ello con propiedad.

Iniciaron el siguiente tramo en seguida, hasta que vieron Queralbs a lo lejos. Las casas del pueblo aparecían clavadas en la roca, apiñadas bajo los tejados de pizarra, y un sol tímido intentaba abrirse paso entre una nube de niebla espesa que daba un aire irreal e inquietante al conjunto, construido en torno a la iglesia medieval. Enrique se detuvo.

—¿Qué pasa?

Bajo el camino se abría una explanada donde acababan de construir la estación que uniría el tramo bajo con los tramos altos del cremallera, y en medio del descampado había aparcado un coche negro y brillante como un escarabajo al sol.

—¿Te gustaría montar?

Abrió la puerta del conductor con una reverencia teatral.

—¿Quieres conducirlo? ¿Te ves capaz de hacerlo?

La reacción de Juana fue inmediata, un sí contundente. Durante los siguientes minutos recibió una breve lección sobre los pasos básicos que había que seguir para gobernar aquel elefante mecanizado y dominar su mecanismo. Una vez localizados el embrague, el acelerador, el cambio de marchas y el freno, se puso al volante, con Enrique de copiloto. Conducir por un espacio mínimamente seguro le pareció una diversión tan excitante como esquiar.

Estuvo dando vueltas a la explanada durante unos minutos, con la ventanilla totalmente abierta y el viento golpeándole la cara, bajo la constante atención de Enrique, que se daba cuenta de que no le hacía demasiado caso y aceleraba de verdad. En algún momento, él dijo:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella frenó de golpe dando un volantazo, y el coche derrapó un poco. No estaba asustada; solo tenía el rostro ardiente por la excitación y aquellas palabras que daban vueltas en su cabeza.

—¿Lo dices en serio?

—¿Quieres que te lo pida como príncipe de Arabia?

—Eres muy mal actor...

Se abrazaron en silencio, como dos amantes furtivos.

Más tarde se acercaron a Ribes en aquel lujoso automóvil. Ella se sentía un poco incómoda, probablemente a causa de su ánimo revuelto o porque creía que, si la gente del pueblo los veía llegar en aquel coche, repararían demasiado en ellos, y le pidió a Enrique que aparcase en las afueras.

Caminaron cerca del castillo de Sant Pere, en dirección al centro. Y al llegar al bar de la plaza, se sentaron bajo los plátanos a tomar un refresco. En algún momento impreciso, él le cogió la mano.

—Si quieres, podemos ir a ver a tus padres.

—Todavía no, quiero esperar un poco.

No quería precipitarse.

—Algún día también tendrás que conocer a los míos.

De regreso, se quedaron un rato en el coche. La luz del atardecer era rosada, con destellos amarillos parecidos a los del martagón, el lirio de los Pirineos. Juana había cerrado los ojos y se había dejado llevar por la suavidad de los asientos de piel y el perfume de Enrique, que apuntaba a esencia de madera y a alguna otra sustancia potente, tal vez almizcle o bergamota, que se mezclaba con el olor limpio de lavar los platos de sus manos. Se había adormecido con el traqueteo del vehículo, la cabeza sobre la espalda de Enrique, y entreabrió los ojos para mirarle. Él conducía, el perfil sereno, la frente alta bajo la escarolada mata de pelo, la nariz angulosa, el rostro bien afeitado.

La reanudación

Una tarde tuve una sospecha... En aquel momento, yo supervisaba el trabajo de los ferroviarios que allanaban el terreno para colocar las traviesas de la vía. Me habían llamado porque faltaban piezas y tornillos y había que tenerlos aquel mismo día si queríamos terminar bien el montaje. Recuerdo que me di la vuelta para dar la orden de que fueran a buscarlos y vi a un hombre subido a una roca, a lo lejos, al otro lado de la montaña. Nos separaba el río y el agua helada que se estaba fundiendo bajo el sol. Entonces me llamó un obrero para decirme algo, y cuando volví a mirar para ver si aquel individuo aún seguía allí, ya había desaparecido.

—¿Te sentías vigilado?

—No, aunque aquel día lo dudé un poco...

—¿Y...?

—No supe quién era ese hombre hasta más adelante... La presión para terminar la obra era tan grande que solo podía concentrarme en eso. Al acabar el túnel, el director me pidió que me responsabilizara de colocar las vías en la parte baja... Las piezas del carril eran de tipo *vignole*, pesaban veinte kilos por metro y exigían una gran precisión de movimiento a la hora de moverlas... Yo no estaba para gaitas, y durante muchos días ni siquiera pisé mi despacho; me pasaba horas y horas al raso supervisando el transporte.

»Cuando ya estuvo todo encarrilado, los obreros se sublevaron. Trabajaban entre doce y catorce horas diarias, y exigieron hacer la semana inglesa de ocho: querían cobrar las horas extras al doble de su precio.

—Con ese horario se comprende que amenazaran con declararse en huelga...

—Por ahí no paso —dijo con un gesto de la cabeza—. Todos habían aceptado las condiciones de trabajo. Íbamos justos de tiempo y trabajábamos al límite de nuestras posibilidades; por lo tanto, no tenía demasiado sentido hacer huelga... Era un trabajo duro y mal pagado, como muchos empleos de la época... No te creas, yo mismo defendí un aumento de sueldo ante el consejero delegado, pero no era una situación fácil de resolver...

»Al final se declararon en huelga y vino el gobernador civil para parlamentar con los representantes de los trabajadores, porque tenía las de perder si los obreros de las fábricas textiles secundaban la huelga. Y como no había demasiadas alternativas, la compañía aceptó aumentar los sueldos una peseta por hora a los peones y una y media a los mineros.

—Y aquel individuo sospechoso, ¿quién era?

—Un día, al volver a mi despacho, me encontré con un hombre armado y me pareció identificar al desconocido que había visto desde lejos... Resulta que el administrador había contratado a un vigilante de seguridad para extremar el control. Se justificó diciendo que era una decisión que venía de arriba y que no habían avisado a nadie en concreto... Yo no me lo tomé demasiado bien, la verdad.

—¿Te sentiste cuestionado?

—No, no es eso. La intención era buena; había que vigilar la obra, incluidos todos los que trabajábamos en ella y también las entradas y salidas de las oficinas para evitar más problemas, pero me molestó que ni el administrador ni el director me lo hubiesen dicho. De todas formas, yo prácticamente no iba a las oficinas, estaba pendiente de otros asuntos que para mí eran más importantes.

Volvió la cabeza ligeramente, con la papada colgando, y señaló la foto del viaducto.

—¿Se terminó a tiempo?

—A finales de primavera ya estaba completamente construido. Recuerdo que lo recorrí a pie; lo había visto crecer a medida que pasaban los días, pero al contemplar aquella espectacular obra totalmente acabada sentí un escalofrío en la espalda... Aún sigo admirándola: fíjate en las columnas y los arcos que marcan la verticalidad del conjunto, interrumpidos por el plano horizontal de las vías... Sigo pensando que son un ideal arquitectónico de funcionalismo y racionalidad.

Había apoyado la cabeza en el respaldo de la butaca y cerró los ojos durante un momento. Estaba visiblemente concentrado; debía de resultarle placentero dibujarlo mentalmente.

—¿Crees que es un error buscar el impacto estético por encima de las cuestiones prácticas?

—Depende del tipo de edificaciones de las que estemos hablando... Soy un hombre práctico; opino que las formas siguen a la función, pero el arte y la ingeniería pueden ir de la mano y ser bonitos sin necesidad de adornarlos de manera superflua... No es necesario hinchar las obras; a menudo, lo más sencillo da mejor resultado, como el grano de mostaza del evangelio.

Una vez más, la abrumadora lógica del abuelo Enrique, salpicada de parábolas que había aprendido sudando a mares en las clases de religión de los jesuitas... Su fragilidad senil, que evidenciaba el temblor de las manos, contrastaba con aquella capacidad de razonamiento, que era tan firme como lo había sido su cuerpo en otros tiempos.

—No te preguntaré cómo has llegado a estas conclusiones...

—Haces bien, porque estaríamos aquí hasta mañana.

Colocó la mano sobre la rodilla, hablando en voz baja como si estuviera conspirando.

Verano en Nuria

La red de conocidos que mi abuela había establecido a lo largo de los años era sorprendente, y aún más la composición amplia y variada de los perfiles; su agenda tenía como protagonistas a una gran diversidad de mujeres de todas las edades.

De vez en cuando nos interrumpía alguna llamada para concertar una visita que pasaba a la cola de espera. Una tarde vino a saludarla una esquiadora profesional del club de esquí alpino, presidenta de un colectivo feminista, que la invitaba al acto de presentación de un libro. En otra ocasión se presentó una profesora de la cárcel de mujeres de Wad-Ras con la que mi abuela, a sus ochenta y nueve años, había colaborado en varias charlas hablando de su experiencia vital.

Después de cada visita nos servíamos una copa de vino y retomábamos la conversación. En más de una ocasión, yo me retrotraía a mi infancia, a los tiempos en los que mi cuerpo de niño podía pasar de pie a través de la ventana abierta de un pasillo secundario para mirar por el patio de luces que servía para iluminar la parte más oscura del piso.

De pequeño no me gustaba ver a mi abuela peinada de aquel modo estrafalario y rodeada de sus fetiches. Entonces ya me parecían antigüedades de museo: los esquís del año de la pera, fabricados con madera de roble, con correas y fijaciones, y todos esos extraños *souvenirs*. Tampoco entendía por qué recibía a tanta gente en casa.

A mis ojos, todo aquello eran excentricidades, y sentía un poco de vergüenza cuando iba a visitarla. Me inventaba excusas para que no me acompañara ninguno de mis amigos, por miedo a que se les escapara la risa y se cachondearan de mí durante todo el día. Mi padre también era rarillo; tenía muchas manías y no se quitaba los elásticos ni para sentarse en el sofá, lo que hacía rabiar a mi madre. Nos gustaba *La víbora negra*, y a veces veíamos episodios de *La mujer biónica*, que se enfrentaba a misiones imposibles. En aquella época aún no habían nacido los Simpson y yo era una especie frustrada de capitán calzoncillos, un crío a veces travieso, pero también tímido: me ponía rojo como un pimiento cuando me obligaban a recitar un poema delante de todos o cuando la abuela me llamaba la atención.

Con el tiempo, mis recuerdos han adquirido otro sentido. Como adulto que soy, tengo cierta experiencia en situaciones límite. He pasado por el campo de minas universitario, he trabajado en las catacumbas de un museo y alguna mujer como Iliá me ha dado con la puerta en las narices. Ahora, con la perspectiva de los años, me aventuro a decir que mi abuela se habría adaptado muy bien al siglo XXI, porque era una mujer de carácter abierto y con un espíritu libre. Esto no puede decirlo todo el

mundo, ni siquiera uno de esos *hackers* que aún van con la cáscara pegada al culo y, a veces, se apuntan a los chats de webs racistas e intolerantes que no respetan el derecho a la diferencia.

24 de junio de 1930

Estamos en San Juan y hace buen tiempo. El invierno es largo, y puede haber heladas hasta San Pedro, pero la nieve ya se ha fundido, las fuentes manan con abundancia, el sol pica y baja mucha agua fresca de la montaña. Me gusta escuchar el rumor endiablado del río; va tan lleno que apenas puede absorber las aguas del deshielo que provienen de los torrentes. Los prados verdean y todo florece. Ahora crecen fresas en las orillas de los torrentes, los lirios amarillos despuntan, los claveles de San Antonio aparecen en los claros y las matas de rododendros se extienden como una alfombra rosada por la montaña. Las puedo ver mientras pongo las mesas, me alegran la vista. De todas formas, no tengo toda la alegría que quisiera; amo a Enrique y sé que puedo ser feliz a su lado... Pero, si me siento tan bien con él, ¿por qué aún no estoy del todo segura de dar el paso definitivo? Quiero casarme con él, y al mismo tiempo pienso que no es necesario apresurarse, y le voy dando largas. Él lo tiene muy claro y no entiende por qué me inquieto. A veces creo que tengo miedo de dejarme querer o quizás de enfrentarme a su familia. He sido sincera con él, se lo merece. Le he pedido un poco de tiempo antes de conocer a sus padres. Sé que es un riesgo... Seguro que quieren a una heredera con fortuna para su hijo... Ya llegará el momento; debo confiar, y no quiero precipitarme.

—¿Qué es el rododendro?

—Un arbusto que florece mucho.

Me había quedado con la duda y perseguí la palabra entre las páginas y los diccionarios *on-line*. Hojeando páginas, apareció finalmente lo que estaba buscando: rododendro o azalea, un arbusto de montaña, conocido también como *rosa de los Alpes*.

1 de julio de 1930

Esta mañana, mosén Antoni nos ha dicho que tendremos un director, que a él ya no le corresponde tanto trabajo, y que cuando acaben las obras del nuevo hotel tendremos que limpiarlo todo... ¡No te digo nada del trabajo que nos espera! Justamente ahora que acaba de empezar la temporada de verano y la hospedería está hasta arriba. Y encima han llegado unos cuantos criados seminaristas que trabajarán como camareros. Lo más seguro es que no sepan ni colocar un tenedor y tengamos que enseñarles a servir.

Ahora servimos muchísimas mesas, cada día llega más gente para visitar el santuario, y tenemos que prepararnos... Pronto vendrán las mujeres y los hijos de los directivos a pasar las vacaciones. Enrique se ha reído cuando, medio en broma, le he dicho: «Espero no tener ninguna sorpresa, a ver si en Barcelona tienes alguna de la que no tengo noticia...».

Desde mediados de junio se hospeda entre nosotros un herbolario. Parece un hombre afable; viste con mucha sencillez, como un excursionista pobre, con alpargatas y un zurrón de piel de cordero. Durante el día recorre la montaña y recoge flores y hierbas medicinales. Hoy me ha enseñado los ramos de camomila que llevaba y también las flores de hierba hepática y de genciana, que es amarilla como el sol. Esta es buena para combatir la fiebre. Yo solo conozco bien la hierba de San Juan, que mi madre utilizaba para las quemaduras y las picaduras de mosquito. Digo mal: también reconozco la hierba tora, que crece recta como un cirio, con racimos de flores azules. Mi padre la llama *matalobos*, porque es muy tóxica, aunque no más que las víboras. El herbolario dice que él sabe cómo quitarles el veneno. Qué grima.

Ayer, paseando por el camino de Finestrelles, cuando ya había recorrido un buen tramo, vi una manada de rebecos en una colina. ¡Qué animales tan esbeltos! Me gustaría verlos en libertad, campando tranquilamente por la montaña, antes de que lleguen los cazadores.

3 de julio de 1930

Por la tarde, durante la hora que tenía libre, me he encontrado con un pastor. Bajito, arrugado por el sol, con la pipa encendida y la barretina calada hasta la frente. Se veía sosegado, con el talante de tomarse las

cosas con calma, como Met de Ribes, de quien se cuenta que bajó arrastrado por una riada tan tranquilo, como si nada. Me ha dicho que llevaba el rebaño a pastar a Coma de Vaca y que cantarían una *Salve Regina* a la Virgen para que protegiera el ganado... Tenía muchas ganas de hablar y me ha gustado escucharle. Si supiera que el primer día que trabajé aquí entré en el santuario para dar las gracias... Creo que la fe mueve montañas... Le he visto salir acompañado del perro pastor, caminando a paso ligero, y me ha recordado a mi padre.

5 de julio de 1930

Ha venido a comer mosén Bonaventura, el cura custodio del santuario. A la hora del café me ha pedido azúcar cande, y cuando se lo servía, ha dicho: «Usted, Juana, nunca va a misa». Me ha molestado que me lo dijera, y, claro está, también he sido rápida en contestarle: «¿A qué hora dice usted la misa?». Y él: «A las doce». «Pues hágalo a las siete de la mañana.» Y él: «A las siete no puedo». «Pues yo a las doce tengo que servir en el comedor; es mi obligación, tengo que ganarme el sueldo.»

Me ha mirado con sorpresa; no se debía de esperar que le contestara eso. Le he dejado de piedra, pero después me ha sabido un poco mal habérselo dicho... Más tarde, mientras estaba paseando, me ha llamado. «Vaya por Dios —he pensado—, te va a echar un sermón...» Pues no, señor, va y me dice: «Ya sé que usted no va a misa pero es devota». Y me ha regalado unos rosarios. Tiene razón: algunos solo van a misa a lucir sus galas.

7 de julio de 1930

Ya se ha acabado la tranquilidad. Hoy ha sido un día terrible, vaya ajeteo. A media mañana han llegado las mujeres de los directivos. Han subido con Rosalía, una arriera de Queralbs que se gana la vida transportando gente con unas cuantas mulas viejas. En esta ocasión ha venido acompañada de otros dos arrieros, y entre las mujeres, los niños, las niñeras, las maletas y los baúles, la cola era tan larga como la de una procesión; han tomado el camino hacia el santuario, alineadas como abejas, con Rosalía al frente, con la camisa ceñida al pecho y la cara ardiendo por el cansancio del ascenso. Gritaba: «¡Hala, vamos, espabilen!». Está claro que estaba de mala leche.

Después he conocido a las mujeres, a las que acompaña una numerosa chiquillería. Han subido a las habitaciones con el equipaje, y a la hora de comer han venido a saludarlas sus maridos. Primero he pensado que iríamos de cabeza, pero no. Son educadas, pero tienen unos niños malcriados que arman mucho alboroto. ¡Vaya críos! Solo se comportan bien si les riñen, y no siempre, porque tampoco les hacen caso a las niñeras... Qué quieres, si son unas niñas con cara de pánfilas... ¿Qué autoridad pueden tener? Cuando estaban en el salón tomando café, aquellos mocosos han dejado el comedor patas arriba. He perseguido a uno que ha desperdigado las servilletas por el suelo; se merecía un buen pescozón. Luego he sabido que es el sobrino del contable de las oficinas. Si algo bueno tiene el hecho de que hayan venido todos estos familiares es que está claro que Enrique no me ha engañado y que su compromiso es firme. Últimamente nos vemos poco. A veces no viene a cenar y me inquieto. Tengo la sensación de que tiene algún problema que lo preocupa. Hoy me ha dicho: «Cuando te veo, me pongo de buen humor», y me ha empujado detrás de la puerta para abrazarme.

Por la noche, las mujeres se han arreglado mucho, con collares de perlas y unos sombreros bien ajustados: entre el fieltro y el pelo no cabía ni una aguja. Llevan faldas de cintura baja como las que están de moda en Francia. Se han pasado la mitad de la cena hablando de la tela de rayón y de los modistos que las visten, que si un tal modisto Rodríguez, que ha abierto tienda en Barcelona, y otros que preparan modelos exclusivos para el almacén de Santa Eulalia... Todas visten ropa de alta costura, y yo tengo que conformarme con un vestidito de algodón y sanseacabó.

9 de julio de 1930

Nos acucia el trabajo. Servimos el triple de comidas y cenas que antes, y además tenemos que aguantar el revuelo de los albañiles. Lo ensucian todo con salpicaduras de cemento y cal. Tienen prisa por acabar el ala nueva del hotel que dependerá del hotel Victoria de Barcelona, a ver qué pasa... Hoy hemos empezado a trabajar a las órdenes del señor Gómez, que dirigirá el comedor provisionalmente. Me han dicho que es buena persona; esperemos que tenga claro lo que hay que hacer.

Esta tarde me han dado una sorpresa. Al acabar el servicio de la comida, las niñeras se han llevado a los niños y la mujer del consejero delegado, que es muy educada, me ha dicho si quería acompañarlas a tomar un café en el salón. Yo no sabía qué hacer y al final he aceptado porque ha insistido mucho. Creo que el primer día me llevé una impresión equivocada de ellas por la forma en que hablaban... Pensándolo bien, a veces yo

también hablo en vano, y no siempre digo lo que querría... Puede que las juzgara mal. Me tratan bien, son correctas y amables.

Me han preguntado si me gusta mi trabajo. Claro que sí, pero quiero viajar. Y no creo que esquiar sea un deporte de hombres... Hemos conversado un buen rato y me han contado cómo es su vida. Son madres de cuatro o cinco hijos. Me han cogido confianza y una de ellas, cuando estábamos a solas, me ha confesado que tiene problemas en su matrimonio, pero debe aguantarse. Ha sido un momento triste. Por lo que ha dicho, lo tiene todo para vivir bien: una casa lujosa, dos criadas, una niñera y joyas, pero se ha casado porque era lo que debía hacer, o, si estaba enamorada, ya se ha desengañado.

Más problemas

—Aquel año parecía que habíamos reñido con la buena suerte, pero no podíamos dejarnos vencer por el desánimo... En verano tuvimos otro susto.

Hacia media tarde, Enrique estaba ordenando un cajón del escritorio cuando alguien golpeó la puerta de su despacho y, al momento, un sonido impaciente que reconoció en seguida como la voz del ingeniero Jeremías lo puso en alerta. Y cuando las bisagras de la puerta chirriaron —les hacía falta un buen repaso de aceite— y entró su compañero, visiblemente nervioso, supo que había ocurrido una desgracia. Jeremías se quedó mirándole con unos ojos que no paraban de moverse y una mueca de angustia en los labios.

—Se, s..., se ha hundido el puente del Cremal... Solo faltaba esto...

Había dejado salir las primeras palabras al vuelo, aturullándose bastante, mientras se quitaba la gorra para dejar libre una frente prominente.

—¿Hay heridos?

—No, que yo sepa.

Aquel diálogo entrecortado se interrumpió y Enrique reaccionó deprisa, disparado por la urgencia. Se levantó de la silla y cerró el cajón entreabierto de un puntapié, consciente de que tenían un problema de cierta importancia.

—¿Lo sabe el director?

—No está...

Jeremías le confirmó que el ingeniero Luna ya estaba de camino hacia el lugar indicado, pero eso no lo tranquilizó demasiado. Quería llamar al director desde la centralita; insistió unas cuantas veces, sin resultado. No pudo localizarlo; lo más probable era que estuviera atendiendo compromisos pendientes en Barcelona y no regresara hasta el día siguiente, tal y como acostumbraba a hacer una vez al mes.

El secretario del señor Fenech tampoco estaba en su despacho. Pensando en no perder ni un minuto más, salió a tanta velocidad de las oficinas que ni siquiera tuvo tiempo de ponerse el sombrero y tropezó con el vigilante en la puerta.

Bajó por el camino de herradura, dejando atrás a los obreros que trabajaban con la gorra medio girada, sudorosos bajo el calor del sol, y una hora más tarde llegaba al puente del Cremal. El sonido de los grillos resonaba entre los pinos, apropiándose de la montaña, y a pocos metros de la edificación vio las piedras desencajadas, el arco descalzado del puente, vencido por el peso, y un montón de escombros por el que se

esparcía el polvo del material deshecho.

El ingeniero Luna estaba dando órdenes a los ferroviarios para que empezaran a desescombrar, en el tono expeditivo de quien se ve obligado a dirigir una tarea de rescate sin perder los nervios. Los obreros parecían exánimes y Enrique lo atribuyó a una única causa: debían de haber llegado a un punto límite. El estado de ánimo de preocupación flotaba en el ambiente y parecía haberlos contaminado a todos. Justamente por esa razón se persuadió a sí mismo de que debía mantenerse sereno y mostrarse más firme que nunca.

Unos minutos más tarde se había puesto al servicio de la necesidad dirigiendo una brigada de hombres que cargaba piedras en las vagonetas de la vía provisional con la finalidad de reaprovecharlas.

Al cabo de un rato llegaron Sixto y un capataz de calva rojiza, y también se sumaron al trabajo de desescombro. El encargado iba a su aire, dando órdenes a los hombres con una autoridad que a Enrique le parecía excesiva.

Pasaron unas cuantas horas trabajando en el puente y llegaron a la hospedería cuando ya era noche cerrada.

—Hemos tenido suerte de que nadie haya salido herido.

—Es una lástima que hayamos perdido el puente viejo... No entiendo cómo ha podido derrumbarse.

Él y el ingeniero Jeremías eran de la misma opinión.

—Era demasiado estrecho. Es posible que construyendo otro salgamos ganando —dijo el arquitecto Duran.

Sixto estuvo de acuerdo, pero él no.

—No veo por qué. Disponíamos de la anchura suficiente, y eso retrasará el trabajo; además, supone un gasto imprevisto.

—¿Qué te parece lo que he escrito?

—Se acerca a lo que ocurrió.

El abuelo seguía arrellanado en la butaca. Durante unos segundos fijó los ojos en las manos, observando su temblor, como si quisiera convencerse de un hecho indiscutible: habían transcurrido muchos años desde aquello y ya casi nadie lo recordaba.

Cuando levantó la mirada, tenía el aire indulgente de siempre, que era una particularidad de su carácter conciliador.

—Es verdad que algunos de los nuestros opinaban que el hundimiento del puente era una ventaja... A mí no me lo pareció... Además, la gente nos criticó bastante; incluso acusaron a la compañía de haber «asesinado» el puente medieval, que era un modo de decir que habíamos dejado que se cayera. De todas formas, creo que tenían algo de razón.

—¿Por qué?

—Probablemente hubo cierta negligencia.

—¿Por parte de quién?

—Que quede entre tú y yo lo que voy a decirte: siempre he pensado que, cuando los obreros se declararon en huelga, hubo algunos descuidos. Seguramente no apuntalaron suficientemente bien la construcción, y eso debió de favorecer el hundimiento del puente... Fue otro momento difícil, pero nunca perdí la confianza. La obra debía seguir adelante fuera como fuese. En aquel momento teníamos a mil doscientos hombres trabajando a destajo; había que avanzar deprisa y superar todos los obstáculos.

»A veces, las preocupaciones me quitaban el sueño y daba vueltas en la cama hasta el amanecer. Cuando empezaba a clarear, me levantaba con la obsesión de revisarlo todo. Era una buena hora para visitar la obra. Todo estaba tranquilo; solo me encontraba con alguna brigada de ferroviarios que trabajaban de noche... Me gustaba ir a esa hora; por todas partes se oía el rumor del agua del río precipitándose hacia abajo... Hacía el control y luego me encaramaba a la peña para admirar el paisaje.

—¿Volvisteis a tener problemas con los pedidos?

—Un día, Rafael Roca, el contable de las oficinas, me llamó a su despacho a primera hora. Estaba furioso porque habían vuelto a forzar la cerradura del archivo durante la noche, mientras el vigilante dormía. Ya puedes imaginarte cómo me lo tomé... Si él estaba indignado, yo lo estaba aún más... Desde el primer momento supe qué se habían llevado. El batiente del armario estaba abierto y habían vaciado unas cuantas carpetas... En seguida se confirmó mi sospecha: faltaba el talonario de los pedidos falsificados. Rafael no daba crédito a lo ocurrido. Me pidió mi opinión, y yo le dije que creía que habíamos cometido un error ocultando la situación al director.

»Él hizo oídos sordos y dijo que se arrepentía de no haber actuado con más astucia en aquel asunto. Le di la razón sin involucrarme en exceso, porque no quería cargar con una responsabilidad que no me correspondía.

»La situación había cambiado, te lo aseguro... No tener aquella información comprometida me dejaba sin ninguna prueba del delito; aunque yo conservara el albarán original, ya no tenía con qué compararlo. El ladrón o los ladrones sabían muy bien lo que hacían y habían actuado en el momento oportuno, después de muchas semanas, cuando habíamos bajado la guardia. De todos modos, tanto el contable como yo coincidimos en que aquellos hechos no podían quedar impunes, fuera quien fuera el impostor.

»Nos vimos obligados a contárselo al director general; discutimos si era conveniente contratar a un detective privado o comunicárselo a la Guardia Civil... Si quieres que te diga, yo estaba muy decepcionado; me parecía que no habría modo de saberlo. Además, tampoco podíamos tomar medidas que fueran realmente útiles.

Las amigas de Alsacia

La abuela Juana había desperdigado unas cuantas fotos encima de las mesas y las desplegó con calma.

—Las guardo desde hace muchos años... Quiero que las tengas tú.

Las miré por encima. En una de ellas estaba abrazada a Enrique, con las mejillas tensas, la barbilla redondeada y los ojos brillantes como la llama de una vela. La comparé con la Juana que tenía frente a mí, aquel busto lleno de grietas sólidas, como la estatua de una diosa erosionada por la batalla de los años. A pesar de eso, era evidente que había sido una mujer muy guapa.

—Cuando haga años que Enrique y yo ya no estemos y hayas terminado la historia que quieres escribir, ve a ofrendar una foto de los dos y una de mis amigas francesas al santuario de Nuria... A mí me costaría decidirme; escógela tú, que estás más fresco...

Fresco, sí, y aún sigo igual quince años después, con cara de ánfora vesubiana y solo como un caballero andante. Ella insistió:

—Prométeme que lo harás.

Qué remedio, cualquiera le dice que no.

—¿Te estás leyendo el cuaderno? ¿Has llegado a septiembre de 1930?

—Sí.

2 de septiembre de 1930

Durante el mes de agosto no he tenido tiempo ni para respirar. Hasta ahora hemos ido con prisas y de cabeza, pero desde que las señoras y la chiquillería se han ido hay mucha más calma. De todas formas, no puedo decir que esté del todo tranquila.

Enrique tiene demasiado trabajo. Están instalando la línea eléctrica y dentro de poco, en diciembre, a más tardar, estará terminada toda la vía. De momento, la gente aún tiene que subir un tramo a pie. Incluso así, han venido muchos visitantes a celebrar el día de San Gil, la fiesta mayor de Nuria. Es bonito ver avanzar a los grupos de gente. Este año se han sumado a la fiesta visitantes y clientes del hotel que se quedarán toda la semana.

Ayer, en la verbena, comimos gachas y pan bendito. Encendimos una hoguera y todos bailamos alrededor de las llamas. Luego, todo el mundo se quedó boquiabierto con la procesión de los pastores. Es sencilla, como todo lo que hacemos en la montaña, pero muy sentida, porque los pastores engalanan la imagen de la Virgen con acebo y claveles.

Cuando toda esta multitud se haya ido, volveremos a la normalidad y luego podré ir a visitar a mis padres; ya tengo permiso para hacerlo. Algún día les explicaré que soy la novia de un ingeniero auxiliar del ferrocarril.

10 de septiembre de 1930

Mi madre ya sabe que estoy enamorada. Al final se lo he dicho; se ha puesto muy contenta y me guardará el secreto por un tiempo. Algún día tendremos que contárselo a mi padre; hemos decidido que será en Navidad. Después de estos días de fiesta ansiaba reencontrarme con Enrique. Nos hemos visto un rato

después de comer. Me ha abrazado con fuerza y he pensado que no quiero otro amor que no sea el suyo. Cada día que pasa, nuestro árbol crece más fuerte y frondoso, como uno de esos pinos negros tan resistentes que lo aguantan todo, el calor del verano, la nieve y las heladas. Siento que nuestro amor es una casa acogedora. Querría echar raíces en este sentimiento, quedarme en él para siempre. Pero no sé si basta con el amor para ser feliz. ¿Quién sabe? Tenemos un vínculo muy fuerte, muy nuestro; eso debería ser suficiente para resistir los problemas que vengan, incluso la rutina que dicen que mata a los matrimonios... Sigo pensando que no debemos casarnos todavía; aún nos queda mucho campo por recorrer.

17 de septiembre de 1930

Enrique dice que ya es hora de que conozca a sus padres. Llevamos medio año de noviazgo y algún día deberemos comprometernos oficialmente. Él no tiene dudas... Hoy, Modesta me ha atacado en la cocina: «No es necesario que lo ocultes, porque todo el mundo lo sabe». «¿Y qué?», le he contestado. Me da igual. La verdad es que no me gusta que hablen de nosotros, pero eso es difícil; seguro que deben de cotillear, porque la gente es muy chismosa...

Enrique me quiere y me lo demuestra todos los días. Es el marido que mi madre querría para mí, un hombre cumplidor que no tenga vicios ni sea un agarrado. Él siempre hace gala de generosidad... ¿Acaso puedo desear un padre mejor para mis hijos?

—La inexperiencia obliga a dar muchas vueltas innecesarias... Al final supe escoger a Enrique: era la mejor elección para mí... Mi vida no ha sido fácil, pero con él he vivido feliz, y no me puedo imaginar qué vendrá ahora. Quiero confiar en que todo irá bien, que aún nos queda un tiempo para estar juntos...

Un desconocido

—¿Señor Solé?

—El mismo.

—¿Puedo hablar un momento con usted? Tengo algo que comentarle.

El hombre de mediana edad que le había salido al paso cuando acababa de despedirse de Pepito se quedó mirándole. Tenía un tic en los ojos y la voz rota.

Enrique le detectó un brillo inquieto en la mirada y comprendió que era necesario encontrar un sitio tranquilo. El despacho quedaba lejos y pensó en refugiarse en el coche.

Estaban en Queralbs. Ya habían terminado el trazado de toda la línea férrea y los obreros lo estaban celebrando con una fiesta. La empresa constructora había aceptado correr con todos los gastos de los actos: un concierto con orquestina, una comida y un baile al que asistirían muchachas que se trasladarían desde diferentes poblaciones de la comarca en un autobús alquilado por los organizadores. Se suponía que todas aquellas candidatas estarían dispuestas a bailar con los trabajadores, cumpliendo un requisito que, sin ser explícito, se daba por sentado.

Debían de ser aproximadamente las seis de la tarde, y unos cuantos hombres, expertos en explosiones de poca carga, estaban preparando un castillo de fuegos artificiales que daría paso al baile de noche en el pueblo.

Hasta entonces, Enrique había saludado a muchos capataces del tren y a obreros que le conocían. Le parecía recordar la cara de aquel desconocido. ¿Lo tenía presente porque lo había visto aquella mañana? En seguida se puso en alerta, pensando qué querría. Era evidente que estaba nervioso; había hablado en voz baja, procurando que la breve conversación que ambos acababan de mantener fuera imperceptible para los que estaban a su alrededor. El comportamiento de aquel individuo le hizo especular con la idea de que quisiera confesarle algo que le afectara personalmente. No le apetecía escuchar según qué cosas. Al día siguiente, a primera hora, tenía que estar en la estación de Ribes; estaba previsto el primer trayecto en locomotora hasta el santuario. No era un viaje oficial, pero él debía estar al lado del resto de los ingenieros auxiliares.

—Vamos.

Hizo un gesto rápido y se adelantó en dirección al descampado donde había aparcado su Fiat nuevo y flamante, del cual se sentía más que orgulloso. Se sentaron cómodamente en el coche, el desconocido en el asiento del copiloto, el rostro tenso, aún en silencio.

—¿Quién es usted? —lo abordó.

No estaba seguro de que lo que iba a explicarle aquel hombre fuera a gustarle demasiado ni tampoco que se tratara de una información importante. Si ese era el caso, solo había que abrir la puerta del vehículo y, a ser posible, despedirlo amablemente.

—Me llamo Fernando, y hasta hace poco trabajaba de escribiente en la empresa constructora con la que ustedes tenían un contrato el invierno pasado... Sé cosas que creo que le interesan.

—No me venga con historias, y, sobre todo, que las cosas que va a contarme sean ciertas; tengo buena relación con la policía.

—Disculpe, señor Solé. Usted no me conoce de nada, y comprendo sus dudas...

—Vaya al grano.

—En la empresa donde he trabajado hasta ahora me encargaba de controlar los pedidos de material que había que servir. Tenía el despacho al lado del de uno de los encargados, que siempre recibía visitas de trabajo... De vez en cuando venía a verlo un hombre joven, y un día escuché una conversación bastante comprometedor... Verá... Fue una noche, fuera del horario normal. Me había quedado a repasar facturas, porque teníamos que cerrar el año y estábamos haciendo inventario del material. Oí que hablaban de un pago importante y entendí que cobraban comisiones por un material que habían servido a la sociedad de ferrocarriles... Lo escuché perfectamente, se lo aseguro. Puede creerme.

—¿Y por qué no lo denunció ante su jefe?

—No sabía si había alguien más implicado y preferí callármelo; llámeme cobarde, si quiere, pero estaba en juego mi trabajo.

—¿Y por qué razón me lo cuenta ahora?

—Me han despedido.

—¿Lo hace para vengarse?

—No, señor, se lo aseguro. Solo quiero que me readmitan o que me reconozcan el derecho a una indemnización. Lo he puesto todo en manos de un abogado.

—¿Y qué más pretende?

—El encargado del que le hablo es quien ha maquinado para que me echaran. Continúa en el mismo puesto de trabajo; sé que está estafando a la empresa y quiero conseguir pruebas... He hablado con uno de sus capataces, que me conoce muy bien...

—¿Pepito?

—Sí, él sabe que soy de fiar. Estoy casado con su prima; puede preguntarle lo que quiera sobre mí... Yo quería que fuera él el primero en hablarle de todo esto, pero ha preferido que yo se lo contara antes.

—¿Sabe cuál era el material por el que cobraban comisiones?

—Maderas, vigas y también pólvora, señor.

—¿Cómo es el hombre del que me ha hablado? ¿Podría describírmelo?

—Moreno, y siempre iba muy elegante. Sé con certeza que es un capitoste de la sociedad de ferrocarriles.

—¿Cómo lo sabe?

—Pepito me lo ha dicho... Cree que ya sabe de quién se trata... Y es posible que tenga a alguien más que le esté haciendo la cama...

—Con esto no es suficiente. Necesitamos pruebas.

Unas pruebas que no tenían. Le habría gustado no sentir tanta impotencia, y despidió a aquel hombre con amargura, pensando que tenía un testigo que no le servía de mucho. Cualquiera abogado podía alegar que actuaba por resentimiento y que se lo estaba inventando todo. ¿Y Pepito? ¿Por qué había deducido que aquel desconocido, según decía su primo, y esto tendría que comprobarlo, era precisamente...?

Se había pasado noches enteras sin dormir bien, y en más de una ocasión, cuando se encontraba en los túneles, comprobaba las cargas de dinamita y los materiales. Recorría a menudo el camino y se presentaba a pie de obra, por si había que preparar encofrados, pensando en qué material haría falta. Repasaba las provisiones: contaba las maderas, los herrajes y las traviesas que proveían las brigadas, comprobaba que los compresores de aire que accionaban los martillos perforadores neumáticos de acero funcionasen perfectamente y no se gastara ni un litro de más de combustible. Habían traído un tractor de gasolina, pero hacían falta más máquinas, y en una reunión con el ingeniero director decidieron transportar las locomotoras de vapor para ayudar al transporte de materiales. Desde entonces, la jorobada del Fuchs empujaba culos de vagones por la vía provisional de madera.

—Yo estaba preocupado, y además tenía un problema añadido: dudaba de aquel testigo. Ya no confiaba en nadie; estaba obligado a escuchar al administrador de la sociedad y a ponerme de acuerdo con Sixto, aunque ya no le tuviera la misma confianza, porque era él quien daba órdenes al capataz y a los oficiales. Esa era mi cruz.

—¿Eso afectó a tu trabajo?

—No, porque íbamos a por todas y conseguimos batir récords. En otoño, la vía se extendía hasta la central eléctrica de Queralbs... Trabajábamos tanto que en octubre pudimos hacer un viaje en tren hasta la mitad del recorrido. A partir de aquel momento, nuestra moral subió; había cierto optimismo sobre las previsiones de terminar en el plazo acordado... Sabíamos que, si superábamos el reto, todo el mundo hablaría de nosotros. En aquel momento, nuestro ferrocarril era el único del Estado con adherencia y cremallera que funcionaba con tracción eléctrica por corriente continua a mil quinientos voltios y que salvaba mil cien metros de altura...

»A principios de diciembre ya había subido al santuario la primera máquina locomotora de vapor de la que te he hablado, la jorobada, y, al cabo de poco tiempo, lo hizo una eléctrica que tenía una cabina de mando magnífica... Piensa que

salvamos todas las inclemencias del tiempo y que en enero de 1931 ya habíamos extendido toda la línea...

»Vinieron a electrificarla los de la Brown Boveri, una compañía suiza muy innovadora que se había extendido por toda Europa. Eran unos expertos en el tema; habían creado el turbogenerador más grande que se conocía en aquel momento y fueron los promotores del cremallera de la Junfrau, o sea, que sabían lo que se hacían...

Un cambio de vida

—Cuando el señor Gómez me hizo aquella propuesta, no me lo pensé ni un minuto, la acepté de inmediato, porque era mi sueño. El señor Gómez era el nuevo director en funciones; le había elegido el administrador para preparar el camino al que sería el director del nuevo hotel, en el edificio renovado de San Justino que se había utilizado como hospedería... Entró cuando todo estaba patas arriba y los albañiles y los fontaneros trabajaban a destajo... Nosotros estábamos a sus órdenes; era un hombre correcto y muy listo.

»En una primera reunión nos dijo que se había propuesto mejorar los servicios de la casa; nos hizo saber que querían abrir el nuevo hotel antes de marzo y que el administrador del santuario y el obispado ya habían dado el visto bueno. También comentó que pronto empezaría un director que tenía la confianza de los dueños del hotel Victoria, que gestionarían el establecimiento, y que empezarían a trabajar más camareros para cubrir las demandas de nuevos clientes. Nos explicó todo esto y, al terminar, dijo que quería hablar conmigo.

»Me pidió que me sentara. Yo estaba nerviosa, porque él no dejaba de revolver papeles. Y al cabo de un rato me cuenta que el hotel empezará a funcionar en la primavera del año siguiente, cuando el cremallera esté totalmente instalado, que él pasará a ser el responsable de los servicios del valle y que, si todo va bien, habrá que atender a los clientes que vengan a esquiar los días laborables y los fines de semana. Yo aún no sabía a dónde quería ir a parar haciéndome todas aquellas confianzas, y al final me dijo que necesitaban a una mujer joven y con carácter que fuera la monitora de los niños, y que había pensado en mí. Julián le había dicho que yo esquiaba bien y que podía hacer aquel trabajo perfectamente.

»Me alegré de que me lo ofreciera; era lo mejor que podía pasarme. El trabajo de camarera no me desagradaba, pero ponerme los esquís me chiflaba y nunca había podido hacerlo porque no tenía dinero... Las pocas mujeres que esquiaban, además de valientes, eran hijas de papá. Yo sería la excepción. Me sentí privilegiada. Solo pensaba en la alegría que les daría a mis padres... Decidí que se lo contaría cuando hubiese perfeccionado el esquí y cobrara el primer sobresueldo, porque quería estar segura de ello.

11 de noviembre de 1930

Tengo suerte, ahora puedo decirlo. ¿A qué trabajo más bonito puedo dedicarme que no sea enseñar a esquiar? Lo prefiero mil veces a la rutina de servir mesas... Los esquís no me cansan, cada momento es distinto. Cuando pienso en ello, siento una comezón en el estómago, una especie de angustia feliz. Le estoy muy agradecida a Julián por todo lo que me ha enseñado. Ahora un profesor particular me instruye en mis

horas libres; he tenido que corregir algún mal hábito que adquirí al principio. Bajo mejor en cuña y he perfeccionado las diagonales; también subo mejor con escaleta, de lado, con los esquís paralelos. Estas serán las primeras iniciaciones que haré con mis pequeños clientes.

Estoy entusiasmada con mi futuro, esa es la palabra. Tengo ganas de afrontar el cambio; no creo que pueda lastimarme, no pienso en ello. Desde que me bautizaron no me he roto ningún hueso, y espero sobrevivir intacta. Lo pasaré bien con los chiquillos. Y si alguno de ellos es un malcriado, ya lo enderezaré. No me falta carácter para hacer que un mocoso obedezca instrucciones.

Valoro mucho lo que me ha propuesto el señor Gómez; me maravillo al pensar en la suerte que he tenido. Cambiaré de ambiente y no tendré que aguantar las malas caras de Modesta. Seré la monitora de los niños del valle.

Enrique está muy contento por ello. En seguida aprobó mi decisión. Eso es algo que me gusta de él: sabe entenderme mejor que nadie. Me siento orgullosa de él y le estoy agradecida.

—Seguí sirviendo mesas durante un tiempo... Como tenía ganas de ponerme los esquís, miraba con resignación las montañas de platos y vasos que esperaban su turno... Y te aseguro que no conté nada de mi nuevo trabajo a ningún empleado para evitar problemas.

»Esquiaba siempre que podía. Me ataba las correas deprisa, como un lince, y cada vez que me caía al suelo y se me salía el esquí, me lo tomaba a risa. El profesor que había contratado el señor Gómez era un esquiador experto y no quería perder el tiempo. Y yo tampoco; no me daba ninguna pereza coger un par de esquís y subir a la montaña... El profesor se quedó pasmado al ver que cargaba, giraba y hacía diagonales como si nada. Muy pronto pasé de la pista fácil a las vertientes difíciles... Al cabo de un mes ya subía a picos altos como Noucreus, con los esquís al hombro. No me quejé ni una sola vez. Lo habría repetido las veces que hiciera falta para demostrar que podía esquiarse igual que un hombre. No era una cuestión de orgullo ni de honor. Quería conseguir aquel trabajo, y la sensación de libertad que sentía esquiando no se podía pagar con dinero... Me dediqué a ello con tanto ahínco que antes de Navidad ya me sentía capaz de dar clases a los principiantes.

Juego de intereses

—¿Cómo acabó el asunto de los albaranes?

—Yo estaba muy disgustado y tenía claro que tendría que averiguar la verdad por mí mismo. Era una cuestión de dignidad que me afectaba personalmente. Todos nos estábamos jugando mucho en aquel asunto; no se podían sembrar dudas ni difundir rumores sin poder demostrarlos. Lo primero que hice fue asegurarme de que el escribiente con el que había hablado fuera el primo del capataz; se lo pregunté a un topógrafo que conocía bien a la parentela de Pepito. Luego pedí referencias tuyas al dueño de la primera constructora que nos había servido el material. Me confirmó que habían despedido al escribiente a propuesta de un encargado; me dijo que en aquel momento ese individuo ya no trabajaba en su empresa porque había sido acusado de estafa y de cobrar comisiones ilegales a empresas que eran clientes suyos, siempre a través de algún cómplice asociado...

»Ya puedes imaginarte cómo me sentí: todo encajaba a la perfección. Empezaba a tener firmes indicios que quizás nos permitirían denunciar el caso de los pedidos falsificados, apoyándonos en la acusación en los juzgados que ya había hecho la constructora. Podríamos decir que al final tuve suerte...

—¿Conseguisteis inculpar a alguien?

Asintió.

—Un día, Pepito se presentó en mi despacho acompañado de su primo diciendo que tenían una prueba. Aquel hombre se vació el bolsillo del chaleco y me entregó un fajo de papeles... Eran unas cuartillas en las que constaban listas de tantos por ciento sobre materiales que se debían de haber cobrado en comisiones, y una de ellas estaba firmada como recibo... Al momento reconocí la firma...

—¿Era de...?

—Sixto, no había ninguna duda... El primo de Pepito había conseguido aquellos documentos a través de un excompañero que aún seguía trabajando en la constructora; dijo que los había sacado a escondidas de un despacho donde almacenaban los archivos antiguos. Perteneían al encargado inculpado por estafa.

»Aquel día entendí muchas cosas, sobre todo que Sixto no hubiera visto nunca con buenos ojos que cambiásemos de suministrador; por eso había insistido tanto en los argumentos en contra de la nueva constructora, Pallás y Gamandé, que gustaba a la directiva... Él y el otro encargado iban a medias en el cobro de los porcentajes que cargaban a las partidas de material. Y si podían hincharlas, obtenían muchos más beneficios...

Se hizo un tenso silencio. Me lo había contado todo del tirón, sin interrumpirse.

—Ya puedes suponer cómo me sentó la noticia... Me indigné mucho. Le habría partido la cara a ese canalla... Pero al día siguiente teníamos que realizar el primer viaje completo en el cremallera y no podía estropearle el día al señor Fenech ni a mis compañeros de ingeniería... Intenté ocultarlo durante un día, pensando que tenía un confidente a mano y el testimonio del capataz.

—¿Cuándo te enfrentaste a él?

—Al cabo de dos días, cuando el viaje ya había sido un éxito. Lo llamé a mi despacho con la excusa de que tenía que darle una información importante. Le miré cara a cara como quien ve a un cabrón que se ha quitado la máscara de cordero, y en cuanto le lancé la acusación, lo negó todo diciendo que no sabía nada, con ese aire suyo de perdonavidas y desafiándome con la mirada.

»Sin parpadear, le dije: “Da gracias por no echarte del despacho a puntapiés”, y le advertí que el señor Fenech ya lo sabía todo... Lo dije para intimidarlo, para que quedase claro que no estaba dispuesto a tolerarle ni una milésima más de falsedad. Recuerdo que grité: “¡Te has pasado de la raya!”.

—Y él, ¿cómo reaccionó?

—Seguía no dándose por enterado... Y me cabreó tanto que lo agarré del brazo y le restregué aquel albarán arrugado por la cara, llamándole de todo. «Esto no es un desliz, lo has hecho todo premeditadamente... ¿Por qué? ¿Necesitabas más dinero para costear tus vicios? Tengo pruebas contra ti, no me niegues que has actuado de forma ilegal. Eres un traidor y no tienes perdón de Dios... Me has traicionado, eso es lo que más me duele, y has estafado a la empresa... Morder la mano de quien te da de comer es propio de un hombre indigno...»

»Le dije todo esto y más cosas. Y él me juró que no tenía dinero, pero yo estaba seguro de que se lo debía de haber gastado en vino y fulanas. Como remate, tuvo la desfachatez de apartarme el brazo y decirme que hiciera lo que quisiera. Entonces me sacó de mis casillas y lo amenacé con llamar al señor Fenech, y le dije que si seguíamos aquel camino armaríamos un escándalo: él tendría que dar la cara ante el director y el consejero delegado. Para mí, ya estaba despedido. Aún tuvo arrestos para decirme que me arrepentiría. Aquello fue la gota que colmó el vaso... Recuerdo que le di un puñetazo y él me respondió... Y si no llegamos a más fue porque el vigilante de seguridad vino a separarnos.

»Al cabo de unos días, Sixto ya no formaba parte de la plantilla de trabajadores del tren. No te creas, siguió negándolo todo, y nos vimos obligados a interponer una demanda en su contra ante la justicia, alegando que teníamos pruebas y testigos. Aquel mal bicho aún intentó buscar la protección del presidente de la sociedad del ferrocarril, pero no lo consiguió, porque teníamos argumentos suficientes para inculparle en firme.

Mientras me lo contaba, Enrique se quedó con la mano colgando en un ángulo de la mesa, atento a sus propios recuerdos.

—Me sentí muy mal, herido en mi honor. No podía aceptar que alguien que cobraba un buen sueldo y que se había ganado mi confianza hubiese cometido un robo tan flagrante. Y aun ahora solo me lo explico porque seguramente se habría acostumbrado a unos lujos que no se podía permitir.

—¿Te quedaron dudas sobre algún otro trabajador?

—Descubrimos que también estaba implicado en el asunto un responsable de explosivos, ese tal López del que te hablé, y que Sixto lo había untado con dinero... El otro le hacía el trabajo sucio y él falsificaba los pedidos... Después de eso nunca más se produjo otra irregularidad.

Respiró por la nariz. De nuevo, un pitido en el pecho.

—¿Estás seguro de que quieres seguir?

Asintió tozudo.

—Siempre me he preguntado si habríamos podido evitar que murieran dos hombres en aquel fatal accidente si hubiéramos descubierto la estafa mucho antes. Seguramente, la carga de pólvora era mayor de lo que habían querido que creyera y de lo que yo podía imaginarme...

La serenidad que acostumbraba a tener Enrique se enturbió por un instante; clavó los ojos en el infinito. Nada de gran angular. Tampoco estaba escaneando el despacho ni me miraba a mí; no observaba nada en concreto, como si con aquella fijación visual esperara encontrar alguna explicación válida, una posibilidad que permitiera expiar el sentimiento de impotencia que le causaba un hecho que le había costado mucho aceptar.

—Son cosas terribles que pasan, por más que no quieras... Antes trabajábamos sin la seguridad que hoy en día se exige en las obras de construcción; no había mala fe, pero sí más riesgos, porque se requería un gran esfuerzo de mano de obra...

—Se entiende que teníais muchas limitaciones.

Vi que recuperaba su mirada habitual, sin esa sombra de ofuscación.

La inauguración del cremallera

—Será mejor que empiece la dama de Aragón.

Era una vieja broma del abuelo. Decía que, cuando era joven, Juana se peinaba la trenza con un peine de oro, como la protagonista de una canción tradicional muy antigua que había dejado de ser popular desde que existía la televisión, incluso mucho antes. El moño de la abuela había acabado sustituyendo a la trenza, pero el argumento de la broma seguía en pie.

—Aún estoy esperando que me regales el peine —dijo ella—. Habla tú primero. El día que el tren asomó la nariz en el valle estabas eufórico.

—Inauguramos el cremallera los últimos días del reinado de Alfonso XIII, el 22 de marzo de 1931. Yo me conocía el trayecto palmo a palmo; sabía el lugar exacto en el que cambiaban los dos sistemas y cuáles eran las pendientes máximas de la línea. El momento que más recuerdo es cuando cruzamos el último túnel... Habría sido capaz de dibujarlo de memoria sin ningún error y recorrerlo con los ojos cerrados...

—¿Pero no lo hicieron las brujas del Pirineo?

La abuela sabía cómo provocarlo.

Me imaginé al abuelo, setenta años más joven, con los ojos vendados, dentro de una caja metálica abandonada en el punto más oscuro del túnel. Escapaba y aparecía fuera a los pocos minutos, como en un número del célebre mago Houdini. Habría sabido exactamente dónde estaba gracias al trabajo previo que lo había llevado a estudiar la montaña y cada palmo de roca que había que horadar para llegar al punto exacto de salida. Aquello no era un truco de magia, sino el resultado de una obstinación.

—Cuéntame cómo fue el trayecto.

—Éramos unos trescientos invitados y viajábamos en tres convoyes. En el primero, el coche salón, las principales autoridades, el gobernador civil, el ingeniero director, el presidente, el secretario del consejo de administración y los principales accionistas de la compañía, además del obispo de la Seu d’Urgell... El resto de los ingenieros y yo viajábamos en el segundo vagón. Estábamos contentos porque todo había salido bien: la máquina eléctrica tenía una tracción muy suave y el sistema funcionaba perfectamente. Podías admirar el paisaje sin ninguna sensación de incomodidad... Recuerdo el momento en que enfilamos el último tramo de catenaria y vi el valle cubierto de nieve y pensé: «Lo hemos conseguido».

—Yo estaba esperando en el andén, como puedes imaginarte —dijo la abuela—. En principio solo era una camarera, y supuestamente él y yo no nos conocíamos de

nada.

—No la creas, es muy exagerada. Viniste a comer con los invitados.

—Porque el señor Montón, el nuevo director, tuvo la deferencia de invitarme... Tú no me presentaste como tu prometida.

—Pero si tú no querías que lo hiciera...

Me gustaba verlos discutir como dos críos. Siempre habían mantenido aquella especie de juego cuando alguien les estaba escuchando.

—Si quieres te cuento cómo lo vi desde el andén... Tuve que abrirme paso entre la multitud que quería dar la bienvenida al tren. Hasta que no llegó la máquina estaba un poco nerviosa, la verdad... Empezaron a bajar los invitados; a algunos ya los conocía, pero a él —señaló al abuelo— no le vi hasta más tarde, cuando las autoridades habían empezado a desfilar hacia la iglesia con el señor obispo... Yo habría ido con Enrique, pero como lo nuestro no era oficial y ya me había hecho a la idea, me escabullí para ver el coche salón, que era de color beis, con el techo acolchado, manecillas para bajar los cristales de las ventanas y calefacción... Vaya lujo... Me senté en una de esas butacas tan cómodas...

»Por culpa de eso llegué un poco tarde a la iglesia, que estaba a rebosar. El secretario del obispo decía la misa, acompañado del señor obispo, el cura custodio y el administrador del santuario, lo recuerdo muy bien.

—¿Y la comida?

—Tuve la suerte de que las mujeres de los consejeros estuvieran pendientes de mí, porque él no lo estaba para nada...

Señaló a Enrique con un dedo acusador.

—Eres de lo que no hay. Di mejor que eras una *enchufada* del señor Montón.

Mi abuelo bromeaba, pero le había salido una voz lenta de hombre cansado.

—¿Me dejas terminar? —dijo ella tozuda—. El comedor del hotel nuevo se quedó pequeño. Nunca había visto descorchar tantas botellas de champán ni escuchado tantos discursos... Eso sí que me resultó un poco largo.

Enrique la escuchaba con una sonrisa torcida. Me había mirado, y trató de guiñarme el ojo, contradiciendo a la musculatura blanda de la cara, que le daba un aire abstraído.

—¿Opinas lo mismo?

—Me gustó que el director de la sociedad de ferrocarriles, el señor Albó, dedicara un elogio a los obreros. —Luego, dirigiéndose a ella, añadió—: ¿Y no te acuerdas de que ese día recibiste un regalo?

A pesar de la ventaja que le llevaba Juana, el abuelo acababa de contraatacar.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Te llamaron de recepción. ¿Sí o no? —Y, mirándome a mí—: Ahora se hace la despistada...

—Ah, ¿te refieres a ese paquete sin remitente?

—Era una cajita.

—Sí, perfectamente envuelta con papel de seda y un lazo blanco.

—¿De qué demonios estáis hablando?

—¿Acaso no ves que estás mareando a tu nieto? Siempre tienes que salirte con la tuya.

—Perdona, amor mío... —dijo. Y, volviéndose hacia mí—: Aquel día, tu abuelo me regaló el anillo de compromiso y yo acepté... La verdad es que me puso un poco triste no poder caminar a su lado; me habría gustado que me hubiese presentado como su prometida. Ya sé que la decisión de esperar para hacerlo público fue mía, pero, en el fondo, me sabía mal... Y el anillo me hizo llorar de alegría.

—¿Entiendes por qué aún sigo enamorado? Con ella nunca me aburro.

Los tres nos echamos a reír.

—Nos picamos como mosquitos, pero siempre hemos sido muy sinceros el uno con el otro; a los dos nos gustan las cosas claras, por eso nos entendemos.

Al cabo de pocos minutos de haber dicho eso, la abuela salió del despacho y nos dejó a solas.

—Aquel día me sentí tan satisfecho de todo lo que había conseguido...

Al abuelo le apetecía seguir hablando de la inauguración.

—Me he entretenido buscando noticias que salieron publicadas en la prensa... He traído un par de ellas; este es un fragmento de una revista local:

El domingo, día 22, fue inaugurado el tren de Nuria, que sitúa el Pirineo en las puertas de Barcelona, ya que en cuatro horas escasas se puede realizar el recorrido. El día claro y benigno contribuyó a que el viaje resultara agradable para los expedicionarios que emprendieron la ascensión por el desfiladero, acompañados de unos magníficos paisajes: sierras imponentes, precipicios insondables que ponen el corazón en un puño y cascadas impetuosas durante los trece kilómetros del recorrido.

—Y esta noticia es de un diario nacional:

A las doce y media llegaron los trenes al valle de Nuria, cubierto por completo de nieve. A las dos de la tarde se celebró en el nuevo hotel Nuria el banquete ofrecido por la sociedad constructora a los invitados y, al terminar, hicieron uso de la palabra el gobernador civil de Gerona, señor Arias; don Ramón Albó Martí, presidente de la sociedad, y el obispo, doctor Guitart, enaltecendo el esfuerzo realizado por la empresa constructora que, a costa de no pocos sacrificios de todo orden y en un plazo extraordinariamente corto, ha logrado llevar a cabo tan sorprendente obra, que permite trasladarse desde Barcelona al corazón del Pirineo en menos de cuatro horas. Todos fueron muy aplaudidos.

—Aún sigue con la misma prosa ridícula...

Se rio abiertamente.

—Querrás decir ampulosa.

Se secó los labios con el pañuelo. Por un momento, se había quedado sin palabras pensando en algo.

Fin de una etapa

—¿Vamos a la galería? Me apetece un poco de sol.

Antes de que le respondiera se agarró a mi brazo confiada, y no me quedó otra elección que seguirla. Yo habría preferido un escenario más umbrío y resguardado, pero la entrevistada era ella y había escogido uno de sus espacios predilectos; por lo tanto, no hice ningún comentario sobre sus preferencias. Si en la galería hacía demasiado calor, abriríamos el batiente de alguna ventana y listos. Debíamos de formar una extraña pareja. Un guía de museo con pinta de pívot de básquet retirado y una Alicia senil que ha abandonado el reino subterráneo de las maravillas ochenta y cuatro años después de su primera incursión. Con lo menuda que era, a duras penas alcanzaba a rozarme la espalda con la punta de su moño.

Caminamos por el piso guiados por la luz que provenía de la galería, orientada al sudeste. El sol se exhibía tímidamente; aún no había hecho su entrada triunfal y era más tibio y soportable de lo que acostumbra a ser los mediodías de primavera.

Poco después nos sentamos en dos sillas que estaban estratégicamente situadas, al final de la hilera de tiestos con ficus y potos que se entrelazaban alternativamente junto a la pared. Desde aquel sitio veíamos una panorámica interior de la manzana de casas: decenas de terrazas, paredes grises y jardineras con plantas dándose mutuamente la espalda.

Me miró con placidez.

—Me alegro tanto de verte, hijo...

Una frase así, dicha por ella, no dejaba de ser curiosa. Me pregunté si habría pasado algo especial que hubiese propiciado aquel comentario tan suave. Quizás estaba un poco nostálgica. En seguida enfoqué la conversación hacia otro tema; quería seguir con el cuaderno.

—¿Leo?

24 de marzo de 1931

Acabo de escribir estas líneas en la cama. Últimamente he estado un poco fría con Enrique, lo reconozco. Sé que su comportamiento es firme, y yo también quiero estar a su lado. Es muy generoso conmigo y hace que me sienta una mujer privilegiada, porque me comprende y me valora de verdad.

Nos decimos las cosas a la cara, y cuando es necesario, pactamos. Aunque pensamos casarnos, creo que nos hará bien esperar un poco antes de empezar una vida en común... Pasado mañana iremos a Barcelona; me han dado unos días de vacaciones y los vamos a pasar juntos. Ya hemos reservado habitación en el hotel Victoria; estoy muy ilusionada. Visitaremos la ciudad y luego iremos al Ensanche. Quiere presentarme a sus padres *oficialmente*. ¡Qué palabra más fea! Ya le he dicho que la cambie por otra. Solo tiene que presentarme a su familia; soy su prometida y ya está... A ver cómo se lo toman... Enrique me dice: «Que piensen lo que quieran; tú eres la chica que he elegido». Me ha cogido el rostro con las dos manos: «Si alguna vez te desenamoras, házmelo saber». Lo procuraré. Mi madre dice que el enamoramiento se va, pero que el amor se

queda; aún no sé qué significa eso exactamente, pero después de veinte años de matrimonio, ella siempre apoya a mi padre.

Estoy un poco nerviosa por todo esto... Y hemos decidido que más adelante visitaremos a mis padres.

—¿Entre la primavera y el otoño de 1931 solo escribiste un par de notas?

—Es posible, seguramente no necesitaba hacerlo...

8 de agosto de 1931

El tren de Nuria nos ha traído mucha gente... Este año es excepcional, y no solo por eso. Por encargo del presidente Macià, que preside la Generalitat, en junio vinieron unos cuantos políticos al hotel. Se encerraron en la habitación 202 y apenas salían para comer. En pocos días redactaron un estatuto de autonomía que ha sido aprobado este verano. Lo único que no me gusta es que las mujeres no hayamos podido votar, porque a los partidos políticos no les ha dado la gana de que participáramos en el referéndum. ¡Qué contradicción más grande! ¡Nos reconocen nuestro derecho y luego nos lo niegan!

—¿El tren os cambió la vida?

—Por supuesto. ¿Y quieres saber algo? Al principio, la gente del valle no lo veía con buenos ojos. Cuando mi padre lo oía, decía: «La lechuza ya silba». Antes, los arrieros lo veían como un competidor; creían que por su culpa ya no podrían ganarse la vida, pero algunos encontraron trabajo en el ferrocarril... Y los labradores también siguieron pastando los rebaños en las montañas, como siempre habían hecho. Creo que al final entendieron que era un bien para todos.

15 de diciembre de 1931

Han pasado los meses y, al final, Enrique se ha quedado en el despacho de Barcelona y yo aquí, trabajando en las pistas. Nos vemos menos de lo que nos gustaría... Es un noviazgo a distancia, y cuando viene, le espero en la estación del pueblo y subimos al tren. Nos sentamos junto a la ventana y contemplamos el paisaje abrazados. Es un viaje fantástico; en algún tramo, la vía se encarama tanto que da miedo mirar los acantilados.

Últimamente no ha sucedido nada que merezca reseñarse, o sí: Modesta se ha ido con la excusa de que ha envejecido... En los últimos tiempos la habían relegado a la cocina del servicio. Vino a despedirse de mí llorando, y aunque no sienta mucho aprecio por ella, me ha dado pena.

Ahora han instalado una centralita de teléfono nueva. Eso me salva un poco de la añoranza, y cuando me siento sola solicito una conferencia para hablar con Enrique o con mis padres.

Los dueños del hotel son muy ricos y tenemos a la flor y nata de Barcelona, clientes distinguidos, de categoría. Desde que me estrené como monitora de esquí, me encargo de sus hijos. Les enseño a caminar, a bajar en cuña y a subir de lado en escaleta; estas son las primeras iniciaciones que hacemos. La mayoría aprenden en pocos días. En seguida dan la vuelta maría y se lanzan a hacer diagonales como si nada.

A veces vienen jóvenes inexpertos que quieren iniciarse. Son atrevidos y tienen la mano más larga que la lengua, pero yo me hago respetar. Les digo: «Mirad mucho y tocad poco, que estoy comprometida». Parece que se vayan a comer el mundo, pero cuando llega el momento de subir unos palos no soy menos valiente que ellos.

Entre semana no hay demasiados clientes y controlo y reviso las salas del hotel. En Navidad trabajaré a tiempo completo como monitora.

—Era feliz esquiando, lo dejo muy claro... ¿Sabías que Enrique no ha leído el cuaderno?

Inclinó la cabeza en el respaldo, guardando silencio.

—¿Hay alguna cosa que nunca le hayas contado?

—Sí, y es mejor que te rías ahora que aún no sabes qué es... Es dura, aunque yo no la considero trágica; al contrario, creo que ha hecho que comprenda mejor la vida, pero ahora prefiero no hablar de ello.

IV
INTERMEZZO

Viaje de invierno

¡Zuiiu!

Acaba de entrar un mensaje en el móvil.

«Que fais-tu?»

Es Arlette. Le respondo que he vuelto a Nuria. Dice que vaya a visitarla pronto. Está segura de que Lingolsheim me va a gustar, y no lo dudo. En los correos que me ha mandado durante las últimas semanas me habla de su deseo de visitar Cataluña, sobre todo Barcelona y la Costa Brava, pero insiste en que yo vaya primero a Alsacia.

De acuerdo, seguimos en contacto. Hace bastantes meses que nos comunicamos de forma regular, en francés y en castellano, un idioma que ella domina bastante bien. Nos hemos confesado mutuamente algunos temas personales: sabemos a qué nos dedicamos profesionalmente y cuáles son nuestros gustos. Hablamos de ello con franqueza, aunque ella no acaba de cruzar la frontera que nos separa, y cuando le pregunto según qué cosa no responde, quizás por prevención. Últimamente he ido suministrándole pequeñas dosis de teoría sobre museos de historia y vinos con denominación de origen que se encuentran en un territorio que conozco del Priorato al Ampurdán. A cambio, ella me ha contado algún detalle personal, menos de los que yo quisiera, sobre su afición al baile y los festivales de exhibición de danza que organiza en su centro todas las temporadas. En el intercambio de conversaciones *on-line* he sabido que no tiene pareja estable, en eso coincidimos. Hasta ahora no teníamos rostro, quiero decir que no nos habíamos mandado ninguna foto, aunque nos veíamos de refilón a través de las imágenes que tenemos colgadas aquí y allá, en las webs, LinkedIn y Facebook.

En todo este tiempo ha habido algún momento de distancia por su parte. Probablemente porque llegó un punto en que nuestro flujo de correos electrónicos aumentó. Parecía que tanto ella como yo teníamos un enorme interés por conocer nuestra vida personal, y por eso me confié a ella contándole mi fracasada relación con Ilia. Esperaba que Arlette hiciera lo mismo conmigo y me contara cómo era su vida de soltera. Pero respondió que prefería guardárselo para ella, que no sabíamos nada el uno del otro y que crearíamos fantasías virtuales. Me escribió: «Tu franqueza me gusta, creo que es tu punto fuerte; te agradezco que te intereses tanto por mí cuando no me conoces personalmente, pero todo esto puede ser un arrebato». Y yo insistía: «Lamento esta opinión, Arlette; alego en mi defensa que tenemos un nexo común en el pasado. Eso justificaría que sintiera un interés especial por ti». Estuve a punto de añadir: «Además, compartimos otros puntos esenciales, como el hecho de habernos

mantenido solteros de milagro». Pero decidí no hacerlo, para no pifiarla. Al final le aseguré que no era un arrebató, sino una intención meditada: quería tener una idea de proximidad, ya que las cosas que compartimos no presuponen nada más que el deseo de una simple amistad. Reconozco que me siento inseguro con el tema. No he claudicado, pero me he callado la parte principal: me apetece ir más allá, por eso estoy pendiente de su día a día; he mirado regularmente las fotos que cuelga en su web y los comentarios que escribe. De todas formas, de momento no daré ningún paso si ella no me da a entender que le gustaría que lo hiciera. Últimamente hemos intensificado los correos, y Arlette me manda *mails* divertidos. Todo indica que es simpática; al menos, todo lo que escribe es alegre.

A mediados de julio le envié una fotografía de mi guitarra acústica y le deseaba feliz verano y todo eso. No esperaba que ella me correspondiera con una sorpresa personal. Me mandó un vídeo, la grabación de una clase de danza donde se la ve expeditiva, grácil, dirigiendo a un grupo de alumnas esbeltas, con dotes de mando. Bailan una pieza de Tchaikovsky. *Un, deux, trois, quatre...* Se mueven al ritmo de atletas disciplinadas, unas sirenas de tierra que, en vez del bañador y las típicas pinzas en la nariz que usan las mujeres pez de natación sincronizada, visten tutús de color salmón y zapatillas sedosas y se peinan con un moño cohesionado estilo *vintage*. He visionado las imágenes unas cuantas veces y no dejan de sorprenderme cada vez que las reproduzco. Realmente fue un regalo.

«À tout à l'heure.»

Le digo:

«Hasta ahora, estoy pendiente de ti.»

Miro por la ventana del cremallera. A la luz del atardecer, los árboles se apretujan bajo la luna. Hace un rato que hemos dejado atrás las casas de Queralbs, clavadas en la roca, blancas y con tejados de pizarra escalonados según el desnivel, que reaparecen a mis ojos como una visión conocida y muy cercana. Ya hemos cruzado los viaductos de arcos esbeltos y los primeros túneles que tantos quebraderos de cabeza causaron al abuelo Enrique. Cuanto más ascendemos, más se impone la montaña. Abrupta. Desafiante. Me viene a la cabeza la proeza de los hombres del ferrocarril y de todos esos obreros que trabajaban entre precipicios, arrancando roca con un pico y una pala, cargando y descargando traviesas, durmiendo en barracones en pleno invierno. Me entra pereza con solo pensar en ello.

El último tramo del viaje es rápido. Ya he llegado. Una vez más, dejo salir a los viajeros, prefiero no andarme con prisas. Cruzo el puente sobre el río que hay que transitar para llegar al hotel. El aire helado me recuerda de nuevo que nos encontramos entre siete cimas que aspiran a los tres mil metros y que compiten con los picos más altos de los Pirineos orientales. Las luces de las pistas dejan ver claramente la forma de las crestas de montaña, abiertas como una concha en torno a este valle. La Olla de Nuria es eso, un valle redondo y simbólico como todas las tierras con memoria ancestral, y con mucha agua. En lo que respecta al santuario, se

pueden hacer muchas conjeturas sobre el significado del nombre, como le he comentado a Arlette. En los primeros documentos aparece *Annuria*, seguramente una palabra de la familia ibero-vasca-aquitana. De todas formas, en vasco, *ur* significa «agua»; por lo tanto, quizás signifique «lugar de agua». Sería un nombre bastante acertado.

Mientras los viajeros del tren se alejan hacia el hotel nuevo, voy en dirección a la hospedería. Esta vez he cambiado de domicilio y pasaré la noche allí gracias a una curiosa coincidencia. En la última visita de trabajo al museo, guie a un grupo de visitantes vinculados al obispado de la Seu d'Urgell, entre los cuales estaba uno de los sacerdotes que custodian este santuario. De forma espontánea, nuestra conversación acabó derivando hacia el vínculo que mi abuela tuvo con Nuria y el hecho de que yo estuviera escribiendo una historia que está relacionada con él. Esta circunstancia me ha permitido quedarme en otras condiciones: tengo una habitación reservada que linda con las paredes de la iglesia. Estaré muy bendecido.

Pronto se cumplirá un año desde que inicié este relato. De momento, esta noche espero soñar como un niño en un apartamento privilegiado, acompañado por las campanadas de carillón de ocho campanas que componen la escala musical en do mayor. El reloj toca las horas diurnas con notas de los Gozos de la Virgen de Nuria. Callará pronto, para suerte de quienes quieren dormir.

Rosas blancas

—Que sean blancas, con un lazo rojo... Déjenlas delante de la lápida, como siempre; atadas, para que no se caigan.

Interrumpo la llamada a la empresa de flores que todos los años se encarga de poner un ramo en la tumba de mis abuelos. Siempre de forma puntual. Iliá nunca desaprovechaba la ocasión para echármelo en cara: «No me molesta que lo hagas, faltaría más, pero también podrías recordar con tanta precisión nuestro aniversario, ¿no?». Mi capacidad para memorizar fechas de celebraciones que la mayoría de la gente considera memorables es más bien escasa; a pesar de eso, me ha quedado grabado para siempre el aniversario de la muerte de los abuelos, del mismo modo que recordaré el de mi padre. Él no era partidario de que lo enterraran en un cementerio y ha querido que lo incinerasen; en este caso, la opinión de mi madre, de quien se divorció hace más de veinte años, contaba muy poco. Si hubiese estado viva la abuela Juana, que en cuestión de rituales estaba chapada a la antigua, tal vez habría puesto impedimentos y yo me lo habría replanteado. O quién sabe si me habría sorprendido consintiendo y defendiendo la última voluntad de su hijo.

Ella murió de vieja, casi centenaria, diez años más tarde que su marido. Se había ido apagando como una vela, poco a poco, más lúcida que nadie.

Con la llamada que acabo de hacer solo cumplo el deseo que mi padre me expresó pocos días después de la muerte de la abuela para que llevaran rosas a la tumba familiar. «Ocúpate tú, ¿de acuerdo?». Desde que ella descansa en el mismo panteón que el abuelo Enrique, encargo dos ramos, uno para cada uno.

Mi abuelo paterno se despidió tres meses después de nuestra última entrevista; se cansaba mucho, se ahogaba y tuvieron que ingresarlo en el hospital. Los médicos que lo trataban estuvieron de acuerdo en que le convenía una operación, pero a su edad no la habría soportado. Su muerte afectó mucho a la abuela Juana; aun así, lo sobrevivió con buena salud unos cuantos años más.

Aún los recuerdo cogidos de la mano en el hospital. Ella haciéndose la fuerte y él aplacado, sonriendo pacíficamente como un niño con cara de viejo que ha recuperado toda la inocencia de la vida ante la proximidad de la muerte. Se fue en paz. Joder, me emociono al pensar en él.

Me coloco las gafas de sol sobre la nariz; la luz que penetra por las vidrieras arqueadas me deslumbra. La gente recorre de un lado a otro el pasillo que une la oficina de información con el hotel; desde aquí, sentado en un banco, justo delante de un punto de encuentro, veo el valle nevado y el lago helado, con una superficie tan

lisa que parece una capa de azúcar glas. Y la pantalla de televisión en la que se proyectan repetidamente una serie de imágenes que ya conozco: un mapa de las pistas de esquí en el que centellean los puntos que indican cuáles están abiertas —once, en este momento— y, a continuación, la información de servicios, raquetas de nieve, tiro con arco, el parque lúdico con tres pistas de trineos, que es el producto estrella, dos *tubbys* y, una vez más, la Madriguera de la Marmota. La pantalla salta de nuevo y aparece una amplia oferta de restauración y alojamiento.

Aparto la mirada del monitor mientras calibro cómo consiguen que todo esto concuerde con el carácter principal de este valle, que es la soledad.

Salgo afuera. La luz que irradia la nieve me salpica. A mi alrededor todo es de un blanco intenso muy uniforme que afecta incluso a los pinos, disfrazados con barba de Papá Noel. Puestos a escoger, prefiero el otoño al invierno, sobre todo por el contraste que presenta la montaña: la palidez de las hojas agotadas de los robles, las hayas y los fresnos, en medio de los pinos negros y el acebo del sotobosque, todo un espectáculo cromático, un despliegue de pinceladas rojas y ocres que, incluso los autóctonos, que están acostumbrados a verlo todos los años, aprecian mucho. A pesar de todo, la llamada de la nieve es potente y demasiado atractiva como para que los esquiadores se resistan a ella.

Camino en dirección al restaurante del hotel. Debería ir a comer, pero me detengo en la puerta del santuario. Entro. Enciendo una vela. Hace un año me habría sentido ridículo ofrendando un cirio como si fuera un peregrino, pero a estas alturas no me da ninguna vergüenza. Pienso subir a la capilla de la Virgen en nombre de la abuela.

La última vez que vine la veía como una tosca talla de madera que la gente debía venerar porque sí, pero seguramente estoy equivocado. Juana sabía muy bien por qué razón hacía las cosas. La imagen tiene la cara de color canela, no es de piel oscura, como otras tallas románicas. En alguna parte he leído cosas tan crípticas como que las vírgenes negras son cristianizaciones de imágenes femeninas paganas que representan la fecundidad de la tierra, la madre fértil que permite engendrar. Pero los fieles reconocen en ellas a la madre que engendra un mesías que viene a redimirnos. No entiendo mucho sobre este asunto; sería capaz de opinar con más criterio sobre la cerámica ática y la calidad extraordinaria de un barniz tan brillante cuyo secreto de fabricación se desconoce.

Un día, la abuela Juana me dijo: «La vida no se puede explicar con razones; es una experiencia que pasa y debes sentirla con el corazón». Yo debía de poner cara de idiota, como siempre que no acierto a hablar de cosas que son difíciles de explicar, convicciones interiores que te llegan por intuición y que te hacen vivir de una forma determinada. Me he sentado en un banco del oratorio para recordarlo.

Le mando un correo a mi madre para decirle que estas navidades no iré a visitarla a Málaga; postergaré la visita para más adelante. Primero tengo previsto viajar a Alsacia, espero que no se moleste. Mi madre no quiso saber nada de las cenizas de mi padre, y he decidido guardarlas en una vitrina del despacho de mi padre, en el piso

del Ensanche. De momento no me replanteo cambiarlas de sitio, salvo que algún día sienta que debo hacerlo; podría enterrarlas a los pies del Puigmal, la montaña a la que él subía todos los años, cada mes de julio, acompañado de un grupo de amigos aficionados al buen vino.

Otro mensaje. Arlette acaba de mandarme un emoticono sonriente. Espero que no sea tan variable como otra que yo me sé; ya veremos. ¿Por qué me monto estas películas? No puedo esperar nada de ella, aunque durante estos meses hayamos mantenido una correspondencia bastante constante, no digo intensa, que me permite imaginar que podríamos ser algo más que amigos. Ya somos amigos virtuales. Quién sabe, quizás le gusten los hombres tranquilos que conocen el precio de una ánfora griega auténtica; espero que no los considere unos plastas.

Siempre me ha admirado la forma en que se querían mis abuelos. Creo que ella no reveló nunca al abuelo Enrique lo que le había ocurrido. Y menos aún a mi padre, aunque eso tampoco justificaría su desinterés por la historia que estoy narrando. Mi padre no leía demasiado, exceptuando la prensa deportiva, y nunca me preguntó cómo iban nuestras conversaciones. Quizás no quería saber nada del pasado para no inquietarse inútilmente.

V
TIEMPO DE ENTREGUERRAS

Un aviso de salud

—¿Estás recuperado del todo?

—Sí, ¿es que no le ves?

—¿Seguro?

Se entretenía abriendo cartas y amontonaba los sobres encima del escritorio. Acababa de rasgar una solapa con la mano insegura; aun así, el corte le había salido recto, como si el esfuerzo de medirlo mentalmente le hubiese permitido superar la dificultad física.

Debería haberme tranquilizado ante la aparente normalidad con la que me había recibido, pero yo le veía más delgado y demacrado, hecho que me enfrentaba a una constatación nada agradable: había envejecido de golpe. Era viejo de verdad. Me pareció que tenía las mejillas más hundidas y las bolsas de los ojos algo violáceas, como los ancianos que han pasado un tiempo en el hospital. En realidad, había estado una semana ingresado, con la mascarilla de oxígeno puesta y un diagnóstico de deficiencia respiratoria. La primavera siempre ha sido un tiempo propicio para virus, bacterias, resfriados y catarros molestos, que tenían en él una víctima propiciatoria.

—Ya me he quitado la trompa de elefante.

Sonrió.

Durante unos días, después de que le dieran el alta, había llevado un tubo en la nariz, una trompa postiza que le molestaba bastante. Aquella era la razón principal de que hubiésemos aplazado una nueva entrevista hasta esa tarde.

Fui muy consciente de ello. Me había acostumbrado a verle como a alguien conocido a quien no miraba pensando: «¿Qué le ha pasado?». Para mí no estaba enfermo; solo era un hombre normal que había sufrido una embolia y tenía algunas limitaciones. Pero ahora la situación era distinta.

Dudé de si había escogido un buen día para entrevistarle, porque aún arrastraba un resfriado mayúsculo que, según él, había agarrado en el lugar donde hay más microbios del mundo: una sala de visitas médicas. Si hubiera insistido de nuevo en mi pregunta, probablemente me habría dicho «me encuentro bien, eso es lo que cuenta». Siempre se había superado a sí mismo a base de no quejarse por nada que no fuera importante. Su manera de afrontar los problemas era examinarlos de cerca, como si los inspeccionara con una lupa, centrándose en el núcleo del tema. Por lo tanto, para él, el mero hecho de no tener fiebre ni un ataque de tos significaba estar bien ahora y aquí. Actuaba como siempre, minimizando cualquier problema y haciendo que pareciera insignificante y nada importante. Incluso la enfermedad.

Mientras yo le daba vueltas a la cabeza, él no había dejado de abrir cartas ordenadamente, despacio, una tras otra, como si no me hubiera visto llegar. Estaba concentrado en aquella tarea mecánica, y cuando empecé a impacientarme pensando que había que romper aquel silencio porque empezaba a incomodarme, levantó la cabeza.

—¿Te ha puesto deberes?

Sus ojos se fijaron en el cuaderno que llevaba debajo del brazo. Lo señaló con un gesto parsimonioso, casi ceremonial, que formaba parte de aquella serenidad tan propia de él que no perdía ni en los peores momentos.

—Puede que no te lo creas, pero nunca lo he leído. Prefiero que sea ella quien me cuente las cosas; me gusta escuchar su voz... Me he acostumbrado a tenerla a mi lado, como una música de fondo que me acompaña... Ella y yo somos muy distintos; yo acostumbro a actuar en lugar de escribir. No esperes que yo te entregue un diario, ni siquiera una carta...

—Hace unos años me enseñaste unos planos del trazado del tren de Nuria. ¿Aún los conservas?

—Sí, los guardo aquí en el despacho, pero no creo que te sean útiles para tu historia... Tengo alguna copia de los originales; el resto son esquemas de los túneles y bocetos que yo dibujaba a pie de obra. De todas formas, puedes verlos si quieres...

—Me gustaría echarles un vistazo. ¿Podemos seguir con nuestro tema?

El último día lo habíamos dejado. Él estaba cansado y preferí no obligarle a seguir hablando. Nunca llegaríamos a leer ni una página del cuaderno de Juana, por el que no había mostrado ningún interés en absoluto, como si considerara que todo lo que podía haber sentido la mujer a la que amaba no le pertenecía.

Ignoro si aquella actitud era consecuencia de un sentimiento personal muy íntimo que no quería mostrarme. Quién sabe si temía saber qué había escrito su mujer sobre su relación y qué le inspiraban las circunstancias que había vivido a lo largo de su vida. A aquellas alturas, la única cosa que debía importarle era tenerla a su lado.

—No se hable más... Empecemos.

Tenía la voz un poco ronca y le ofrecí un caramelo Halls, pensando que era un expectorante inofensivo. Me rondaba por la cabeza la idea de que a partir de los cincuenta todo el mundo tiene alguna deficiencia orgánica y, le guste o no, empieza a empastillarse, y que a los ochenta la vida puede llegar a ser una fiesta sanitaria. Iliá decía que no tenía por qué ser así, que si llevas una dieta sana y haces meditación y yoga, el cuerpo se fortalece y te ahorras enfermedades. No lo sé, porque no lo he probado; en cualquier caso, no puedo confirmarlo ni desmentirlo.

El abuelo Enrique inclinó la cabeza, como diciendo «¿qué esperas?». Escuché su respiración ahogada, la señal inequívoca del resfriado de pecho. Debía de tener los bronquios tapados. Me preocupaba, pero cualquiera se lo decía.

—¿Te sirvo agua?

Había una botella llena sobre una mesa camilla, al lado de un vaso vacío. Le serví un poco y se la bebió despacio, relajado, quitándole importancia con un gesto. Al cabo de un momento, comentó:

—Estoy acostumbrado a los placeres más sencillos. A ver cómo me sienta este vaso de agua; si se me sube a la cabeza, apaga y vámonos.

—Si la ironía implica salud, diría que estás mejor.

Tiré de ese fino hilo que nos permitía hablar de la enfermedad sin apenas mencionarla.

—¿Sabes una cosa? Los médicos tienen miedo y también se equivocan.

Me señaló el escritorio que había detrás de mí.

—Los planos que quieres ver están en ese cajón.

Siempre se había mostrado reservado con la información personal; no dejaba que nadie revolviera ni uno de sus papeles bajo ningún concepto. Yo recordaba haber visto los planos un día que estábamos buscando un mapa antiguo.

Seguía guardándolos en el mismo sitio. Saqué la carpeta de dibujo y la abrí encima del escritorio. En seguida aparecieron una gran cantidad de planos amarillentos y de dibujos que ocupaban buena parte de la superficie de la mesa.

Hacía un rato que él había cambiado el aire tranquilo de siempre por una expresión expectante de hombre afortunado, mientras seguía mis movimientos con atención.

—Esto son copias del proyecto de la línea ferroviaria que hizo Montserrat Fenech; los originales se quedaron en la sociedad de ferrocarriles... Faltan planos, y tampoco tengo la memoria con los fajos de condiciones facultativas ni el presupuesto, claro.

Recorrió los documentos con un dedo tembloroso.

—Mira el mapa de la línea del cremallera; con eso te situarás sobre el terreno. Ya te había mostrado alguno de estos planos, ¿verdad? Verás los detalles de las secciones de los túneles y también algún esbozo... En medio están los esquemas que yo hice... A veces me entretenía dibujando vagones de viajeros.

Teníamos una buena cantidad de material cartográfico ante nosotros: el primero era un plano general de la línea que daba una imagen fiel de la vía del tren; luego, otros planos de detalle de las diferentes secciones del recorrido. Y en aquel preciso instante fui consciente de estar admirando la belleza técnica de un proyecto que, de alguna manera, había quedado olvidado durante años.

El abuelo se había apoyado en la silla acolchada, inclinando la cabeza sobre el papel, un poco vacilante; con la punta del dedo la apartó hacia un lado.

—¿Qué buscas?

—Los perfiles del túnel donde tuvimos aquel accidente. Los recuerdo perfectamente, con las pendientes, horizontales, cotas y distancias entre la entrada y la salida... Las veces que he pensado en ellos...

¿Era posible que aún le quedaran dudas que no habían terminado de disiparse?

—Horadar la montaña supone un riesgo muy grande; puedes cometer un error y acabar en un punto equivocado. No todo el mundo es capaz de soportar tanta responsabilidad; a algunos, el trabajo les ha costado muy caro... ¿Te he hablado alguna vez del túnel del caracol de la línea ferroviaria de Puigcerdá?

Negativa gestual por mi parte. Ni idea.

—Es un túnel especial: la forma de escalera de caracol sirvió para superar el desnivel de un lado a otro de la montaña sin tener que construir un cremallera... Lo que te decía: el ingeniero que lo construyó se suicidó pensando que había fallado en sus cálculos, y resultó que eran correctos. Al final se quitó la vida por nada.

—Joder, qué ironía tan macabra...

Lo dije pensando: «Hace falta valor». Examinamos los planos de las secciones de alzados, cortes imaginarios de las paredes del túnel que aún hoy, sobre el papel, muestran el grosor de las rocas y las diferentes capas de composición, y algunos símbolos que marcan la dureza del material. Toda aquella información afloraba ante mí con una fuerza descomunal, y no porque en aquel momento pudiera observarla al completo, sino porque la veía con otros ojos, los de quien quiere salvaguardar la memoria de una vida. Maldije en silencio, cautivado. Me había quedado sin habla.

No sé si él se dio cuenta; solo se limitó a decir:

—Antes no era como ahora: todo lo diseñan con ordenador... Puede que ahora hagamos más filigranas, pero con mi experiencia seguramente echaría de menos aquella forma de trabajar.

El aliento de sus palabras, como un soplo de tramontana, me causó un efecto impactante. Siempre solía dar en el blanco. En comparación con los programas de diseño asistido de la tecnología actual, aquellos planos antiguos, ideados como un proyecto que había requerido una imaginación desnuda, sin ninguna ayuda informática, me parecieron castillos fabulosos levantados sobre papel.

Él era un hombre acostumbrado a dialogar con los desniveles y las rocas, y su memoria de ingeniero de caminos se había convertido en una descripción bucólica de los recuerdos enterrados y los paisajes perdidos que tenía en su mente.

—Teníamos que calcularlo todo y supervisarlos muy bien; la práctica y el oficio siempre son importantes... Todos los ingenieros y arquitectos que trabajaron en las exposiciones universales, el propio Eiffel, comprobaban personalmente los cambios que se realizaban a pie de obra... Y diseñaron construcciones que han desempeñado un papel importante en la historia: creo que ya te he contado que gracias al transmisor de radio de la torre Eiffel se enviaron mensajes como el «radiograma de la victoria», que permitió frustrar la batalla del Marne...

Le había oído contar aquella historia de la Primera Guerra Mundial en más de una ocasión; supongo que él ya lo sabía, pero debía de disfrutar repitiéndola. Este es uno de los efectos que provoca la vejez: la memoria se vuelve selectiva y reincidente.

—Yo me reflejaba en toda aquella gente importante y también creía que el

progreso técnico contribuía al progreso social; eso me convertía en alguien tozudo en el trabajo.

—¿Has cambiado de opinión?

—Sigo pensando que la ingeniería puede mejorar la vida de las personas, pero hay que hacer las cosas bien... Como dice aquella parábola del evangelio: debes construir la casa sobre la roca si no quieres que se la lleve el temporal... No basta con tener ingenio, como decía Descartes, sino que hay que saber aplicarlo.

»Me convencí de ello cuando terminé los estudios y visité la fábrica central de turbinas que construyó Peter Behrens en Berlín... Si alguna vez vas allí, visítala; es una obra de arte.

Lo interrumpió un ataque de tos. Luego, dijo:

—Este maldito resfriado...

Ni expectorantes ni gaitas.

—Dejémoslo aquí; te he obligado a hablar demasiado.

Sé que él habría querido continuar; le entusiasmaba tanto hablar de todo aquello que perdía el sentido de la proporción. Pero me impuse una pausa final, sabiendo que estaba renunciando al placer de escucharle con una cerveza en la mano hasta bien entrada la noche. Me arriesgaba a que se agotara; estábamos forzando la máquina más de lo conveniente.

—¿Te acompaño al salón?

—Ya estoy bien —me desmintió con un gesto de tozudez.

No le creí. Me preocupaba que estuviera bien; quería que aquel hombre sencillo e inteligente que era mi abuelo hubiera vivido eternamente.

Bar. Cel. Ona

—Estábamos cansados de vivir distanciados; hacía más de un año y medio que éramos novios, él en Barcelona y yo en Nuria, y al final nos casamos en abril de 1933... No creas que hubo algún día especial en que me diera vueltas la cabeza... Comprendí que era una tontería pasar más tiempo separados, como dos solitarios... Mis padres se pusieron muy contentos. Mi madre me mandó bordar unas toallas y un juego de cama precioso; le hacía ilusión que tuviera un buen ajuar, porque ella se había casado con lo puesto.

—¿Cómo recuerdas la nueva etapa?

—Fue una época maravillosa y, de alguna manera, también complicada. Me costó un poco adaptarme a la vida en la ciudad; además, los padres de Enrique, aunque buena gente, eran muy estirados, sobre todo su madre... Le gustaba aparentar... Siempre iba muy elegante; en invierno llevaba un abrigo de castor y un collar de perlas auténticas... Mi relación con ella era un poco fría.

Yo había oído contar que mi bisabuelo paterno, el abogado Federico Solé, *don* Federico, tenía fama de ser un hombre galante y juicioso, pero la señora Balbina, mi bisabuela, era un poco derrochadora y le había obligado a llevar un tren de vida más ambicioso del que correspondía a un simple letrado.

Juana se interrumpió un momento, con los ojos fijos en los ventanales de la galería. Me señalaba con la mano una de las terrazas que veíamos a través de los cristales.

—Aquel gato es del vecino... Se ha acostumbrado a venir porque le doy paté.

Me fijé en el felino que nos observaba desde el otro lado, inmóvil, como si estuviera pensando qué tenía que hacer para conseguir su recompensa; y estaba claro que no contaba conmigo.

Ella prosiguió, sin hacerle caso al animal, que ahora se había ladeado, de aquel modo entonado con el que los gatos estiran el cuerpo y alargan el cuello, como si estuvieran haciendo una de esas posturas de yoga —¿o se llaman *asanas*?— que practicaba mi ex.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, sí.

—Te decía que mis suegros no me lo pusieron nada fácil, esa es la verdad... Querían una nuera de su estilo. Tenían muchos prejuicios y me consideraban una chica de montaña; eso hería mis sentimientos. Es difícil hacerte querer por alguien que no te acepta... Eso ya es agua pasada, pero fue así... Un día, Enrique se enfrentó

a ellos; siempre recordaré su forma de defenderme. Dijo: «Juana es mi mujer; me he casado con ella porque la quiero, y si no os gusta, me da igual». Para mí fue la mejor declaración de amor.

Calibré si la inquietaba contarme todo aquello. Me estaba hablando de mis bisabuelos paternos, y, por lo tanto, era probable que ella misma pensara que el retrato familiar que estaba dibujando podía desagradarme. Normalmente, yo dejaba que hablara, sin hacer demasiados comentarios, y en aquel momento tampoco le haría ninguno. Ya estoy habituado a las críticas y a las historias envenenadas que infectan a las familias y a las culturas; de no ser así, no me habría dedicado a la arqueología.

Quizás para matizar lo que me acababa de decir, la abuela siguió hablando.

—Si tengo que ser justa, eran buenas personas... Más adelante, la relación cambió. Mi suegro estaba enfermo; sus pulmones habían envejecido. De vez en cuando tenían que ingresarlo en el hospital, y yo siempre fui a visitarle. Un día me pidió disculpas; se avergonzaba del comportamiento que habían tenido. Y al final demostró que me apreciaba, porque se acordó de mí en su testamento.

—Entre 1933 y 1941 no hay ninguna nota en el cuaderno.

—No es extraño. Al principio llevábamos una vida muy intensa, y yo era feliz... Y cuando estás muy bien, no tienes ganas de escribir... No diré que no echara de menos esquiar, pero tenía muchas ocupaciones con las que distraerme. Trabajaba en el despacho de Enrique y el tiempo pasaba volando. Era su secretaria: llevaba la agenda de visitas y reuniones, y a veces le acompañaba a ver alguna obra en construcción. Recuerdo los primeros años como unos tiempos maravillosos; hasta que, a los treinta y cinco, tuvo una apoplejía...

Seguía hablando, y le noté una punzada de emoción en la voz.

—Una noche, volviendo del despacho, perdió el conocimiento. En seguida llamó a una ambulancia privada, porque en aquella época no había servicio de asistencia público, y salimos corriendo hacia el hospital. Pero no pudimos evitar que le quedara afectado el lado derecho, sobre todo el brazo y parte de la cara... Como los latidos del corazón estaban desacompañados, el médico le prohibió que fumara y que tomara alcohol, y lo puso a dieta para prevenir que se repitiera el ataque... Aquello fue un golpe muy duro para los dos.

—¿No era muy joven para sufrir una embolia?

—Yo siempre he dicho que el trabajo le pasó factura. No supo parar, y su cuerpo dijo basta... El médico dijo que el problema estaba en el corazón, y al final se le obstruyó una arteria... Lo pasó mal, pero como es un hombre valiente y de carácter animoso, no se deprimió. Me dijo: «No he querido irme porque quiero ver a quien más amo».

»Desde entonces lo ayudo a lavarse y a vestirse; ya sabes que con la mano mala no puede meter el brazo en la manga... Se viste de cintura para abajo, y yo le abrocho los botones; formamos un buen equipo... Afortunadamente, no ha perdido las ganas de vivir.

—Ni el sentido del humor.

—Ya sabes cómo es... La cuchara con el mango torcido que aún utiliza para comer la diseñó él mismo.

—¿Qué pasó durante la Guerra Civil?

—Cuando estalló, en el año 36, se acabó la tranquilidad. De todas formas, tuvimos algo de suerte: él se libró de ir al frente republicano a luchar, porque no podía agarrar el fusil... Es lo único bueno que tuvo su enfermedad... Eso sí, vivimos unos tiempos difíciles. Cuando bombardeaban, teníamos que salir corriendo hacia los refugios. Más adelante fue complicado conseguir comida; cuando podíamos, que era muy de vez en cuando, íbamos al pueblo a ver a mis padres y volvíamos con provisiones. El dinero no valía nada; tuve que vender las joyas y las cómodas a cambio de harina y aceite. Cuando todo terminó, los del régimen de Franco ejercieron unas terribles represalias... Vivíamos exiliados en casa; estábamos medio arruinados y tuvimos que sobrevivir... Como Enrique no estaba afiliado a ningún partido político, se libró de la cárcel y pudo volver a abrir el despacho de ingeniero.

—¿Por eso tardasteis tanto en tener un hijo?

—Lo queríamos, pero yo no me quedaba embarazada... Después de la guerra fui a Nuria cuando supe que la Virgen, que había permanecido unos años escondida, volvía a estar en el santuario.

De inmediato recordé que la talla románica había vuelto a desaparecer a finales de los años sesenta, para evitar que los acólitos del régimen franquista celebrasen su coronación. En aquel momento, el revuelo había sido considerable, y finalmente coronaron una copia por no tener que suspender el acto. Años más tarde, la imagen fue devuelta al santuario en un cremallera nocturno. En definitiva: la guerra y la dictadura habían provocado la trashumancia de un icono mariano muy emblemático del país.

—¿Qué estás pensando?

—Nada...

Levantó la cabeza para mirarme con aquellos ojos pequeños de inquisidora biológica y frunció los labios.

Regreso al valle

27 de octubre de 1941

¡Cuántos años sin escribir ni una sola línea, no salgo de mi asombro! Parece imposible que esté de nuevo en Nuria. Está todo tan cambiado... Tengo una impresión extraña muy desagradable; veo que no se ha salvado nada de los estragos de la guerra.

El viaje en cremallera ha ido bien. Hacía mucho tiempo que no podía ver de cerca las cimas nevadas y los saltos del río corriente abajo, ni escuchar el rumor del agua estrellándose contra la montaña, con tanta fuerza que parece que pueda tocarla con los dedos. Por un momento he creído que todo era como antes, pero al llegar a la estación he sentido una punzada en el corazón. ¡Todo está sucio y abandonado! Puede que mi memoria lo empeore, porque todos mis recuerdos de este lugar son alegres. Antes lo veía todo con los ojos de una mujer enamorada, y Enrique rebosaba de salud.

Los militares controlan el valle, forman parte de un regimiento de tropas de montaña del general Franco y se han instalado aquí para vigilar los pasos fronterizos. Cuando he llegado al puente de madera me han obligado a identificarme: «¿Motivo de su visita?». Me han pedido la autorización y yo solo tenía el pase del obispado. «Esto no es ningún salvoconducto.» ¿Para visitar el santuario es necesario un salvoconducto? ¿El hecho de haber trabajado en esta santa casa no me da derecho a visitarla? Querían intimidarme, pero yo no he bajado la mirada, y al final me han dejado pasar. Entonces he visto un soldado en la roca de la cruz, otro delante de la ermita y dos más en el camino de Finestrelles. Al parecer, hay vigilancia por todas partes.

Mucho control y poca limpieza. Todo está dejado de la mano de Dios... Parece que hayan pasado cien años... En la iglesia he visto a unos cuantos albañiles que están arreglando el interior de la nave, y también un picapedrero que está remozando la fachada. La ermita de San Gil da pena verla, es una ruina... Primero pasaron por aquí los rojos, y luego los nacionales, y lo han destrozado todo. Han construido un cuartel militar junto a la estación y el hotel está en obras... Me han dicho que, durante la guerra, los anarquistas instalaron en él un sanatorio antituberculoso y que luego sirvió de hospital a los militares... Aún apesta a enfermo... Ahora funciona a medio gas. Están arreglando las habitaciones; dormiré en una de ellas.

Ya no queda nadie del personal que servía conmigo en el hotel de Nuria. He saludado a dos mujeres que cocinan para los curas y los hombres que trabajan aquí. Una de ellas, Luisa, me ha contado que solo comen tocino, patatas y gachas, y que a menudo encuentran gusanos en los sacos de maíz, aunque lo pasan todo por el cedazo y, una vez separado, lo cocinan y ya está. Mientras estábamos hablando se ha presentado en la cocina un hombre delgado llamado Llopis. Me ha dado una mano seca como un cordel y ha dicho: «Hasta finales de septiembre, el huerto estaba lleno de coles». Como debí de poner cara de incredulidad, me ha mostrado el trozo de tierra que trabaja. Hay coles y patatas, y dice que los meses que hace buen tiempo también planta alubias. ¡Lo que hace el hambre!

No puedo decir que la primera impresión que he tenido al volver aquí haya sido buena; incluso ha habido un momento en que deseaba volver a casa.

Mosén Bonaventura ya no es el custodio del santuario. En su lugar hay otro sacerdote que se ha presentado como mosén Andreu. Parece un hombre atento. Me ha dicho: «Tenemos mucho trabajo; estamos reconstruyendo los edificios como podemos... ¿En qué puedo ayudarla?». Como me había quedado sin palabras, ha empezado a hablar de los curas a los que mataron a sangre fría las milicias anarquistas y los destrozos que hicieron en la iglesia de Queralbs y en los altares del santuario y de la capilla de San Gil. Por eso mosén Bonaventura se llevó a cuestras la imagen de la Virgen a Saillagouse, desde donde viajó luego a Suiza y Friburgo... «La hemos mantenido escondida hasta hace poco y acabamos de restaurarla; le parecerá más blanca de piel, porque le han quitado la suciedad.» Las milicias hicieron mucho daño, pero la venganza de las tropas franquistas ha sido terrible. ¡Han causado tantos muertos, tanto dolor innecesario!

Después he ido a visitar a la Virgen. No se nota en absoluto que haya hecho un viaje tan accidentado: el pelo, las orejas que salen de debajo de la corona y la capa anudada bajo el cuello se ven perfectos... Me enternece el gesto maternal con el que coge al niño Jesús en su regazo, protegiéndolo con la mano en la espalda... Eso sí, parece más clara de piel; diría que ahora la tiene de color canela, igual que el niño. A decir verdad, me gustaban más como eran antes: negros, a causa del humo acumulado durante tantos años...

Después de rezar un buen rato me ha parecido que debía meter la cabeza dentro de la olla, para que se cumpla mi petición, y yo misma he tocado la campana. Los de arriba me dan su permiso.

—Aquella tarde hice una promesa... Hacía tiempo que deseaba tener un hijo y nunca llegaba... La idea de no poder ser madre me causaba mucho malestar. Me sentía incompleta, no sé cómo decirte; además, me parecía una injusticia que el amor que existía entre nosotros dos pudiera desaparecer en el vacío, como si nada... En el fondo, estaba un poco resentida por la situación; no diré que sintiera rencor contra la vida, pero estaba dolida.

»Enrique decía que me había vuelto más arisca y que tenía menos paciencia... Yo creo que la dulce espera del principio se fue volviendo amarga. Me inquietaba pensar que quizás nunca lo consiguiéramos, y mi inquietud dio paso a la exigencia... Entre la enfermedad de Enrique y la guerra, ya arrastraba unas cuantas heridas. Y no soportaba que él intentara animarme diciéndome cosas que sabíamos con certeza. Recuerdo una frase que me molestaba mucho: “Cuando te lo quites de la cabeza te quedarás embarazada, ya lo verás”.

»Tuve que reconocer, muy a mi pesar, que ya no era una mujer alegre y que él tenía algo de razón cuando me decía: “¿Piensas estar enfadada con el mundo toda la vida? ¿Quieres dejar de atacar y de ponerte en guardia? Eres demasiado dura...”. Es verdad que él no se quejaba nunca... Siempre he tenido un carácter fuerte y estaba acostumbrada a justificarme, pero no podía echarle a nadie la culpa de no ser madre...

—¿Puedo saber qué promesa hiciste o es preguntar demasiado?

—Como se cumplió hace muchos años, puedo contarlo. Me comprometí a ser más agradecida y a salvar vidas, en caso necesario, a cambio de la fecundidad... Le dije a la Virgen: «Solo tú sabes cómo me siento; tú puedes comprenderme».

28 de octubre de 1941

Esta tarde, en el salón, me han dado una agradable sorpresa. Cuando creía que no quedaba nadie de los que trabajamos en el hotel antes de la guerra, ha venido a mi encuentro Julián. ¡Me he alegrado tanto de verle! Nos hemos abrazado como buenos hermanos. Dice que hace escaso tiempo que está aquí, y como hay pocos esquiadores y conviene alguien que sepa curar heridos, se encargará del mantenimiento del hotel y del dispensario. Hemos cenado al lado de un matrimonio de Lérida y de dos hombres a los que no conozco. Julián dice que dentro de dos días, por Todos los Santos, llegarán esquiadores. Ahora mismo, aparte de nosotros, no hay más huéspedes; podría decirse que estamos solos.

En la habitación no tengo ninguna comodidad, pero al menos funciona la caldera de leña y los radiadores calientan. Mientras escribo veo las pistas heladas que me traen tantos recuerdos y unas cuantas luces que centellean en la montaña... Deben de ser los guardias que vigilan. No me gusta que el santuario esté ocupado por el ejército. No nos merecemos esta dictadura. A pesar de mi promesa, siento tristeza, y a mi mente acuden pensamientos que me gustaría no tener: la parálisis de Enrique, el hijo que todavía no ha llegado... Pongo hielo en mi corazón para no llorar; me siento como la nieve que quema.

4 de noviembre de 1941

Los esquiadores que vinieron el día de Todos los Santos ya se han ido y en el hotel vuelve a quedar poca gente. Desde hace un par de tardes estoy ayudando a Julián a poner orden en el dispensario. Por la mañana me ha llamado Enrique. Dice que, si me apetece, me quede otra semana, siempre que no pase nada. ¿Qué va a

pasar? Y él: «Las tropas del Tercer Reich están en Hendaya y corren rumores de que un día de estos ocuparán la Francia libre».

Hendaya está muy lejos de aquí, pero puede que tenga razón, y lo que acabo de saber no me ha tranquilizado en absoluto. Hace poco más de una hora, Julián ha comparecido en mi habitación. Estaba nervioso y no paraba de parpadear. Me ha pedido que cerrara la puerta con llave. Cuando le he preguntado qué pasaba, me ha dicho: «Mira, no estoy aquí solo para escayolar piernas y brazos ni para atender a la gente que se desmaya... No digas nada; espera, déjame terminar... Han detenido a un policía de Puigcerdá por colaboracionismo... ¿Sabes qué ha hecho? Solo ha ayudado a huir a unos hombres que venían de Alemania y querían llegar a Barcelona... Tú no lo sabes, pero los calabozos de Ripoll están llenos de refugiados, y a los guías que ayudan a pasar gente los acusan de espionaje y los expulsan... Hay que andar con pies de plomo».

Julián es guía, pero ahora sospechan de él y no puede irse; al parecer, todas las mañanas y todas las noches los militares se presentan en el dispensario para hacer un control. Ha dicho: «No quería contártelo para no implicarte, pero hoy me han avisado de que hay refugiados en Saillagouse que están en peligro. Este es un sitio de paso, ya lo sabes... Primero cruzaba las montañas la gente de aquí; ahora vienen del otro lado».

Es probable que dentro de pocos días cierren la frontera francesa. Le he dicho: «¿Y qué quieres que haga?». Me ha agarrado del brazo: «Son mujeres y niños, Juana. Si los pillan los obligarán a regresar y los matarán, ¿lo entiendes? Sé que eres capaz de cruzar estas montañas; eres valiente y estás acostumbrada a la nieve... Yo te ayudaré... Eres la única que puede hacerlo; no se lo puedo pedir a nadie más... De momento, los gendarmes y los agentes de aduanas del otro lado controlan más el contrabando que el paso de personas. Tendrías que pasar por Finestrelles; es un buen camino. ¿Qué me dices?». No podía negarme. Tendré que salir de noche; de día hay demasiada vigilancia. El problema es que no tengo ningún guía al que recurrir; nadie que haya pasado tabaco de contrabando. Tan solo he hecho ese camino con nieve un par de veces. Julián también lo conoce; le diré que me lo explique con detalle.

5 de noviembre de 1941

Lo tengo todo a punto. Por la mañana hemos consultado el barómetro y el higrómetro: la previsión del tiempo no es demasiado buena. Sé que estoy corriendo un gran riesgo; no tengo la experiencia necesaria para cruzar la montaña en estas condiciones, pero no podemos esperar más. Esta tarde, cuando llame Enrique, no le contaré nada para que no se preocupe. No volveré a escribir otra nota hasta quién sabe cuándo. Adiós, diario.

Había salido a las doce de la noche, a la hora del cambio de guardia de los soldados. Con la mochila y los esquís al hombro, cruzó el puente del torrente de Finestrelles a gatas, buscando las sombras. Poco después entraba en el bosque de pinos negros, esquivando la zona de vigilancia. Un poco más tarde retomó el camino en una curva que se perdía bajo el valle. A partir de allí estaba resguardada.

Había recorrido el cerro durante mucho rato a oscuras, abriéndose paso por un camino cubierto de nieve, con la linterna y la mochila cargada con lo imprescindible: la brújula, agua, unas cuantas provisiones, ropa de equipamiento por si se mojaba más de la cuenta y una navaja. En la oscuridad, la montaña parecía un paisaje fantasmal. Sin saber cómo, se enredó con una raíz y se cayó al suelo como un saco. Tenía que levantarse de inmediato si no quería quedar empapada y enfriarse. Debía continuar como fuera y, afortunadamente, los esquís y las correas estaban en buenas condiciones.

Cuando llegó a lo alto del cerro, el amanecer empezaba a quebrar el cielo oscuro. Se colocó los esquís.

En algunos tramos, la nieve estaba muy helada. Estuvo a punto de resbalar otra vez, pero no llegó a perder el equilibrio. Acababa de comprobar que la práctica nunca se olvida, y una vez superado el primer susto y cuando los pies se acostumbraron al

camino, volvió a ser la Juana de antes, la que esquiaba segura como nadie. Para esquivar el hielo viraba y levantaba muy poco la cola del esquí cada vez que encontraba un obstáculo. Era una forma tan antigua como efectiva de sortear cualquier situación, salvo que se hubiese encontrado con unas nieves profundas muy pesadas; entonces se habría visto obligada a saltar, aunque no era el caso.

Por el camino encontró una cabaña de pastor en la que se hubiera refugiado de buena gana, pero había que seguir avanzando. Con la luz del amanecer bajó serpenteando el pico del Segre. Se veía el valle del río descendiendo por las escarpadas peñas de Llo y los bosques y terraplenes del circo de la Culassa, que en verano eran prados verdes. Por allí se llegaba a Font del Segre, donde nace el río. Un poco más tarde ya estaba en la cañada de Comadou. Su destino aún quedaba lejos, pero la luz del día la ayudaría a llegar. Prosiguió por debajo del barranco que se extiende hasta el fondo del valle. Sabía que por allí, cruzando prados de montaña y atravesando los bosques, encontraría —si no se perdía— el llano de Tosses.

Al cabo de unas horas llegó al cerro de Segalera. Al fondo brillaban unas cuantas luces: eran las casas de Err, sobre el llano, y, más arriba, Llivia. Soplaba un viento gélido que cortaba el aliento. Siguió bajando por un camino abierto entre los tupidos pinos. Tenía los pies helados y las manos tiesas.

Aún tardó un par de horas en ver, a media mañana, las primeras casas de Saillagouse.

—¿Encontraste la casa que buscabas?

—En seguida. Tuve suerte... La dueña se llamaba madame Pomés... En la cocina había dos mujeres sentadas a la mesa, Margueritte y Jeannine. Iban con dos críos: un niño de diez meses y una chiquilla de ocho años. Venían de Alsacia y llevaban veinte días viajando, los últimos a pie y durmiendo más de una noche a la intemperie. Los militares de Hitler habían detenido a sus maridos y ellas y los niños se habían refugiado durante unas semanas en las casas de dos familias que les dieron cobijo. Pero la presión policial era muy grande, y al final se vieron obligadas a huir. Hacía muchos días que viajaban hacia el sur sin parar. Apenas les quedaba dinero, y durante el viaje, para subsistir, habían cambiado joyas y relojes.

»Madame Pomés fue muy amable. Me sirvió malta y pan caliente para que me recuperara de la caminata...

»Como aquellas mujeres no estaban bien equipadas, madame Pomés y yo fuimos a buscar botas, pantalones y prendas de abrigo, sobre todo para la niña. Tenía el abrigo acartonado de tanto andar, y con el roce le había salido una llaga en la pierna.

»Después de conseguir todo lo que nos hacía falta, volvimos a la casa para hacer los preparativos; necesitábamos cantimploras, un poco de comida para sobrevivir durante el camino y alcohol, por si acaso. Había que plantear bien el regreso, teniendo en cuenta que llevábamos niños y no podríamos esquiar. Teníamos que salir

lo antes posible, para andar a la luz del día y llegar de noche a Nuria... Estaba todo listo, pero ocurrió algo que no me esperaba y que en todos estos años no he contado a nadie...

—¿Puedo saber de qué se trata?

—De mi edad no se pasa, puñetas, y tú eres mi nieto. Cuando estábamos tranquilas, se presentó un gendarme. Las mujeres corrieron a esconderse en el desván con los niños, y madame Pomés se asustó. Yo me escondí la navaja en el pecho, por si había que defenderse. El gendarme dijo que me habían visto llegar al pueblo y me pidió que me identificara. Como no tenía salvoconducto ni documentación, tuve que acompañarle a la gendarmería. Aún me parece estar viendo al ayudante *chef*, con la gorra, el uniforme azul y las insignias de grado, musculoso, la cara cuadrada, arrellanado en la silla y mirándome de aquel modo... Me hizo muchas preguntas y no pude irme hasta que un amigo de madame Pomés, que era brigada, vino a por mí. Aquel hombre me dijo que algunos gendarmes eran amigos de los *deuches* y me preguntó si me había fijado en que el ayudante *chef* llevaba en el brazo el emblema de la bandera francesa rodeado por una inscripción con la frase: «Meine Ehre heiBt Treue», o sea, «mi honor se llama lealtad», igual que el que llevaban las tropas invasoras. Nos advirtió de que estaban ocupando Francia y que debíamos irnos lo antes posible. Aquella noche dormimos sobre paja y a la mañana siguiente, a primera hora, me dirigí a las afueras del pueblo, sola, para ver cómo estaba el camino. Había nevado mucho y sé que pensé: «¡Que Dios nos ampare!», porque la nieve lo cubría todo. Cuando me di la vuelta para regresar, en una curva del camino que quedaba oculta por la montaña, me salió al paso el jefe de la gendarmería, con la mano en el cinturón, mirándome como si me desnudara de arriba abajo. Comprendí que debía salir corriendo, pero no tuve tiempo de hacerlo. Se lanzó sobre mí y me tiró al suelo. Me quedé tumbada sobre la nieve y él encima de mí como un animal.

Dijo que, al recordarlo, aún notaba un nudo de angustia y asco en el estómago. Abatida sobre la nieve, sintió cómo se rasgaban los pantalones, la piel caliente del militar en la ingle, aquella respiración zafia, la barbilla frotándole la oreja y un roce irritante en la entrepierna que ella intentaba evitar inútilmente. No podía coger el cuchillo que llevaba escondido en el pecho y cayó indefensa. Perdía el conocimiento, se desvanecía. ¿Por cuánto tiempo? Jamás lo supo.

—Entonces viví una experiencia muy extraña... Me deslumbraba una luz muy intensa, aunque no era violenta, sino más bien confortable. Y tuve la sensación de estar flotando sin cuerpo en un espacio que no soy capaz de describir, porque, a resguardo de lo que me estaba haciendo aquel salvaje, no sentía dolor ni angustia. — Por un momento, su voz se quebró—. Recuerdo haberme sentido muy distinta, de un modo que nunca había experimentado; era una sensación de silencio absoluto, un estado de quietud que no puede explicarse con palabras, y yo flotaba en aquel mar nevado...

Me hablaba de aquel hecho tan doloroso con sorprendente naturalidad; me estaba

regalando una experiencia muy íntima y le agradecí su franqueza en silencio.

—Luego, en el momento en que no sabía dónde estaba, escuché las notas de una *Salve Regina*, te lo juro, y una voz que me decía: «Tranquila, estás protegida. Debes volver a salvar vidas, Juana».

»Cuando abrí los ojos, tenía el cuchillo junto a la mejilla; habría podido cogerlo y clavárselo en el pecho a aquella bestia... Era capaz de hacerlo, pero no lo hice... Pensé que salvaría el pellejo sin tener que matar a nadie. Fue cuestión de unos segundos, y solo empuñé el cuchillo para amenazarlo... Él se sorprendió y reaccionó de inmediato echándose hacia atrás. Entonces puede zafarme...

»Huía como alma que lleva el diablo, con el cuchillo en la mano, porque me iba la vida en ello... Temía que aquel criminal me persiguiera y no paré hasta llegar al pueblo. Entonces me sentí a salvo. De todas formas, no fui del todo consciente de mi estado hasta que me curé los arañazos y las heridas que tenía en la entrepierna.

Me dejó sin habla. Estaba totalmente *outside*. La abuela Juana tenía un no sé qué de excitación extraña en la mirada.

—¿Entiendes por qué nunca le he contado esto a tu abuelo? Lo habría preocupado por nada... Y a ti no te lo habría podido explicar por primera vez... Por más que digan, muchas de las cosas que nos suceden en la vida no somos nosotros quienes las decidimos...

Le brillaban los ojos.

—Solo elegimos la actitud con la que las afrontamos; elegimos vivir las situaciones de una o de otra manera, decidimos la venganza o el amor. La elección siempre está en nuestras manos, depende de nosotros; esta es la verdadera libertad que tenemos.

En aquel momento sentí el impulso de levantarme y abrazarla.

Final de trayecto

—¿Qué más ocurrió?

—No dije ni una palabra sobre eso a nadie; me tragué la rabia y la tristeza y me lo guardé para mí... Tenía claro lo que debía hacer, porque era una cuestión de vida o muerte. No podíamos perder ni un minuto y hablar de ello solo habría complicado las cosas... Sabía que si presentaba la denuncia en gendarmería caería en la trampa, y si intentaba ir a otro puesto policial, me pedirían los papeles, y como no los tenía, me retendrían hasta quién sabe cuándo. O sea, que por desgracia me convenía guardar silencio... Así pues, al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, pudimos abandonar el pueblo. La situación era muy crítica, ya que los alemanes habían ocupado Tolosa de Languedoc y se decía que no tardarían mucho en llegar a la Cerdaña francesa. El brigada amigo de madame Pomés nos protegió durante una hora de camino, pero luego tuvimos que seguir solas con los niños y las pasamos canutas.

En seguida fue evidente que no iban suficientemente equipadas para emprender un camino como aquel. Ni los calcetines gruesos, los abrigos con capucha, los pañuelos para el cuello, los tapaorejas ni los gorros de lana las protegían del frío glacial. Juana había renunciado a los esquís para poderlas acompañar en el viaje.

Al iniciar el trayecto se ataron por la cintura con cuerdas con la intención de ayudarse más fácilmente en el caso de que alguna de ellas resbalara o quedara enterrada bajo la nieve en algún tramo difícil. Había que evitar el sufrimiento a los niños y el peligro de perderse.

Durante mucho tiempo caminaron en la penumbra. Las dos mujeres iban detrás de ella, que se abría paso buscando apoyo con el bastón y clavándolo en la nieve como un garfio. Jeannine llevaba en brazos al bebé, que lloriqueaba porque lo habían arrancado de la cama, y Elke, la niña, caminaba entre ellas dos, con el abrigo colgándole hasta la mitad de las piernas, agarrada a la mano de su madre, que de vez en cuando la empujaba para que siguiera adelante. En algunos puntos, la nieve se había helado y el camino resbalaba como un cristal. Y en las bifurcaciones tenían que fiarse de la brújula, ya que el cielo estaba cubierto de nubes y no se veía la estrella polar. Hacer el trayecto en aquellas condiciones era una auténtica odisea.

Poco a poco, las sombras de la noche empezaron a retirarse para dar paso a una luz tenue que centelleaba al este sobre las crestas montañosas y que apenas permitía ver nada. Juana guardaba silencio. Debía fijarse bien en el camino, y en los tramos

donde había poca nieve evitaba hurgar en las piedras con el bastón. Desde el principio, las mujeres seguían sus huellas procurando no pisarse para no perder el equilibrio; habían formado una fila que se movía como un acordeón, tan insegura como poco silenciosa.

El bebé lloraba y Jeannine le dio el pecho para intentar tranquilizarlo. Como todas las madres del mundo que en situaciones difíciles se las ingenian para atender a sus hijos, se había revestido de valor y, caminando a duras penas, consiguió que la criatura se callara.

El ascenso del pico de la Segalera fue duro. Parecía que iba a amainar, pero el cielo se cubrió de nubes y, de repente, empezó a soplar un viento frío y cortante. Como podían desorientarse, Juana siguió las indicaciones de la brújula para encontrar la dirección hacia el llano de Tosses. Una vez allí, al bajar el pico, siguió el consejo de evitar pasar por las zonas heladas cuando en el fondo hay torrentes con piedras y árboles para no resbalar ni despeñarse por la vertiente helada.

Avanzando por barrancos y montañas ásperas, pasaron por la Font del Segre, que ahora estaba completamente helada, con carámbanos en las piedras del río. Estaban agotadas, y en aquel punto tuvieron que recobrar fuerzas absorbiendo terrones de azúcar.

Poco después llegaron a un tramo hondo; allí se levantó un mar de niebla que desdibujaba el relieve del terreno. En aquellas condiciones era fácil perder el buen camino; aun así, debían seguir avanzando. Aceleraron el paso para darse ánimos, en silencio, pero en un punto determinado la niña empezó a gritar, atemorizada. Su madre acababa de caerse en un hoyo.

Asistieron de inmediato a Margueritte; tenía el tobillo dislocado y estaba dolorida. A pesar de todo, la mujer consiguió retomar la marcha, con cara de sufrimiento y sin quejarse, seguramente para no alarmar a su hija, que estaba pendiente de ella en todo momento. Margueritte siguió caminando con gran dificultad a lo largo de un tramo, y cuando volvieron a ascender una montaña, se paró en seco. Se veía el agotamiento y el esfuerzo que estaba haciendo en sus ojos. Con voz compungida, mascullando las palabras, dijo:

—*Je peux pas avancer... Suivez-vous... Laissez-moi.*

Estas palabras provocaron el llanto de Elke, que no quería separarse de su madre bajo ningún concepto.

Juana esquivó la sensación de impotencia que empezaba a invadirla por dentro respirando profundamente y pensando que lo conseguirían. Para calmar los ánimos, les habló de la cabaña de pastor que había visto en el camino, aunque todavía quedaba un poco lejos, al menos media hora. Tanto ella como Jeannine estaban dispuestas a hacer lo que fuera para llegar hasta allí, de modo que le vendaron el tobillo a Margueritte con una bufanda lo mejor que pudieron.

Prosiguieron la caminata lentamente, dejando que Margueritte se cogiera del brazo de Juana y parando a menudo. Ya se había hecho completamente de día y veían

bien el camino, pero el trayecto estaba resultando largo, por no decir casi imposible.

Cerca de la falda de una montaña, cuando les fallaban las fuerzas, encontraron la cabaña y se refugiaron en ella. Amparadas por la protección de las paredes de piedra, curaron a Margueritte frotándole el tobillo con el alcohol alcanforado que les había dado madame Pomés, y volvieron a vendárselo, esta vez con más maña y acierto.

Juana no había perdido el control de la situación en ningún momento a pesar de las dudas que le generaba. Se había armado de valor y ahora tenía una sensación de calma de las que permiten afrontar los peores momentos; sabía qué tenía que hacer y cómo debían persuadir a Margueritte. Después de la cura había que atender el estómago, de modo que comieron lo que tenían: fruta seca y una tableta de chocolate para cada una. Los niños tomaron un poco de leche, y al cabo de un rato, cuando ya se habían recuperado mínimamente del frío y el cansancio, Juana les advirtió de que no podían quedarse a dormir allí ni perder más horas. Lo sentía, pero había que llegar a Nuria al anochecer si no querían arriesgarse a ser descubiertas. Una vez más estalló una tormenta: Margueritte se negaba a seguirlas. Con ojos llorosos, dijo que no se veía capaz de continuar y que se quedaría allí esperando ayuda. Juana se negó, pensando que si la abandonaban la estarían sentenciando a muerte. Discutieron un rato, mientras el bebé bramaba y Elke se mordía nerviosamente los dedos. Jeannine insistió con argumentos de peso:

—Tienes que venir, Margueritte. Te ayudaremos como hemos hecho hasta ahora... Por favor, hazlo por tu hija; si te dejamos aquí, tendremos que arrancarla de tus brazos y se quedará terriblemente desconsolada...

El sol brillaba tímidamente, lo justo para ayudar a disipar las dudas. Al final, Margueritte asintió a regañadientes. Continuarían el trayecto juntas. Cuando habían transcurrido un par de horas de caminata, la niña se quejó de que había perdido un guante; tenía la manita medio congelada. Se la frotaron enérgicamente, y luego se la envolvieron con un trapo de lana que tenía sobre la manga de su abrigo.

A medida que avanzaban se fue disipando la niebla. Los niños bebían mucho; pronto agotaron las cantimploras y tuvieron que fundir nieve entre las manos para absorber el agua fría.

Aún tardaron mucho tiempo en llegar al puerto de Finestrelles. Habían caminado todo el día y ya era de noche. Costaba dominar los pasos y proseguir, sobre todo desde que Margueritte había roto la fila, caminando con ayuda a duras penas. Y a pesar de todo, habían conseguido superar los peores tramos. Ya estaban llegando. Eso fue lo que dijo Juana para animarlas. «Vamos, ya falta poco.» En realidad, no estaban muy lejos del santuario... Mientras se enfrentaban a un pedregal helado, Jeannine resbaló. Acababa de tropezar con un ángulo de piedra. Se había lastimado la rodilla, pero, afortunadamente, solo era un arañazo superficial. Una vez consiguieron detener la sangre, siempre tan escandalosa, emprendieron el último tramo. Había que dejar atrás el pedregal como fuera. En aquel momento, un sentimiento de inquietud se apoderó de Juana. Aunque estaba exhausta, no se podía permitir ninguna flaqueza, y

se animó a sí misma pensando que estaban muy cerca de su destino.

No se había equivocado en demasía. Al coger una curva del camino, vieron las temblorosas luces del santuario al fondo y el pan de nieve que cubría los tejados de pizarra.

—Tuvimos la suerte de que Julián estuviera pendiente, porque madame Pomés había llamado a un pariente que vivía en Ripoll, quien le informó de la hora a la que habíamos salido de Saillagouse. Julián se las ingenió para evitar que la Guardia Civil nos descubriera y nos arrestara. Pidió ayuda a un conocido que era fontanero y le echaba una mano con el mantenimiento: hicieron saltar los fusibles, dejando sin luz el hotel y el cuartel; durante un buen rato, no funcionó ni una bombilla. Yo no sabía lo que íbamos a encontrarnos al llegar, pero cuando bajábamos por la parte del torrente de Finestrelles y vi centellear una linterna seis veces, tal como habíamos acordado, comprendí que Julián vendría a nuestro encuentro.

—¿No os descubrieron los militares?

—Todo estaba oscuro como boca de lobo y nos dio tiempo a esconder a las mujeres y los niños en mi habitación; solo teníamos una cama, pero montamos un jergón en el suelo, con mantas, y dormimos amontonados... Julián y yo tomamos una decisión aquella misma noche. Debíamos evitar que bajasen por el camino hasta Queralbs y las descubriesen. Las habrían repatriado a ellas y a los niños, y seguramente habrían acabado en un campo de concentración. La única manera de escapar era el cremallera, y al día siguiente, a primera hora de la mañana, las ayudamos a ocultarse en un vagón de mercancías, entre una carga de tinas y botellas de vino vacías; había que pasar a personas en lugar de alcohol... En Ribes, las estaba esperando un contacto de Julián con una furgoneta que las llevaría hasta Ripoll, a casa del pariente de madame Pomés, que era un lugar seguro. Desde allí las trasladarían a Barcelona, al piso de un grupo que se dedicaba a recoger a refugiados y que los ayudaba a huir. Pensábamos que, si todo iba bien, se librarían de la cárcel de Sort y de las malas noches, de los piojos y de las chinches, y así fue.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste después?

—Había aguantado la situación bastante bien, más fuerte que una roca, pero una vez superada la tensión que me había mantenido alerta durante esos días, apareció todo el dolor y el miedo no solo por el sufrimiento del viaje, sino por la herida que tenía dentro de mí...

Se interrumpió con un repentino silencio. Al cabo de un momento, prosiguió:

—Recuerdo una primera noche en blanco en la que tuve que matar yo sola a ese demonio...

Sentada en la silla, levemente inclinada hacia delante, se llevó la mano a un lado del pecho, palpándolo con delicadeza, como si quisiera ver qué quedaba de aquella vieja herida y si le había dejado un vacío en el corazón.

Fuego purificador

Aquel día no me atreví a preguntarle cómo había matado al demonio que la atormentaba. Mi capacidad como psicólogo apenas sobrepasa el nivel de suficiencia, aunque en estos últimos años haya tenido a mi lado a una mujer acostumbrada a analizar sentimientos y a diseccionar emociones como quien bate huevos para preparar una tortilla. Una mujer capaz de decirme: «Tú no tienes ni idea de quién soy yo. A mí también me ha costado saberlo, pero mi yo original me pide que me vaya de aquí; hace demasiado tiempo que estoy contigo sin sentirlo... No pongas esa cara de idiota». Cuando estábamos juntos, Ilia solía hablar de temas tan abstractos y etéreos como el yo original y el dolor emocional, de si me siento así o asá, de cuándo empezó todo y de qué ha pasado.

Al principio, eso me desconcertaba, pero ahora ya estoy curado de espantos. Durante los últimos años he hecho un máster al lado de una mujer que medita veinte minutos diarios frente a una vela, que habla con muñecos y celebra no sé qué funerales por las pérdidas emocionales. Ante tanta vida psicológica, me siento un hombre banal y ridículo. Y al final he tenido que recurrir a Ilia para poder imaginarme aquel episodio que, hace unos años, la abuela Juana enunció sin entrar en ningún detalle.

Antes de ponerme a escribir la escena la he llamado con la excusa de preguntarle por la salud de mi exsuegra. De entrada se ha mostrado muy seca, pero después se ha relajado un poco, aunque no mucho.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Ah.

—¿Cómo está tu madre?

—Tirando... El otro día me preguntó por ti.

—¿Ah, sí? Dile que estoy muy ocupado. Aparte del museo, estoy terminando de escribir la historia de mis abuelos.

—Ya.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Muy bien. Nos vamos de vacaciones a Nueva York.

—¿Con el terapeuta?

—Cuando te refieras a él, llámale por su nombre, si no te importa.

—Claro.

—Nunca cambiarás.

—Ah, perdona.

Me digo: «Tendría que haberme tomado un par de *gin-tonics* antes de llamarla».

—Olvidalo.

—Oye, Ilia, quería preguntarte cómo se mata a los demonios...

—¿Y eso a qué viene? ¿Desde cuándo te interesas por la metafísica y cuestiones de psicomagia? ¡No me lo puedo creer!

—He pensado que podrías ayudarme; estoy atascado en un episodio de la vida de mi abuela.

—¡Pero si tú eres incapaz de entender nada que no sea lógica pura!

—Mujer, también sé decir qué perfiles tiene una ánfora vesubiana, los matices de la cerámica ática o cómo se mueven las velas de un laúd cuando sopla el lebeche o la tramontana. Te gustaba mucho que te lo explicara.

—Para. No vamos bien.

—¿Te molesta que te lo recuerde? También fuimos felices, ¿sí o no?

—No me gusta hablar del pasado, ya lo sabes.

—De acuerdo, disculpa. ¿Puedes responder a mi pregunta?

—No lo sé. Así, por teléfono... Jodorowsky habla de liberar los demonios y no de matarlos, que es distinto. Y la Gestalt tiene otro punto de vista sobre un tema parecido. Te puedo mandar los documentos si quieres; te lo aclararán mejor que lo que yo pueda decirte...

—De acuerdo.

—Si después de haberlo leído todo tienes alguna duda, puedes llamarme...

—Gracias.

—De nada.

—Que vaya bien el viaje.

—Espero que sí... Buena suerte para ti también.

La conversación me ha dejado tocado. Ya no me duele que se muestre tan poco comunicativa conmigo, pero la Gestalt de las narices... A partir del momento en que empezó esa terapia, nos fuimos distanciando. Ella se volvió egocéntrica, cambió su forma de ser, y sus deseos eran lo primero. Llegó a decirme: «Si coincidimos, será maravilloso; si no, no hay nada que hacer». Después me enteré de que se lo montaba con ese terapeuta de los cojones, que debía de cobrarle muy caras las sesiones.

El documento que me ha mandado explica bastante bien la cuestión que me ocupa y he podido escribir una escena que no parece haber salido de mí. He hecho de actor y me he metido en la piel de una mujer; vete a saber si en mí también hay una parte femenina, la que Ilia siempre me ha acusado de no saber escuchar.

Aquella noche, en la soledad de la habitación, Juana pensó que las tinieblas del mundo eran más fuertes que la luz, contrariamente a lo que había creído hasta aquel momento. Una luna de color azufre abría los párpados entre los nubarrones de niebla

apática; las enormes montañas se dibujaban al fondo de la ventana, cubiertas de nieve, frías y tristes. Intuyó que lloraban porque se sabían vigiladas por militares capaces de disparar ante el movimiento de un ala de halcón. Se imaginó las vacas con las ubres hinchadas, chocando unas con otras en la niebla, buscando alguna salera para comer la sal que debían ingerir. Y al instante, la invadió una sensación de profunda tristeza que nunca había experimentado. Tenía la impresión de que el mundo estaba a punto de reventar. Nada podía consolarla, ni siquiera pensar en Enrique. Si gritaba, ¿quién, de entre las jerarquías angélicas, iba a oírla? ¿Qué sabía la Virgen de su desesperada inquietud? ¿Los acontecimientos vividos en pocos días eran tan solo una prueba de confianza? Puede que sí, pero le parecían una alianza infernal. Había salvado vidas, tal y como se había comprometido a hacer. ¿Podía estar contenta? Pues no lo estaba. ¿Y qué más? Estaba furiosa. Y no solo contra aquel gendarme asqueroso. Había expresado el deseo de ser madre con una petición, pero el destino la había llevado a un viaje peligroso y no le había ahorrado aquel episodio de ignominia. ¿Por qué? ¿Acaso no había cumplido con su responsabilidad? Era incapaz de centrarse en la satisfacción del deber bien cumplido. Resulta que no estaba en paz consigo misma.

Sentía furia, tenía ganas de gritar, de romperlo todo. Pensó que, si lo hacía en la habitación, la oirían. Por eso cogió aquel montón de ropa que se había quitado con prisa angustiada al llegar del viaje pensando en destruirla en cuanto pudiera. No bastaba con tirarla a la basura: quería hacerla jirones. La estrujó bajo el brazo, con aprieto. Luego cogió una linterna y una bolsa que tenía a punto y se volvió hacia la puerta. Caminaba con rabia contenida, acelerando los pasos, en dirección al ala del hotel que había servido de hospital durante la guerra y que ahora estaba abandonada.

En cuanto abrió la puerta de la antigua sala, se levantó una nube de polvo que la hizo toser. Pasado el primer momento, echó un vistazo a la estancia enfocando todos los rincones con la linterna e iluminando un montón de camas y sillas viejas que estaban apiladas en una esquina. Acababa de descubrir una gran cantidad de telarañas que colgaban entrelazadas del techo, justo sobre su cabeza, y exclamó:

—¡Qué asco!

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, ya había puesto piel muerta a la suciedad. La luna volvió a brillar, libre de nubes, y en aquel momento se sentó en una silla, con la linterna en el regazo, dispuesta a dejar que la cólera se manifestara de lleno.

La respiración angustiada del principio se fue ampliando, haciéndose más profunda e intensa. Al mismo tiempo, volvía a sentir las palpitations en el corazón, en una vorágine que resonaba en su pecho y aún un poco más abajo, en el plexo solar. Estaba allí, rodeada como una fiera indomable a la que han encerrado en una jaula de acero y que ruge sin descanso. Exactamente eso. Solo ella podía decidir qué debía hacer con aquel monstruo. Si lo negaba, dejándolo encerrado, le haría la vida imposible eternamente. Tampoco podía escapar de aquella rabia terrible y destructiva

que la estaba minando por dentro. Todos los pequeños dolores que había experimentado hasta entonces no eran nada comparados con aquella herida insoportable. La notaba como el pinchazo de un cuchillo desgarrando su imperio interior, su templo.

Gritó:

—¡No puedo más!

Y apartando la silla de un puntapié, dejó escapar un largo grito de horror y espanto, que precedió a otros igualmente intensos. Y, obedeciendo al primer impulso, estrelló la silla contra la pared gritando:

—¡Basta, basta, basta! ¡No quiero que te quedes dentro de mí! ¡Sal, desgraciado!

Tiró la ropa al suelo y la pisó, mientras insultaba y maldecía al canalla del gendarme y el deseo sucio y asqueroso que había lanzado sobre ella. Se cebó en él, aplastándolo con los pies, haciéndolo pedazos. No pararía, quería aniquilarlo.

—¡Muere, demonio! ¡Vete lejos de aquí! ¡Fuera, fuera!

Lo pisoteó hasta la extenuación, gritando como una loca. A continuación, extrajo el contenido de la bolsa: un frasquito de alcohol, una vela y un mechero de gas. Se apresuró a rociar la ropa hecha jirones con un poco de alcohol y prendió la vela. Con solo acercarla a la ropa, el tejido empezó a arder con una llama intermitente. Se quedó mirando con la respiración entrecortada, esperando que el fuego fuera consumiendo el hilo sucio, mientras se imaginaba que así destruía la humillación y el asco: se consumían en la llama purificadora del fuego primitivo. El mismo fuego que atiza los cirios de los altares y que había ennegrecido la figura de la virgen románica. Solo quedaría el polvo calcinado, que se fundiría con el polvo del suelo, y cuando soplara el viento, volaría y se pegaría a las telarañas. Estaba sudando y, al mismo tiempo, tenía el cuerpo frío. Y cuando se apagó la última chispa sobre el algodón chamuscado, sintió que había sacado toda la hiel y expulsado de su interior aquella fiera terrible. Pisoteada para siempre. Y en aquel mismo instante, se fue encogiendo hasta hincar las rodillas en el suelo.

Más tarde supo que había pasado mucho rato así gracias al reflejo de la luna, que se inclinaba hacia poniente. Cogió la linterna para ver qué hora era. Las cuatro de la madrugada. Pronto empezaría a clarear, y el día se llevaría los últimos restos de su cólera pulverizada. Todo aquel huracán terrible que la había asfixiado durante la noche dentro de un inmenso vendaval de dolor.

Mientras se levantaba y se sacudía la falda, sintió que se había librado del sentimiento de deshonor. Su cuerpo temblaba, cansado de estar donde se encontraba, y solo le apetecía salir de aquella sala lúgubre donde había soltado a la fiera para matarla. Aquel demonio pertenecía al pasado, igual que las camas sucias y las sillas rotas que habían vivido la guerra. Había decidido eliminarlo y ahora volvía a estar en paz. ¿Seguro? Quizás solo fuera una calma relativa. Mientras se dirigía a la habitación, sintió que aún no había terminado del todo y cogió el camino del santuario. Pensando que la puerta principal estaría cerrada, se dirigió a una entrada

secundaria; poco después subía las escaleras que conducían al piso donde vivían los seminaristas que iban a Nuria. Sabía dónde guardaban una copia de la llave que permitía acceder al desván de la iglesia y la cogió.

Al cabo de un rato cruzaba un lateral del templo y, acto seguido, subió las escaleras que conducen a la capilla de la Virgen. Desde allí se veía toda la planta de la iglesia, el altar y el sagrario, además del resplandor mortecino de unos cuantos cirios que le recordaron la gran luminaria que solía haber al fondo del santuario de gente pidiendo favores. Se sentó en un banco, abandonándose al cansancio de su cuerpo. Parecía que le hubiesen dado una paliza, pero, curiosamente, no tenía nada de sueño; al contrario, estaba tan despierta que le centelleaban los ojos, como si acabara de esquiar por una pista difícil y estuviera oxigenada al máximo.

Al momento empezó a dialogar en voz alta con la figura que tenía de espaldas, justo frente a ella:

—Te pedí un hijo y permites que me ocurra una desgracia... ¿Por qué? ¿Cómo debo tomármelo? Esto no es justo. Me dijiste que debía salvar vidas... ¿Y la mía qué? ¿Por qué no puedo oírte?

Se adentró en un mar de reproches, hasta que su voz se fue apagando y murió en silenciosos pensamientos. Se había ido abandonando en el banco, sin obtener ninguna respuesta, con los ojos clavados en el suelo, ignorando a los ángeles dorados que parecían mirarla indolentes desde los capiteles de las columnas laterales.

La tormenta ya había pasado, pero estaba seca por dentro y muy confundida. La noche quieta no decía nada y hacía caso omiso a su estado de ánimo, tan necesitado de respuestas. Y en algún momento, rota por el cansancio y mecida por el olor de los santos óleos y el incienso que habían quemado en el altar en la última misa, la venció el sueño.

Estaba medio adormecida cuando vio la luz del día cruzando la puerta del oratorio. Se irguió en el banco mucho más tranquila. Le pareció recordar que había soñado con un niño que era suyo y una casa muy limpia en la que se respiraba bienestar. Sin saber por qué, se sentía más liberada, como si aquella noche hubiera barrido toda la suciedad, y con eso, su alma pudiera respirar serenamente. Intuyó que todo era como debía ser; estaba convencida de que en su interior había ocurrido algo importante que no era capaz de explicar. Se puso de pie, sintiendo que había recobrado la fortaleza, y murmuró:

—Merezco ser feliz.

9 de noviembre de 1941

¿Qué sacaría de aferrarme al odio contra un criminal al que no puedo perseguir? Solo conseguiría que la cizaña del rencor se comiera mi corazón y que dentro de mí se librara una guerra encendida de dolor y deseo de venganza... No quiero que eso me arrastre; me niego a encerrarme en una cárcel que nunca me permitiría estar bien... He decidido confiar en la justicia que no depende de mí; la vida ya le castigará como se merece. Haré lo que sea para arrancar de mí este sentimiento horrible que me mantendría cautiva; siento que es la mejor manera de quitarme el dolor.

—Comprendí que el responsable de mi padecer era un hombre que había actuado con maldad y que existe un sufrimiento que solo proviene de las conductas humanas; no se lo podemos reclamar a nadie más... Si yo me hubiera quedado con el rencor, me habría hecho daño a mí misma y a Enrique... El resentimiento es como un cáncer, y las heridas hay que cerrarlas; no sirve de nada escarbar en ellas... Si revuelves el cubo de la basura, siempre acabas pringándote.

—¿No es eso lo que hacen muchos psicoanalistas?

Ella entornó los ojos, en un gesto de benévola picardía.

—¿Sientes antipatía por alguno? Es mejor que no juzgues.

—¿Has perdido alguna vez la fe?

—No se trata de creer ciegamente. Yo la he experimentado en los momentos más difíciles.

—¿Y eso cómo se hace?

—Dando gracias a la vida, aceptando que hay cosas que no puedes comprender y valorando lo que tienes... Siempre es mejor ser un grano de mostaza, por pequeño que sea, que una higuera estéril.

A su manera, acababa de citar la misma parábola del evangelio que había oído a mi abuelo. Como siempre, ganaba su habilidad para decir cosas sencillas que merecían ser escuchadas.

—Yo solo creo en la ciencia.

—La ciencia humana siempre será limitada. Tú no descartes nada...

—Hemos perdido el hilo. Me estabas contando...

—Volví a Barcelona inmediatamente. Tenía muchas ganas de ver a Enrique... Él me esperaba con los brazos abiertos, y vivimos unas semanas maravillosas.

—¿Estás cansada? ¿Lo dejamos?

Se inclinó hacia delante, con aire de retomar la palabra, la mano clavada a media distancia entre ella y yo, sorprendentemente ágil.

—Tengo mucha cuerda, ya lo sabes... Envejecer es un hecho inevitable que hay que vivir con naturalidad. Y ahora mismo solo me niego a ver sufrir a mi marido.

Fecundidad

Se podría decir que el cuaderno de memorias de la abuela Juana acaba prácticamente en el año 1942. A partir de esa fecha, las notas son escasas y se refieren a acontecimientos puntuales que fueron importantes para ella. He seleccionado unas cuantas, algunas muy distanciadas en el tiempo, después de releerlas y pensar cuáles habría escogido ella si se lo hubiese podido preguntar. La letra es la misma de siempre, un poco inclinada hacia la derecha; solo cambia el color, de negro a azul, y a partir de 1959 empieza a escribir con bolígrafo. Durante las entrevistas nunca le pregunté por qué razón cambió; en aquel momento, seguramente la moda ya consideraba la pluma de tinta como un objeto romántico y la había postergado al cajón de los literatos, como ocurriría también, unas décadas más tarde, con la sustitución de las máquinas de escribir por los ordenadores.

12 de agosto de 1942

Anteayer nació nuestro hijo. El parto ha ido muy bien, ¡y tenemos un niño precioso! Ha sido una gran alegría, parece mentira, y Enrique es muy feliz, por él y sobre todo por mí.

Yo pensaba que pariría a media tarde, pero se ve que aún no había llegado la hora o que el niño no tenía ganas de salir, y esperó a la medianoche. Lo tuve en casa, con luz artificial, asistida por la comadrona... Me molestaron un poco los dolores de las contracciones, pero al final todo fue como una seda. Cuando la comadrona me colocó a mi hijo sobre el pecho, calentito, respirando suavemente, me eché a llorar de alegría. Es un niño sano y grandote, de cara redonda, y pesó tres kilos cuatrocientos gramos. ¡No me extraña que el último mes de embarazo fuera tan duro para mí!

En seguida se agarró al pezón; mama muy bien. Es un tragón, nunca tiene bastante. Creo que en eso hemos tenido suerte. Mi madre, que ha venido a casa para ayudarme, dice que podemos estar satisfechos y que deberíamos haberle puesto Nuri, en agradecimiento a la Virgen, porque antes este nombre también se daba a los hombres. Si lo hubiera propuesto el día que lo bautizamos, porque ella es la madrina del niño, me habría negado en redondo. Sería el hazmerreír de los niños mayores por culpa del nombre. Afortunadamente, Enrique y yo no le hicimos caso. Ya hemos decidido el nombre: se llama Gil.

—¿Queríais tener más hijos?

—Sí, pero no llegaron.

10 de septiembre de 1944

Hace muchos meses que no escribo ni una sola nota. Los dos primeros años de vida de Gil han sido intensos; lo hemos disfrutado mucho con su padre. Tenemos que vigilarlo de cerca; es un niño inquieto y movido... ¡Nunca me habría imaginado que un hijo supusiera tanto trabajo! Estos días he recibido una llamada desde Alsacia de Margueritte y de Jeannine, y me ha hecho mucha ilusión; ha sido una gran sorpresa, no me lo esperaba. Primero llamaron al santuario, y Julián les dio nuestro teléfono. Mientras hablábamos, Jeannine se ha emocionado. Están esperanzadas, porque la guerra ha terminado y dicen que, si todo sale bien, vendrían a verme por Navidad y se traerían a Elke, que ha crecido mucho y ya es una muchacha. Debe de ser guapa y espigada, seguro. Me han contado que el niño está bien, pero que no quiere venir. Es normal, seguro que no se acuerda de nada; era muy pequeño. Tengo ganas de volver a verlas, y estoy haciendo planes para

los días que estén aquí. Visitaremos la ciudad; iremos a la feria de Santa Lúcia, a la catedral y a las Ramblas, y si Enrique quiere acompañarnos, daremos una vuelta en coche hasta Montjuïc.

También hemos decidido ir al santuario. Esperemos que todo vaya bien y puedan volver el año que viene por las mismas fechas. Será una manera de mantener nuestra amistad.

—¿Es posible que no escribieras nada más en diez años?

—Tenía mucho trabajo; debía criar a tu padre.

—Es que me he encontrado con una laguna muy grande entre las notas que hablan de las mujeres alsacianas y la muerte de tus padres.

Asintió en silencio.

—Esto último me afectó mucho.

14 de octubre de 1955

Este es un año triste para mí. El mes de enero murieron mis padres en un accidente de coche. Quiero pensar que no sufrieron y que están en el cielo, que es un lugar preparado para las almas que se han amado en esta vida. Lo único que me duele es no haberme podido despedir de ellos, pero quiero pensar que están bien y que algún día nos reencontraremos. Enrique me dijo: «¿Y cómo lo sabes? Lo siento». Gil ya tiene trece años, y al principio se lo tomó mal, porque ha pasado muchos veranos en casa de los abuelos y con mi padre eran como uña y carne. Creo que incluso se le parece en el carácter; es muy hablador y un poco interesado: convertiría cualquier cosa en un negocio.

La casa familiar está cerrada; de momento, aún no me siento con ánimos para entrar. Sé que algún día tendré que hacerlo, pero necesito dejar que pase un poco más de tiempo. Quizás el año que viene vayamos a pasar el verano con Enrique, para ventilar la casa y guardar algunas cosas que me traen muchos recuerdos y que no me gustaría que se perdieran.

—Me costó un poco superar la pérdida; tenía muy presentes a mis padres... Fue por esta razón, principalmente, por la que quise estudiar. Necesitaba un cambio de aires... En mis tiempos, la mayoría de las mujeres se casaban, tenían hijos y se quedaban en casa... Piensa que muchas hijas de familia bien se conformaban con aprender a coser o, como mucho, estudiaban comercio o magisterio. Yo me decidí a los cuarenta, por lo que te he dicho... Estudié bachillerato en una academia privada, y antes de los cincuenta ya me había matriculado en un curso de historia en la universidad... La gente se extrañaba: no era frecuente que una mujer de mi edad fuera a la universidad, pero ya me conoces, tengo mucha cara.

—Te divierte llevar la contraria.

—Era un reto. Había cumplido mi sueño de esquiar y de ganarme la vida de una manera diferente... Siempre me ha gustado saber más cosas, y lo he logrado a base de esfuerzo. Lo conseguí porque lo compaginaba todo: Enrique me necesitaba en el despacho y tu padre era un adolescente...

—¿Os causaba problemas?

Era una pregunta medio envenenada que pretendía hacerla hablar de una etapa de la vida de mi progenitor que yo no conocía demasiado.

—¿Y tú? ¿Se los has causado a él? La especialidad de los hijos es contradecir a los padres. La cuestión no era esta, solo que a tu padre no le gustaba estudiar: empezó Empresariales y nunca terminó la carrera... Se la habría podido sacar perfectamente,

pero tenía la cabeza en otras cosas... Después empezó a trabajar en la compañía de seguros.

En aquel momento, el heredero de los Solé aún seguía allí, al pie del cañón. Era uno de los más veteranos agentes de seguros de una agrupación mutua; habría podido crear un archivo bibliotecario con los contratos de salud, de accidentes, de ahorro y pensiones y de decesos que había cerrado con muchos clientes a lo largo de todos esos años.

—Luego se casó con tu madre; con ella hemos tenido muy buena relación...

—Mi madre te aprecia —dije intuitivamente.

Se le movió el entrecejo con un leve arqueo que parecía expresar un sentimiento de complacencia.

—Para mí ha sido como una hija. Cuando tenía algún problema, solía contármelo, y yo intentaba estar a su lado.

Ellas no habían seguido el camino pedregoso que acostumbran a escoger las madres y las hijas políticas. No es que mi madre fuera la nuera ideal respecto a la abuela Juana, pero seguramente no tenía a nadie con quien descargar sus preocupaciones, y la abuela le daba la sensación de reposo y de apoyo que más se parecía al amor incondicional. Y supongo que ella la necesitaba, porque había perdido a su madre cuando tenía diez años. Mi abuelo materno, convertido en viudo muy pronto, vivía desde entonces en Málaga. Se había vuelto a casar con una andaluza que, según mi madre, era la efigie de Rocío Jurado en versión de andar por casa. Con este panorama no es de extrañar que mi madre buscara refugio maternal en una suegra como Juana.

—Cuando naciste tú, tuvimos una gran alegría... Al abuelo y a mí se nos caía la baba... Pasamos unos años alegres y tranquilos, hasta que la relación de tus padres se rompió... A mí me supo muy mal que no se entendieran y acabaran separándose.

Lo recuerdo perfectamente. Yo tenía doce años y hacía tiempo que les oía discutir. Estaba tan acostumbrado que me molestaba que solo se pusieran de acuerdo a la hora de ponerme límites. Me cabreaba que coincidieran en obligarme a hacer deporte y en ir de colonias en verano o en castigarme cuando algún profesor les hacía firmar un aviso de comportamiento que se refería a mi conducta en clase.

—¿Por eso vendisteis la casa de Ribes?

—Se la dimos a tu padre para que liquidara algunas deudas que tenía y os pasara una buena manutención... Dimos con un buen comprador en Puigcerdá que había ganado dinero con el contrabando... A mí me dolió un poco, pero ya no íbamos nunca. Lo cierto es que nos habíamos hecho demasiado mayores.

—De eso no pienso hablar en la historia que quiero escribir.

—¿Hablarás de sentimientos?

—No me quedará otro remedio.

Sonrió.

—Te lo he puesto difícil, ¿no? Te he hablado de muchos sentimientos.

—Dudo de mi capacidad para interpretarlos.

—No quieras hacerme creer que eres insensible.

—¿Lo parezco?

—Yo no te veo así.

—¿Pero cómo hay que explicarlos?

—En realidad, solo hay uno que los pone en orden a todos... ¿Sabes lo que pienso? El odio, los celos, el resentimiento, todo eso tan destructivo solo se siente cuando ignoras o rechazas el amor... Todos formamos parte de un fuego que hay que saber cómo hacer que arda y mantener sin provocar incendios... Todo proviene de él. Incluso la emoción más fría contiene fuego; fíjate, si no, en la nieve: también quema... Yo he procurado que nunca se apague en mi interior.

—¿Tienes miedo a morir?

—Sea quien sea el que se vaya primero, sé que nuestras almas se reencontrarán; no me obligues a razonarlo.

Escritos inéditos

El día que cerramos la última entrevista pensé que ya tenía toda la información que necesitaba para reconstruir una historia bastante fiel, un relato que contendría todo aquello que había sido más importante para ella. Pero esta idea se ha venido abajo durante los últimos meses por una serie de circunstancias que se han ido encadenando. Hace pocas semanas, mientras estaba limpiando el piso del Ensanche y repasaba el estado del mobiliario para que constase en el contrato de arrendamiento con la intención de que los nuevos inquilinos se comprometan a conservarlo bien, encontré un sobre en el fondo del cajón de una mesilla de noche. Estaba en la habitación de los abuelos y contenía dos folios, escritos en fechas muy separadas entre sí, con letra de Juana.

Esta primavera, mi nuera me dijo que volvía a estar embarazada. Me puse muy contenta, pensando que es bueno que Marcel no crezca solo y tenga la compañía de un hermano o de una hermana. En aquel momento me pareció que Hortensia era feliz y que mi hijo también debía de sentirse así. Durante los dos primeros meses de embarazo, ella ha venido a casa a menudo buscando un poco de descanso, ya que al principio se mareaba mucho. Se ha quedado a merendar, a las horas en que el niño está en la guardería y mi hijo cierra seguros con clientes de compromiso. En todo este tiempo hemos podido hablar un poco de todo y confía mucho en mí, o eso creo, porque siempre he tratado de ayudarla. Me parecía que los dos se llevaban bastante bien; me había formado esta idea desde que viven juntos. Habría puesto la mano en el fuego por ellos. Estaba convencida de que no tenían problemas para decirse lo que fuera y que estaban muy bien, hasta que una tarde, Hortensia me agarró del brazo y me pidió que me sentara. Estábamos en la cocina, y cuando me dijo que tenía algo importante que contarme, tuve un pensamiento desagradable, como siempre que alguien a quien quieres te pide que le escuches. Hablé tranquilamente, sin darle más vueltas: hacía tiempo que tenían la intención de separarse, antes de que ella se quedase embarazada. Dijo que se habían desenamorado y que no se querían lo bastante como para continuar, que era absurdo seguir de esa manera, y que mi hijo no sabía cómo decírmelo. Ambos estaban de acuerdo en la separación, pero eso no cambiaba nada, porque ella pensaba tener ese hijo.

Saber todo aquello me afectó, pero le agradecí la confianza, aunque lamentara mucho que no quisieran darse otra oportunidad. Insistí en si habían pensado bien en sus hijos... Como me aseguró que lo tenían muy claro y que era la mejor decisión que podían tomar y que intentarían ponerse de acuerdo en la educación de los críos, me comprometí a ayudarla en todo. Luego, mi hijo se excusó por no haberme dicho nada. Le había costado mucho dar el paso. Dijo que no me preocupara, que sería un buen padre y que acompañaría a Hortensia durante el embarazo, aunque estuvieran tramitando la separación. Yo me puse triste, pero debía aceptarlo; al fin y al cabo, era la decisión que ellos habían tomado.

Últimamente me he ido haciendo a la idea de la situación, que vivirán separados pero sabrán ponerse de acuerdo a la hora de compartir la custodia de los hijos. Y ya me había resignado.

Ayer, a media tarde, me llamó mi hijo para decirme que se iban a urgencias al hospital, que Hortensia no se encontraba nada bien. Y aunque me dijo que no sería nada grave y que el médico ya les había avisado de que probablemente debería hacer algo de reposo, me quedé intranquila y me fui de inmediato a urgencias.

Me encontré a Gil esperando dentro de un box, solo, más pálido que nunca, y cuando me comentó que se habían llevado a Hortensia al quirófano, me sentí muy impotente al pensar que todo el esfuerzo que había hecho por asistirlos no había servido de nada.

Una hora más tarde nos enteramos de que Hortensia había tenido un aborto y que el bebé era una niña.

Hice de tripas corazón delante de mi hijo y al cabo de un rato me refugié en el baño...

He estado pensando mucho en los dos, en mi nieto, y también en la niña que no ha podido vivir... Los quiero a todos. Pero ahora que todo ha terminado, tengo que mirar hacia delante y me he prometido a mí misma que me mantendré firme.

12 de agosto de 1975

Aún estoy en mis cabales; estoy cuerda y tengo el moño en su sitio. Estos días me lo he estado diciendo a mí misma... Me pasan cosas difíciles de explicar y que pueden parecer fruto de la imaginación. Desde que Enrique se ha ido, a menudo siento su presencia. Por la noche me parece tenerlo a mi lado, y en más de una ocasión he soñado que viene a verme. Está radiante, lleno de una luz suave que me conforta; se me aparece a los pies de la cama y viene hacia mí despacio. Noto que me acaricia el pelo. Entonces tengo una sensación de paz muy grande, porque sé que él está bien, y cuando me despierto, lo recuerdo perfectamente. Esto me ayuda mucho, sobre todo cuando estoy dolorida y ruego no tener que sufrir... Hoy tenía uno de esos días que no me gustan; me sentía muy cansada y, a la hora de la siesta, me he acostado... Estaba un poco triste pensando que aún podríamos haber vivido juntos estos últimos años y que todo esto me lo estoy haciendo yo misma para estar tranquila... Ha sido entonces cuando, a las puertas del sueño, he sentido que abandonaba mi cuerpo. ¿Qué cosas, verdad? No se parecía en nada a lo que viví durante la posguerra... De repente he visto la cama desde arriba, como si me hubiese encaramado a una nube, sobrevolándolo todo, y debajo de mí se desarrollara esa escena. En ningún momento he perdido la consciencia; sabía perfectamente que era yo. La habitación no estaba a oscuras, ni por asomo; tenía unas coloraciones brillantes que se movían como las alas de una libélula. Entonces he notado que Enrique estaba conmigo, y, al momento, he sabido que me acompaña y que está esperándome. Luego he sentido que debía volver, y cuando he abierto los ojos, volvía a estar de nuevo en mi cama.

Esta tarde me siento distinta, más alegre; sé que mi cuerpo se fundirá en el polvo, pero mi alma se liberará. Mucha gente no lo cree, pero hay un demonio en el mundo que trabaja con astucia y que nos hace pensar que la vida no tiene sentido y que todo es una locura. Al final somos nosotros quienes elegimos entre la confianza o la desesperación. Yo quiero confiar.

Juana, 11 de noviembre de 2000

Epílogo

«Tu est prêt?»

Cómo quieres que no esté preparado si dentro de cinco días vuelo a tu país. Aún recuerdo aquel *e-mail* que me mandaste hace unos meses en el que me proponías un intercambio. Y yo me pregunté: «¿Qué clase de intercambio?». Ya me había imaginado vete tú a saber qué; me gustaba la propuesta con dos verbos de movimiento: *subir* y *bajar*. Qué bobo soy.

Arlette insistió en realizar un intercambio de visitas: yo iría a Alsacia por Navidad y ella vendría en verano, porque quiere conocer Barcelona y visitar Nuria y Montserrat. También le he propuesto ir al Ampurdán. Esperaba que me dijera que tiene unas ganas locas de verme, pero, en realidad, me hizo otra oferta: quiere que asista a un acto de homenaje a las víctimas del nazismo que se celebra en Lingolsheim, su ciudad natal. Parecía tenerlo todo muy claro y en seguida lo ha dado por hecho: «J'espère que tu accepteras».

L'Association des Amis de la FMD, una entidad que trabaja para difundir la memoria de la deportación de quienes tuvieron que cruzar los Pirineos durante la Segunda Guerra Mundial, celebrará un encuentro entre los que se vieron obligados a exiliarse del país y los que los ayudaron a salvarse. Por lo que me comenta, la asociación tiene una red muy extensa de conocidos en Francia y todos los años proponen a diferentes personas relacionadas con las familias de quienes fueron perseguidos y las invitan a asistir a esos actos.

Me ha parecido que no podía negarme a ser un representante de la abuela Juana. En todo caso, ya la he advertido de que no me siento su albacea, aunque vaya en su nombre. Y si he aceptado es porque, al fin y al cabo, no tendré que ejercer de embajador, sino de invitado. Además, tengo ganas de conocer personalmente a Arlette.

«D'accord?»

«Parfait!»

Calculo la hora prevista de llegada al aeropuerto si no hay ningún problema. Ella insiste en ir a recogerme, sí o sí; no quiere que tome el autobús para ir al centro urbano. Dice que me acompañará al hotel donde he reservado una habitación individual.

«Nous t'attendons.»

Cuando habla en plural se refiere a la asociación; yo preferiría que me dijera que me espera en singular, pero de momento esa sería una respuesta muy atrevida.

«À bientôt.»

Nos despedimos con un distendido *à tout à l'heure*. Quedamos en que la llamaré en cuanto llegue a mi destino.

Lo de la llamada me ha recordado que aún debo encargar una placa para la urna de mi padre. Desde principios del nuevo año, entre el museo y el libro tengo más trabajo que nunca.

Si continúo con el actual ritmo, pronto terminaré de escribirlo. Me ha llevado muchas horas transcribir todas las conversaciones que mantuve con mis abuelos, y me gustaría publicarlo en septiembre, antes de que se cumplan los setenta y cinco años de su boda. Cuando me propuse recopilar esta información, nunca me habría imaginado que las entrevistas serían tan intensas ni que daría con todo un hallazgo. Me refiero al cuaderno de la abuela, que no he reproducido totalmente, y a los escritos que he encontrado en el piso. Me he limitado a seleccionar las notas que me han parecido más interesantes y que permiten entender mejor cómo era ella. De todas formas, algunos hechos, para mi gusto, quedaban incompletos, y he decidido imaginármelos y meterme en la piel de mis predecesores, que fueron sus protagonistas.

Creo que me contaron lo que era más importante en su vida. Tenían una buena memoria selectiva, sobre todo a la hora de recordar el pasado, porque a medida que envejeces se intensifican los recuerdos más lejanos y se desdibujan los recientes.

Pronto se cumplirán quince años del día que el corazón del abuelo dijo basta; se fue mientras dormía, y ella lo consideró una suerte, pensando que no había sufrido nada. Solo lamentaba no haber podido hablar con él y lo justificó: «Seguro que no tenía ganas de discutir conmigo».

Esta tarde he visitado la casa donde nació la abuela. Hacía mucho tiempo que no iba por allí. La he encontrado cerrada a cal y canto; los actuales propietarios deben de venir a pasar los fines de semana y el verano. La han restaurado bastante bien, con piedras en los bajos y la fachada revocada.

Aún hace frío. Desde Ribes contemplo la cima del Taga, acompañado del rumor violento del agua que baja por los ríos de la villa. Imagino los valles y las líneas de crestas, de la cima de Torreneules, al este, hasta el Puigmal, al oeste. Un mundo de montañas y el aliento de la tramontana en el cogote.

—¿Me lo puede deletrear, señor Solé?

—G-I-L S-O-L-É C-A-B-A-N-A-S.

—¿Lo quiere en oro o en plata?

—Plata.

—De acuerdo.

—¿Hacemos constar las fechas de nacimiento y defunción?

—Sí.

—¿Me las puede decir?

—Nació el 10 de agosto de 1942 y murió el 8 de octubre de 2014.

—Perfecto. Estará listo pasado mañana.

—Ningún problema.

Cuando cuelgo el teléfono, me ronda por la cabeza la cifra que acabo de

pronunciar. Del 10 de agosto de 1942 al 8 de octubre de 2014 van setenta y dos años, los que tenía mi padre. Es así, ¿no? Sí, pero ¿y la cifra? El 10 de agosto de 1942, la fecha de nacimiento...

Durante unas décimas de segundo, mi cabeza da volteretas contables. Suma, resta y añade. Tengo dudas.

Abro el documento que he escrito, busco la fecha, la fecha. ¿Dónde está la fecha esa...? Eso es. Cruzaron los Pirineos el 6 de noviembre de 1941. ¿Cuántos meses de diferencia hay entre primeros de noviembre de 1941 y principios de agosto de 1942? Una vez más, vuelvo a contarlos, como si no supiera hacerlo. Nueve meses. No puede ser. ¿Estoy fantaseando? Si tengo en cuenta las fechas exactas, hay una pequeña desviación de unos días. Seguro que la abuela ya había regresado a Barcelona.

Si fuera lo que estoy pensando, habría sido muy duro para ella... ¿Es por eso por lo que me pidió silencio durante tantos años? En ese caso, debió de librar el combate más terrible que puede padecer una mujer. ¿No se habría planteado ninguna otra posibilidad? Habrían surgido toda clase de dudas sobre la conveniencia moral de tomar una decisión o la otra. Quizás ni siquiera ella estaba segura de nada. ¿Y si el padre era el abuelo Enrique? Si no, me imagino su sufrimiento, el enorme dilema que eso debía de suponerle. Quería un hijo, lo había pedido. Qué realidad tan tremenda y dolorosa. Además, si lo perdía, quizás no habría vuelto a estar nunca más encinta. Ya no tuvieron más hijos. ¿Sería estéril el abuelo?

Ella era capaz de pensar que aquel niño no era culpable de lo que había ocurrido, y si le impedía nacer, nunca la conocería y ella se sentiría desgraciada. ¿De qué depende que un crío sea normal sino del amor que recibe? Además, estaba claro que el abuelo sería un padre extraordinario.

¿Y los padres que adoptan niños sin saber si son hijos de criminales o de actos de locura? Los educan y los quieren como si fueran propios. ¿Por qué la abuela no podía sentir un amor igual o más grande por un hijo que también era suyo?

Estoy convencido de que, en todo caso, debió de tomar la mejor decisión. ¿Es por eso que en una de nuestras conversaciones insinuó que no quería ser una higuera estéril?

Si es tal y como prefigura mi hipótesis, se trataba de una situación muy difícil, por no decir angustiante. En algún momento debió de plantearse la posibilidad de contárselo todo a Enrique y quizás no se vio capaz de hacerlo. No creo que el abuelo lo supiera, aunque tampoco puedo asegurarlo.

¿Se querían lo suficiente como para superar una encrucijada como esa? Yo creo que sí. Conociendo a mi abuela, quizás creyó que aquella decisión debía tomarla sola. Debió de valorarlo todo muy bien, seguro, y descartó el aborto, que también era posible, aunque en aquella época estuviera prohibido y penado.

Probablemente, todo lo que estoy pensando solo sea una entelequia mía. Mi padre sigue siendo mi padre y yo el nieto de Enrique.

El gran Enrique Solé. El que bromeaba cuando su salud flaqueaba. Y la bella

Juana, que sabía vivir en la dificultad, reconciliada con todo, y que confiaba en la vida.

Ella era así y se llevó todas las respuestas al país de la *Salve Regina* y de los ángeles en los que creía, que se encargan de trasladar mensajes a la morenita del valle.

Yo no sabré nunca la verdad, y da igual. Pienso en la madre de Arlette, en los niños que murieron en Mauthausen...

Se ha hecho un silencio flagrante dentro de mí. Me anego. Si supiera hacerlo, rezaría.

Puedo sentir las manos de mis abuelos entrecruzadas una encima de la otra, la luz que cae sobre la cara pálida de él y la boca fina de ella, y les dedico un pensamiento. En este momento no puedo ser sarcástico; el pudor me lo impide. Quizás sea la admiración que siento por la valentía y la integridad con las que vivieron. Ahora mismo, no soy capaz de encontrar una belleza superior a la fuerza del amor verdadero. Y si la única libertad real que tenemos es la de escoger, nada me parece mejor que la idea maravillosa de tomar una decisión acertada. Sea como fuere, mi abuela escogió la vida.

Nota de la autora

La trama y los protagonistas de esta novela son ficticios, pero el relato sobre la construcción del cremallera de Nuria está basado en hechos reales y en él aparecen personajes históricos de la época.

Durante el proceso de escritura he tenido la suerte de dar con personas que me han facilitado la información necesaria en cada momento. Entre ellas, unas cuantas mujeres de aguzada memoria y de vida intensa como Anna Pous —Anna, de Ventolà—, Lluïsa Parramon y Dolors Escalé, de Queralbs, que accedieron a relatarme sus vivencias. También he contado con el buen criterio del ingeniero Robert Lluís, del arqueólogo Joaquim Tremoleda y de hombres que son buenos conocedores del valle de Ribes: el filólogo Miquel Sitjar, el archivero Agustí Dalmau, el periodista Albert Requena y el actor Janot Carbonell.

Otras personas que han jugado a favor de esta historia son la agente literaria Anna Soler-Pont y todo su equipo. Estoy muy agradecida a la editora Ester Pujol, con quien compartí la idea desde el inicio, a Glòria Gasch, actual editora de Columna Edicions, y a la editorial Planeta y a Lola Gulias, que han confiado en esta novela.

Cuando ha hecho falta, he hallado el espacio que necesitaba para escribir en la hospedería del santuario de Nuria, hecho que debo agradecer al obispado de la Seu d'Urgell, a la amabilidad de mosén Joan Perera y a las gestiones de mosén Martirià Brugada.

La aportación de la dirección del hotel de Nuria, de los trabajadores del cremallera en general y de la dirección de la estación de montaña Vall de Núria en el relato del día a día actual, así como las fotografías cedidas por Ferrocarrils de la Generalitat y por el archivo de Ribes de Freser, que me facilitó Jesús Montón, me han sido muy útiles. Igualmente, el intercambio de impresiones con Antoni Blanch, presidente de la asociación Amics del Cremallera de Núria.

Las bibliotecas públicas Terra Baixa de Ribes de Freser y Lambert Mata de Ripoll tienen a mano mucha documentación histórica, libros que ayudan a imaginar los trabajos de construcción del cremallera de Nuria o que aportan datos sobre el santuario (*La vall de Núria*, de José Luis Infiesta Pérez; *Llegendes i creences de vall de Núria i vall de Ribes*, de Jordi Mascarella i Miquel Sitjar; *El cremallera de Núria. Més de 75 anys d'història*, de Agustí Dalmau i Font; *Núria. El santuari del Pirineu*, de Miquel Sitjar i Serra, y un largo etcétera).

También me he servido de un sobrenombre que la periodista Marta Cailà, de la emisora radiofónica RAC1 (*La Vanguardia*), recibió por parte de mi marido, Pere Puigbert, colaborador del programa *Via Lliure*. Gracias, sargento encantadora.

Mi agradecimiento especial a todos los buenos terapeutas que conozco y que me han ayudado en el camino; a todos ellos les debo parte del conocimiento del que

carece el protagonista de esta historia.

Finalmente, las circunstancias personales que me han acompañado durante la redacción de la novela, en uno de los periodos de mayor intensidad emotiva de mi hasta ahora experiencia vital, la fuerza de inspiración y la sensación de recogimiento y de libertad que siento cuando me pierdo en el valle de Nuria han hecho de las suyas.

Dos breves apuntes sobre la historia de Nuria y del tren cremallera

El valle de Nuria fue, en principio, un paraje de pasto y de refugio de los pastores; luego se transformó en un centro de culto religioso, y actualmente también es un lugar de ocio para practicar deportes de montaña y para el turismo familiar.

La leyenda habla de san Gil y de un tal Amadeu, que fundaron el santuario. San Gil es un personaje histórico (siglo VIII) al que se atribuye la creación de la imagen de la Virgen, una cruz, una olla y una campana, que escondió en el interior de una cueva. Más tarde, en el siglo XI, un hombre llamado Amadeu habría encontrado la imagen y el resto de los objetos, que se han convertido en símbolos de Nuria.

En el siglo XII está documentada una capilla, y en el XIII un albergue para peregrinos. La Virgen de Nuria ha sido invocada desde tiempos antiguos, principalmente para obtener la gracia de la fecundidad. Existe una tradición importante de milagros y hechos históricos que están relacionados con ella; los más antiguos se publicaron en el año 1666 en un libro de Francesc Marés.

La talla de la Virgen ha viajado en un par de ocasiones durante el siglo XX: durante la Guerra Civil y, más tarde, en pleno franquismo, para evitar que fuera coronada por los acólitos del régimen.

El santuario actual data de principios del siglo XX, cuando el arquitecto J. Danés i Torras concluyó la obra de remodelación del edificio y la construcción de la fachada actual neorrománica y el campanario central.

El cremallera de Nuria, conocido como tren de Nuria, es el cremallera construido a más altitud en el estado español.

El proyecto de la línea de ferrocarril se encargó en 1924 al ingeniero Fuchs, y asumió la obra la sociedad Ferrocarriles de Montaña a Grandes Pendientes (FMGP), que ya tenía experiencia en la construcción del cremallera de Montserrat. La repentina muerte de Fuchs hizo que la empresa encargara un nuevo estudio al ingeniero Montserrat Fenech, que acabaría optando por una línea combinada con un trayecto mixto, con un tramo de adherencia y otro —el más alto— en cremallera.

El obispado de la Seu d'Urgell cedió los terrenos y en 1928 se inició la obra, que consiguió superar todas las dificultades —accidentes, riscos casi infranqueables y un clima muy adverso— y se acabó en el plazo de tres años, tal y como exigía la concesión de la obra por real decreto de Alfonso XIII.

La importancia del esfuerzo de construcción fue muy grande, y el 22 de marzo de 1931 se pudo inaugurar la línea entera.